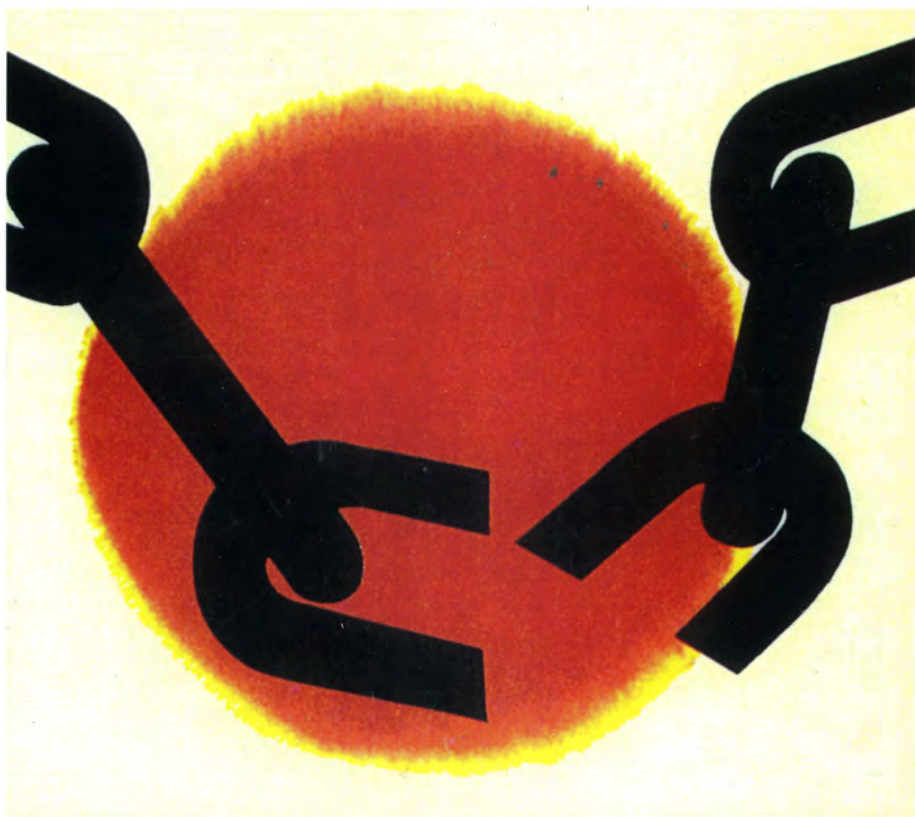


EZEQUIEL SAN JOSÉ LÓPEZ

DE LA REPÚBLICA, LA GUERRA, LA REPRESIÓN, LA RESISTENCIA...

RECUERDOS Y NOTAS PERSONALES



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE

EZEQUIEL SAN JOSÉ LÓPEZ

DE LA REPÚBLICA, LA GUERRA, LA REPRESIÓN, LA RESISTENCIA...

Recuerdos y notas personales



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE
Serie VI - Varios - Núm. 4
Albacete 2003

Cubierta: Ilustración de la cubierta "Nie wieder Faschismus".
Fédération Internationale des Résistants (F.I.R.)

SAN JOSÉ LÓPEZ, Ezequiel

De la República, la guerra, la represión, la resistencia...: recuerdos
y notas personales. / Ezequiel San José López. -- Albacete : Instituto
de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", 2003

142 p.: il. ; 24 cm. -- (Serie VI- Varios; 4)

Apendice documental

ISBN 84-95394-52-9

1. San José López, Ezequiel. 2. Albacete – Historia -1931-1982-
Memorias y recuerdos. I. Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan
Manuel". II. Título. III. Serie.

929 San José López, Ezequiel

94(460.288) "1931-1982" (092)

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES "DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE.
ADSCRITO A LA CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES. CSIC

Las opiniones, hechos o datos consignados en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores.

I.S.B.N. 84-95394-52-9

D.L. AB-88/2003

Fotomecánica y Maquetación:

Imagina Diseño y Servicios Gráficos, S.L.L.

C/. María Marín, 55

Tel.F. 967 248 379 - Fax 967 231 368

E-mail: info@ab-imagina.com

02004 Albacete

Impreso en Reproducciones Gráficas Albacete

Polígono Industrial Campollano - C/. C. nº. 16

Tel.F. y Fax 967 21 81 66

02007 Albacete

*A los que murieron luchando
contra el franquismo.*

ÍNDICE

	<u>PÁGINA</u>
PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO I	
LA ESPERANZA FRUSTRADA. LA SEGUNDA REPÚBLICA (1931-1936)	19
CAPÍTULO II	
LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1936-1939)	29
2.1 Insurrección militar y guerra civil	31
2.2 El Golpe de Casado	41
2.3 El final de la guerra	47
CAPÍTULO III	
REPRESIÓN Y CLANDESTINIDAD EN LOS AÑOS	
CUARENTA (1939-1949)	51
3.1 Clandestinidad	53
3.2 Represión	63
3.2.1 Reflexiones sobre la represión	63
3.2.2 La tortura	67
3.2.3 La tapia acribillada	70
3.3 La cárcel	73
3.3.1 Alcalá	73
3.3.2 Ocaña	88
3.3.3 Música en la cárcel. Ocaña, verano 1948	92
3.3.4 Traslado a la cárcel de El Dueso	96
CAPÍTULO IV	
UN LARGO Y OSCURO TUNEL (1950-1974)	99
4.1 La penetración en los sindicatos verticales	101
4.2 Acoso y huida	104
CAPÍTULO V	
UNA NUEVA ESPERANZA. LA TRANSICIÓN A	
LA DEMOCRACIA (1975-1982)	109
REFLEXIONES	117
APÉNDICE DOCUMENTAL	125

PRÓLOGO

Los regímenes autoritarios y fascistas han comenzado a ser estudiados con detenimiento y críticamente, por lo general, veinticinco años después de su desaparición. Así ha sucedido con la Alemania nazi, el fascismo italiano, con el Portugal salazarista, etc. Algo similar ha pasado en España. Se ha producido un destacado proceso de realización de investigaciones sobre temas considerados “malditos”, pues descubren verdades ocultas pero que son “voz populi” entre la población anciana que vivió los hechos y que nunca han hablado de lo “innombrable”, pues se encargó el franquismo de introducir este miedo que aún permanece en algunas familias. Ha llegado el momento en que se ha de hablar sin miedo y con respeto hacia todos. No se trata de venganzas o de ir contra la reconciliación, se trata simplemente de recordar que no siempre “cualquier tiempo pasado fue mejor”.

En este contexto se están desarrollando trabajos de historia oral muy interesantes que enriquecen la documentación existente en los archivos para estudiar el franquismo. También están apareciendo biografías de personalidades destacadas del franquismo y de la oposición. Lo que no resulta muy habitual, pues las editoriales consideran que “no es vendible”, es que un ciudadano sin estudios académicos, como es el caso de Ezequiel Sanjosé, se atreva a contarnos sus vivencias, que son muchas y muy variadas, con matices y reflexiones personales que, en ocasiones, los lectores no compartirán, pero tienen su razón de ser. Es una historia contada desde “abajo”, por un ciudadano que no ocupó un cargo político y que nos relata aspectos de su vida cotidiana. A través de dicho relato tenemos otra visión de muchos aspectos del franquismo. Podemos decir que es una historia viva que contrastará con los relatos académicos al uso.

La memoria es el género que se atreve a recordar lo sucedido en el pasado desde la perspectiva de la actualidad. Según Shakespeare, es el guardián de la mente. Un guardián que se ubica en el presente para mirar al pasado, pensando en

el futuro. La búsqueda del tiempo perdido mezclada con el tiempo deseado. Reflexiones y vivencias del pasado desde la perspectiva del año dos mil.

Para poder comprender mejor su escrito me van a permitir que les indique algunos rasgos de su vida. Ezequiel nació en Madrid en 1921 y a los 7 años fallecieron sus padres. Lo que le llevó a vivir una infancia con grandes estrecheces económicas y deficiente escolarización. Cuando tenía 10 años entró de aprendiz de ebanistería y durante la II República colaboró con sus compañeros en tareas sindicales en la UGT. En 1936, ingresó en las Juventudes Socialistas Unificadas y se incorporó como voluntario en abril de 1938 a las unidades comunistas del Ejército Popular, en donde permaneció hasta el final de la guerra. Inmediatamente, pasó a la clandestinidad en su lucha contra el franquismo. Esta postura de oposición activa le significó dos condenas en Consejos de Guerra que le supusieron 14 años de cárcel en la etapa más represora del régimen. En 1962, tuvo que marcharse a Francia, aunque volvió antes de un año, para proseguir su actuación en la clandestinidad. Tras la muerte de Franco, incrementó su actividad propagandística en Albacete en compañía de otros comunistas, contribuyendo a acelerar la transición democrática.

El autor es autodidacta, con una inquietud innata del saber. Su escuela y su Universidad ha sido la vida que le ha enseñado todo y ha adquirido una sabiduría y humanidad muy amplia y profunda. Nos relata sus vivencias con dolor e indignación, reflejo de la impotencia para cambiar la realidad injusta que le tocó vivir.

El título del libro es muy sugerente y refleja la humildad del autor que no desea dar lecciones a nadie, simplemente cuenta sus experiencias y reflexiones ante el momento que le tocó vivir y desde la perspectiva de los vencidos que no se dejaban someter y se revelaban “jugándose la vida”.

Bien es verdad que este sector de la población que pensaba y actuaba así era una minoría, pero que se ha dejado sentir a lo largo de toda la historia del franquismo y que ha sido silenciada por el régimen y por los historiadores, quienes, en muchas ocasiones, no han dispuesto de fuentes suficientes para historiarla, unido a una falta de sensibilidad por el tema. Es la historia de los de “abajo” contada por ellos mismos.

Esta no es una obra literaria, ni lo pretende ser. Cuando yo animaba a Ezequiel a escribir sus recuerdos y sentimientos le decía que lo más importante de su libro era reflejar lo que pensaba y sentía en cada momento vivido en el pasado. Partíamos de que no era un gran escritor pero debía transmitir los intensos y dramáticos momentos vividos. Yo sabía que había una gran riqueza de experiencias vividas y era lo que pretendía que reflejase en esta obra. Sus lectores tienen la última palabra sobre lo acertado o no de esta obra.

Como historiador, deseo dar las gracias a Ezequiel porque con sus *memorias nos* ha informado en primera persona de los sentimientos, deseos, sufrimientos y frustraciones que vivieron una parte de la población albacetense comprometida con sus ideas en momentos muy difíciles de nuestra historia. También, quiero agradecer al Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel” su sensibilidad y gentileza al publicar esta memoria de una persona que no procede del mundo académico.

MANUEL REQUENA GALLEGO

INTRODUCCIÓN

De vez en cuando soy requerido por profesores y estudiosos de Historia Contemporánea para que en mi condición de "superviviente" relate algunas de mis experiencias sobre la República, la Guerra y la resistencia antifranquista. Mi merito, si alguno hay, es éste: haber sobrevivido. Recientemente se me ha sugerido que pasara al papel parte de mis recuerdos.

Como casi todas las personas que vivimos aquella etapa, guardo cartas, notas de diarios inconclusos; notas que podrían servir para pergeñar algunas líneas sobre "*mi entonces*". No tengo pretensión de protagonismo, no escribo bien e ignoro si las escasas páginas que trace servirán para algo. Pero voy a intentarlo.

Y me gustaría que, aunque modestamente, esto contribuyera a la labor de quienes, más inteligentes que yo, tratan de sacar a la luz parte del pasado que los poderes reaccionarios enterraron hace muchos años.

Las presentes notas no tienen la pretensión de hacer Historia. Quieren reflejar las vivencias y recuerdos de un hombre de la generación que hizo la guerra y la Resistencia contra el fascismo. No seguirán un orden cronológico muy preciso y, aun buscando la objetividad, no dejarán de estar influidas por la ideología del que las escribe: Un viejo militante comunista.

Pero también quiero dejar claro que aun manteniendo mis ideales, y precisamente por ello, no soy rencoroso. Miro a los enemigos de ayer y a los actuales adversarios sin odio. Los comunistas, yo entre ellos, fuimos los primeros, los únicos, que en pleno combate contra la dictadura enarbolamos la bandera de la Reconciliación Nacional. Y no por miedo que la batalla nos produjera, eso lo sabía bien el franquismo, sino porque sentíamos antes

pasé estuvieron repletas. Creo que jamás podrá saberse cuántos presos mantuvo el franquismo a lo largo de su etapa de omnímodo poder.

El patio del penal, cuadrado, un pozo encima del cual, allá arriba se percibía un polígono de cielo. Y en la parte superior de una de sus fachadas interiores, al borde del tejado, el reloj que te martilleaba con sus campanas cada cuarto de hora. Noche y día.

La Delegación del Comité Central que había caído poco antes, también fue conducida a Ocaña y recluida en el Departamento Celular. Sus celdas eran las más pequeñas que yo vi a lo largo de todos mis encierros. Tétricas. Todavía colgaban en sus paredes las argollas de hierro para sujetar en ellas a los presos. Agustín Zorooa, Lucas Nuño y otros permanecieron allí hasta su ejecución.

Al conocer lo resuelto en el Consejo de Guerra, la organización clandestina del Partido en la cárcel consideró la conveniencia de una huelga de hambre. Me impresionó especialmente la defensa frustrada, por parte de Pepe Ortega, amigo de Juan Núñez Sedes, al haberse matado a la Segunda República (1934-1936) temiendo que con ello agravábamos la situación de los condenados. Cuando los mataron, Ortega, que después se consagraría como célebre pintor, lloró amargamente censurándose y censurando “nuestra cobardía”.

Aquella noche, mientras deliberábamos si ir o no a la huelga, desde el patio desierto a esas horas, oí que voceaban con un altavoz “Ezequiel San José”. Al poco un guardián subió a la galería, me requirió desde el rastrillo y me condujo a la oficina del director. Este hombre, lo he anotado en otras ocasiones, era una hiena cuyo nombre no consigo recordar. Que te llevaran ante él nunca era para nada bueno. Yo, excitado por los acontecimientos, me temía cualquier cosa. Sentado en su mesa me miró un buen rato. Y al cabo preguntó: “¿Cuántos familiares tiene usted?”. Di el nombre de mi hermana Marieta. “¿Dónde vive?”. -En Barcelona. “¡Más! ¡Otros nombres!”. Me acordé de algunos tíos... Pero percibí entre sus manos una carta y comprendí. “Esa carta es de Isidora, mi novia”. Explotó. “Aquí sólo está permitida la correspondencia con familiares directos, esposas, padres, hijos... Son las normas”. Yo, rabioso ante las condenas de los camaradas respondí: “Impongan ustedes las normas que impongan, si salgo de aquí algún día me casaré con esta mujer que es ya mi familia”.

Avisó al funcionario que esperaba en la puerta. “¡Lléveselo!”. No me encerraron en las celdas de castigo como yo esperaba.

Aquella confrontación, aquella carta, tuvieron unas consecuencias que sólo conocí años más tarde al salir en libertad condicional desde el Penal de El Dueso donde permanecí recluido casi cuatro años.

Capítulo I
LA ESPERANZA FRUSTRADA.
LA SEGUNDA REPUBLICA (1934-1936)

El gobierno republicano despertó entre las clases trabajadora unas expectativas sociales que les permitirían mejorar su deficiente situación. Sin embargo las clases propietarias apoyándose en el ejército acabaron con estas expectativas en 1939, al vencer en la guerra civil que ellos habían provocado.

Nací el 27 de noviembre de 1921 en Madrid pero desde muy chico, muerto mi padre, Albacete cuna de mi madre, es mi verdadero pueblo. Mi vida ha transcurrido aquí o desde aquí se ha proyectado. Pertenezco a la clase trabajadora y en mi condición de trabajador y hombre de izquierdas he tratado de actuar a lo largo de mi existencia.

Comencé a trabajar como aprendiz de ebanista a los 10 años, algo normal entonces entre la gente de mi clase y enseguida los acontecimientos históricos que en España se desarrollaron condicionaron mi vivir.

Guardo vivo recuerdo de la proclamación de la República en 1931. La plaza del Altozano, más pequeña que ahora, reducida por viejos edificios religiosos en estado ruinoso que la comprimían en lo que hoy es el tramo de Martínez Villena, frente al Banco de España, era un mar de banderas tricolores y rojas que ondeaban sobre la multitud. Las gentes entre gritos y vivas tarareaban descompasadamente estrofas de la Marsellesa cuya letra, en francés o español, ignoraban. Y los rostros reflejaban la alegría, un poco ingenua, de quienes creen haber logrado sus mejores aspiraciones.

Terminada la fiesta la condición miserable de los trabajadores poco cambió. O no cambió nada. No subieron los salarios de hambre ni se mitigó el paro. Ahora comprendo que una transformación radical, revolucionaria, no puede darse de la noche a la mañana. Entonces ni yo ni la mayoría

de quienes levantaban sus banderas al viento lo comprendíamos. El pueblo, al que yo pertenecía, la masa asalariada, sabía poco de la crisis mundial que estallara dos años antes ni de que su influencia nos afectaba. Aspiraba a vivir mejor y la escasa incidencia del cambio en sus vidas contribuyó al enfriamiento paulatino de su entusiasmo. Por el contrario, los monárquicos, los derechistas, los ricos de siempre, tras el sobresalto de la bandera tricolor y la República, fueron tranquilizándose y retornaron a sus viejos hábitos. Y desde luego no perdieron su hegemonía económica. Yo y mis compañeros de trabajo continuamos calzando las pobres alpargatas de suelo de goma, vistiendo ropas remendadas y comiendo lo poco y malo que antes comíamos.

Sin duda en otros ámbitos se gestaban transformaciones. La enseñanza escolar mejoraba, la Iglesia era cuestionada en ciertos aspectos, se discutía una tímida Reforma Agraria...

Yo hablo de mí, de mi experiencia personal, de lo que percibía, de lo que me afectaba íntimamente y es justo que lo señale, porque lo otro escapaba a mis conocimientos.

Albacete era una pequeña población de unos cuarenta mil habitantes. Enclavada en el centro de una región agraria su importancia como capital de provincia era administrativa, y el comercio, pequeño comercio, su actividad económica fundamental, lo cual explica que aquí se percibiera mucho menos que en otras ciudades y regiones el debate político que conmovía al país. Su pequeño casco urbano estaba rodeado de huertas en su mayoría bajo un régimen de arrendamiento. Bastantes de aquellas fincas procedían de las antiguas desamortizaciones del siglo XIX que se extendían por toda La Mancha y muchos de sus dueños eran los herederos del expolio que sufrieron los terrenos municipales. Porque aquellas desamortizaciones, al contrario de lo que se cree, afectaron más a los municipios que a la Iglesia y contribuyeron a enriquecer más a los más ricos. El trazado del ferrocarril llevado a cabo por el marqués de Salamanca permitió que ingenieros ingleses colaboradores en el proyecto adquirieran propiedades a lo largo de toda la línea. Las sucesivas ventas y parcelaciones de bastantes de estas propiedades rústicas, el Canal de María Cristina, la superficialidad de las aguas subterráneas del entorno, contribuyeron a la creación de pequeñas huertas, cada una con su pozo y su cabría donde los obreros albaceteños, albañiles, cuchilleros, peones, criaban patatas y hortalizas que les ayudaban a comer. Al atardecer, a la salida de su trabajo, se les veía con su cubo y su legona camino de un terreno, que casi nunca les pertenecía en propiedad, a regar y a cavar.

Y en la temporada de la siega, las caravanas de los estajeros¹ sonando las caracolas marinas que los anunciaban cruzaban nuestras carreteras en busca de trabajo.

La miseria, si cabe, era mayor en la provincia, donde los grandes propietarios agrícolas y ganaderos provocaban a los temporeros rechazando sus menores peticiones. Las protestas y enfrentamientos siempre se saldaban en contra de los desheredados.

La República vino impulsada por un sector de la burguesía progresista en alianza con el Partido Socialista. La hegemonía burguesa en aquella coalición trataba en cierto modo de hacer en España la revolución democrática burguesa que aquí unos Pirineos ideológicos, económicos y religiosos nos mantenían alejados de Europa. Aquellos hombres, no intervenían apenas las mujeres, se marcaban preferentemente objetivos culturales, querían romper la armadura ideológica que nos oprimía desde la Edad Media y que Trento había reforzado. Eran, en general, gentes bien pensantes pero su extracción de clase media ilustrada en un país apenas industrializado, sin grandes masas proletarias, les llevó a ignorar, a no valorar debidamente las apetencias y necesidades de los trabajadores. Tuñón de Lara en el tomo 2º de su obra "La España del siglo XX" dice: *"El advenimiento de la República había despertado grandes esperanzas en la población trabajadora que, en gran parte comenzaba a mostrar su impaciencia al cabo de los primeros meses del nuevo régimen. Este estado de ánimo era refrendado por las organizaciones de la UGT, colaboradora del gobierno, pero estimulada por la CNT y por el Partido Comunista (aunque éste era todavía muy débil) que se consideraban ya en la oposición."*

Como he indicado, Albacete, situado en una zona no determinante dadas sus condiciones específicas, carecía de verdadero protagonismo político, pero paulatinamente los acontecimientos que conmovían al conjunto de España se hacían sentir aquí.

Mi vida, la vida del niño que yo era, a partir de entonces adquiere un mayor ritmo. Es normal que conforme la infancia se acerca a la juventud la vida tome otro sentido, la realidad se perciba de manera menos difusa, "más real". Luego comprobé que igual que mi ritmo vital crecía, se aceleraba, algo similar le ocurría a España.

La afiliación sindical aumentaba, los obreros de mi taller hablaban más de política, los ecos de la Sanjurjada y de los conflictos del país llegaban a nosotros como otras cosas parecidas, antes no llegaron.

(1) Estajeros (Destajeros o destajistas) Se llamaba así a los segadores que partiendo del campo de Cartagena, subían hacia el norte buscando trabajo. Iban en caravanas con las familias dentro de los carros y hacían sonar grandes caracolas para anunciar la oferta de sus brazos (Nota del Autor).

Desde abril de 1931 a noviembre de 1933 la política errática y contradictoria de los gobiernos, participados en mayor o menor número de ministerios por los socialistas, desilusionó a los trabajadores, a los pobres, y envalentó a las derechas. El período coincide con el auge del fascismo en Italia y el triunfo de Hitler en Alemania, que se reflejó aquí con la creación de grupos claramente fascistas y en el estilo fascistizante de toda la derecha que adopta uniformes y gritos imitación de los de aquellos países.

Tras varias crisis de gobierno se convocan elecciones que gana la derecha. Su triunfo en 1933 obedece a múltiples causas. Se achacó al voto femenino ejercido por primera vez en España, muy influido por la Iglesia, pero aunque ello fuera parte de la verdad, lo decisivo fue la abstención de un gran sector de la clase obrera disconforme con la política seguida hasta entonces. En Albacete el sindicato CNT de tendencia anarquista tenía escasa fuerza, pero su campaña a nivel nacional de claro boicot a las urnas fue escuchada por muchos, sobre todo por los trabajadores del campo, cuya situación había empeorado.

Las elecciones de 1933 dieron el triunfo a unas derechas cada vez más organizadas frente al conjunto de republicanos de diverso matiz y las organizaciones obreras desunidas. En Albacete, entre los trabajadores donde yo me movía, el cambio, de momento no se consideró una gran tragedia puesto que la anterior situación manejada por otros gobernantes no había proporcionado a los obreros grandes ventajas. Ya bien entrado el invierno, estación que intensificaba el paro siempre, se empezó a notar en la patronal una actitud más dura frente a la solicitud de trabajo. Y a nosotros, los obreros de la ciudad, llegaban rumores del malestar de los trabajadores del campo contra los cuales los terratenientes se manifestaban duros y arrogantes.

Albacete, como queda dicho, era el centro de una provincia agrícola dominada en gran parte por los terratenientes: los Lodaes y sus familiares, Mateo Sánchez, los Flores... que se valían de su poder para esclavizar a los temporeros en las épocas de recolección. Los obreros agrícolas, gente no cualificada, la mayoría analfabeta, habían oído más o menos confusamente hablar de un proyecto de Reforma Agraria que aquí en la práctica no se había notado, pero su miseria y las noticias de movilizaciones campesinas en el resto de España en vísperas del periodo de siega les indujo a protestar. Las protestas fueron reprimidas duramente. Si cabe, más que en el resto del país puesto que aquí la fuerza de los obreros del campo era menor y "había que escalearlos para que aprendieran".

A partir del verano de 1934 la tensión crece. En el Partido Socialista y la UGT se inicia un desplazamiento hacia la izquierda. Albacete, dentro de sus posibilidades, se incorpora al movimiento de rechazo que crece en

todas partes contra la derecha gobernante. Es en esta época cuando yo, todavía chiquillo, comienzo a asistir con frecuencia a la Casa del Pueblo y percibo y comparto la postura beligerante de los trabajadores organizados.

En octubre, la huelga general es reprimida duramente en Tarazona y en Villarrobledo. No es exagerado deducir que los crímenes cometidos años después, al final de la guerra, en Villarrobledo, tienen su inicio aquí, en la huelga de octubre del 34. La derecha agraria no perdona, es rencorosa y pretende, asesinando a cientos de trabajadores acobardar de una vez a quienes osaron plantarle cara. Esta sangrienta represión explica la causa, el porqué en zonas llanas de la Mancha, a partir de Villarrobledo, en un territorio impropio para la lucha guerrillera, surgieran tantísimos combatientes, que mal armados, a lo largo de los años cuarenta se enfrentaron a las fuerzas militares del Régimen fascista.

En el frente, en la 5ª Brigada, combatieron conmigo algunos de los huelguistas de Tarazona presos hasta la victoria del Frente Popular en el Fuerte de San Cristóbal en Navarra.

Después de octubre la campaña en pro de la Amnistía cobra bríos ya que la represión había llenado las cárceles además de con los revolucionarios de la provincia, con gentes de la capital.

Un hecho que dio pábulo a la campaña izquierdista fue el “straperlo”. Se escribe así si bien más tarde se castellanizó la palabra como estraperlo. Éste en su origen era un sistema de ruleta de casino con el cual, mediante fraude, siempre ganaba la banca. En aquel chanchullo estaban implicados personajes cercanos al Gobierno y éste entró en crisis.

Desde aquellos días llamamos estraperlo a cualquier actividad que busca beneficios de manera poco legal. Entonces se inventaron juguetes-trampa con ese nombre. En mi taller construimos uno. Era un trozo de madera prismático de cuatro caras taladrado por el centro de arriba abajo y dentro de este agujero se simulaba un resorte con una goma que había que atrapar con un cilindro. No había tal resorte y todo se reducía a impulsar, oprimiendo con los dedos hábilmente el cilindro y dando así a entender a los espectadores que la goma tiraba de él.

La campaña electoral fue dura. Los jovencillos teníamos nuestro protagonismo. Ayudábamos a pegar propaganda. Nos colocábamos en mejores sitios impidiendo con nuestros cuerpos que los derechistas fijaran allí sus carteles. Amasábamos el engrudo (entonces desconocíamos las colas en polvo de ahora) agitándolo con palos. Íbamos a los mítines...

El 16 de febrero de 1936 el triunfo electoral del Frente Popular agudiza la tensión política. La izquierda reclama un cambio drástico de la situación. Proliferan las manifestaciones populares. La amnistía para los pre-

sos reclusos tras la acción revolucionaria de octubre de 1934, uno de los puntos cruciales del programa electoral, es exigida amenazadoramente ante los gobiernos civiles y las puertas de las cárceles. El lenguaje de los partidos socialista y comunista y la presión sindical son más combativos cada día.

Las fuerzas derechistas ante el temor de que, ahora sí, sus privilegios sean recortados, cierran filas en torno a los núcleos más reaccionarios. La Falange saca a la calle a sus pistoleros y se suceden los incidentes.

El 16 de marzo, al mes exacto de las elecciones, Don Arturo Cortés, cirujano y político republicano muy querido por el pueblo albacetense sufre un atentado. Es tiroteado por varios derechistas aunque por fortuna no le hieren. El hecho conmocionó a la población. La izquierda se manifiesta al día siguiente pidiendo airada el castigo de los culpables. El gobernador civil no toma ninguna medida desoyendo al pueblo. Hay que tener en cuenta de que a pesar del triunfo del Frente Popular los cambios en las altas esferas provinciales, gobernadores, comisarios de Policía, etc., etc., etc., se han escurrido poco hacia la izquierda o no se han producido puesto que el gobierno está exclusivamente compuesto por republicanos, sin socialistas ni comunistas.

La manifestación, dirigida por exaltados, abandona las cercanías del Gobierno Civil y emprende la marcha por la calle Tesifonte Gallego en dirección al centro. Al llegar a la altura del Casino Primitivo se detiene y hay un cruce de insultos entre los manifestantes y los ocupantes del Casino.

El Casino Primitivo, un círculo elitista de lujosas instalaciones, venía a ser la sede de la derecha más acaudalada y reaccionaria. Sus socios, ricos terratenientes, comerciantes, industriales y rentistas, conspiraban como en toda España contra la República más intensamente que antes y sus gentes financiaban a la turba de pistoleros declaradamente fascistas: la Falange.

Las palabrotas de los de fuera y los denuestos, gestos y burlas de los del casino, entre los cuales hay algunos oficiales de la Guardia Civil y los Guardias de Asalto esgrimiendo pistolas provocan la irrupción violenta de un grupo numeroso que rompiendo puertas y cristales acosa a los socios tratando de agredirles. Yo estaba en la manifestación junto a mis compañeros de trabajo y vi como, de pronto, el Casino comenzaba a arder. Supongo que a la intención de incendiar el Casino contribuyó la decepcionante actitud del Gobernador Civil momentos antes.

El Casino en aquella época era bastante mayor. La puerta principal, como ahora, daba a la calle Ancha pero existía un segundo acceso en la calle Mayor donde hoy se alzan otros edificios. Por aquella puerta huyó la mayo-

ría de los socios hasta que parte de los manifestantes la bloquearon. Empezó a llover. Una lluvia primaveral intermitente. Desde la calle Mayor donde yo me encontraba veíamos a gente, gateando mojados sobre los tejados del Casino, que buscaban desesperados alguna salida. Los mismos manifestantes que antes les persiguieron les ayudaron a escapar del fuego y del peligro de caer a la calle.

El hecho grave del incendio contribuyó a exaltar más los ánimos. Un grupo más violento prosiguió calle Ancha en dirección al Altozano y cerca del Gran Hotel asaltó “El Albacete Religioso”, comercio de objetos e imágenes religiosas e instrumentos musicales de un destacado derechista, que destruyó totalmente. Y a partir de aquí fueron a por las iglesias. Ardió San Juan donde se destruyó una excelente pintura de Juan de Juanes y multitud de tallas y objetos de menor valor. La Plaza de San Juan, que aun no era catedral, la formaba un semicírculo de pequeñas y viejas casas a las cuales se accedía por cortas escaleras externas pegadas a las fachadas. Los Guardias de Asalto acudieron pero no intervinieron. Sentados tranquilamente en las escaleras indicadas contemplaban el incendio. La actitud de los Guardias indicaba que el Gobernador, del que dependían, comprendiendo su error inicial no quería agravar más las cosas. Las iglesias de la Purísima y San José no se incendiaron para evitar que las llamas se propagaran a los edificios colindantes pero con las imágenes amontonadas en el exterior se organizaron grandes piras. La decisión de incendiar los templos o no, de sacar a la calle los santos o dejarlos dentro se tomaba asambleariamente y se optaba por lo que a los protagonistas les parecía más adecuado.

El ataque a la Iglesia es comprensible en aquella coyuntura histórica. El clero en general junto al gran poder de la Banca, los terratenientes y la mayoría de las fuerzas armadas estaban, como enseguida se evidencia en julio, contra la República, contra las masas populares hambrientas y contra la cultura laica que se abría paso.

El franquismo trató luego de justificar su golpe de Estado y su guerra en la defensa de los valores tradicionales, la religión y el orden, silenciando que precisamente aquellos “valores tradicionales y religiosos” habían conspirado desde el primer momento contra el nuevo régimen que el pueblo democráticamente había elegido.

Desde febrero a julio la situación se agrava. Se suceden los atentados y los conflictos. Ya se vive en un clima de preguerra. El 1º de mayo la manifestación de los trabajadores, en algunos aspectos, es casi marcial. Las juventudes obreras desfilan uniformadas, una réplica a las maniobras derechistas que encuadradas por la Falange se estructuran militarmente.

Cerca del Parque, en lo que ahora es barriada Parque Sur existía un complejo deportivo llamado “Tiro de Pichón”, dedicado como indica su nombre a la suelta y caza de palomas. Contaba con pistas de tenis y un bar. Todo ello de propiedad privada y por supuesto, coto cerrado de las clases pudientes. Allí, usando fusiles de madera, los jóvenes derechistas se instruían militarmente. Maniobraban en orden cerrado y se perfeccionaba en el manejo de las armas. Las vueltas que da el mundo, curiosamente aquellos fusiles de madera valieron para que, derrotada en Albacete la sublevación el 25 de julio de 1936, las milicias populares que inmediatamente se organizaron, aprendieran a marcar el paso con ellos sobre el hombro.

En junio otro atentado falangista tiñe de sangre la calle de Tejares. Cae un trabajador, un sastre vecino de los hermanos Pardo, comunistas, que poseen una pequeña peluquería en la casa de al lado. Los Pardo eran el verdadero objetivo de los asesinos.

Los trabajadores coordinaban su estrategia en las precarias instalaciones de la UGT en la calle Caldereros. Yo acudía allí desde antes de las elecciones de febrero y percibía la gravedad del momento. Ayudaba o trataba de ayudar pegando carteles, haciendo recados, vigilando las reuniones fascistas. La UGT era el sindicato común de socialistas y comunistas desde que estos disolvieron su propio sindicato: la CGTU. Allí viví conmocionado como todos los sucesos de Yeste, unos crímenes cuyos ecos apagó la Guerra Civil (Manuel Requena escribió un libro que trata de aquellos sucesos estupendamente); allí supe del asesinato del teniente Castillo y su respuesta: la muerte del diputado Calvo Sotelo, líder civil de la sublevación que todos esperábamos.

Por la muerte de Calvo Sotelo conocí que un compañero de trabajo, Eustasio, hijo de un guardia jubilado, era falangista. Hasta aquel día no le habíamos oído hablar de política. Acudió al funeral que se ofició en honor del diputado asesinado y al volver anunció amenazante que “bien pronto se van a enterar los rojos...” Yo me llevaba bien con él. Me parecía un buen muchacho. Tendría 18 o 19 años y el tema esencial de sus conversaciones eran las chicas. Trabajaba en un banco como ayudante, junto a Felipe, otro joven de su misma edad con quien parecía no disentir en nada. No me sorprendió verle con un fusil durante la semana que Albacete estuvo dominada por los fascistas. Encarcelado junto a otros derechistas y guardias sublevados, murió en la “saca” de la prisión que una multitud vociferante efectuó en septiembre, cuando las milicias partían hacia el frente. Felipe, su amigo y compañero cayó combatiendo por la República.

La Guerra...

CAPÍTULO II

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1936-1939)

de jaula. Como las de la Casa de Fieras en el Retiro. Ahora cuando lo miro desde mi cama, considero que no sería raro que dentro de poco apareciese el domador con su chuzo y la carnaza a echarnos la comida, y casi me sorprende que esta masa de seres tumbados en torno mío, que hablan, fuman o leen, sean hombres en lugar de alimañas.

Confieso que al contemplar el zaguán, la escalera y el dormitorio me sentí deprimido. Me pareció que me sumergían en un inmenso baño de miseria. Y sólo gracias a la gente, a esta masa que bulle por doquier y que se muestra tan afable y simpática, debo mi contento, casi satisfacción de estar aquí cuando escribo estas líneas.

Inmediatamente de aposentados hemos buscado a Valentín². Lo hemos hallado en el patio. Estaba sentado en el suelo en un corrillo presenciando una partida de ajedrez. Me ha sorprendido lo cambiado que está. Ya no es aquel joven, casi chiquillo, que en Albacete bromeaba con nosotros los chavales de la panda. Está avejentado, el pelo cuajado de canas y algo más grueso. Nos ha reconocido enseñando. Hemos paseado charlando de mil cosas, resucitando recuerdos, comprobando facetas del presente, oteando el futuro. Le encuentro como siempre: formidable

3.3.2 Ocaña

El encierro en Ocaña es tal vez el que peores recuerdos me dejó en mi segundo cautiverio. Prescindiendo de Gobernación con sus torturas y violencia policial, los estrechos calabozos del sótano, el ser sacados de las celdas y llevados en fila al retrete cuando a los guardias les parecía bien. Y aquella atmósfera pestilente, casi irrespirable. En Ocaña me encontré de nuevo con las ejecuciones. De allí los compañeros salían para morir ante el piquete. Los mataban en un lugar conocido como el Pozo o el Hondo de la Gallina que nunca he sabido dónde está.

Allí me condenó de nuevo un consejo de guerra de militares con uniformes repletos de chatarra condecorativa. Y como al acabar la guerra, los consejos eran en serie, uno tras otro. Tenían prisa.

Nos llevaron a Ocaña desde Alcalá de Henares. Tanto aquella como esta cárcel estaban abarrotadas. En realidad todas las prisiones por donde

(2) Feliciano Valentín, comisario de la Aviación Republicana en la Base de los Llanos. Su categoría militar equivalía a la de coronel. Condenado a muerte en Albacete, conmutado y preso entonces como dirigente comunista

un día de estos me decido a estudiar la cosa y si reconozco que obro mal, adopto otra actitud.

Ayer tomaron los nombres de cuantos cumplimos el periodo. Nada de particular tendría que hoy mismo abandonáramos celdas y fuéramos al otro lado.

Si Maruja viniese mañana a lo mejor va podría verme.

30 de mayo

¡Al fin Maruja dio señales de vida!. Escribe diciendo que vendrá hoy o mañana. Su redacción es el estilo telegráfico de siempre, pero entre las lacónicas frases se entrevé la preocupación y el cari-

2.1 Insurrección militar y guerra civil.

La noche del viernes 17 de julio o la del sábado 18, no logro recordar un gran extraordinario.

dar, y sería fácil buscar en la prensa de entonces, los trabajadores se manifestaron a las puertas del Gobierno Civil pidiendo armas. Yo era uno de ellos. Las organizaciones políticas y sindicales de la izquierda comocinaban y querían hacer frente al golpe. Pero como en otros lugares, el gobernador, siguiendo instrucciones de Madrid, las negó. La izquierda gobernante, luego se vio bien claro, tenía más al pueblo armado que a la derecha que arrojando a parte del ejército se había sublevado ya en

Marruecos. El instinto de clase, el desprecio y el temor a los desarraigados, a los pobres, a los obreros, no les permitía ver que ellos también corrían peligro y que la extrema derecha, la Iglesia y casi todo el Ejército los odiaban tanto como a los trabajadores porque, a su juicio, ellos habían abierto las puertas a la subversión.

Cuando acabó la guerra con la victoria del fascismo vi a muchos de estos burgueses, pequeños burgueses, ir al paredón, posiblemente estupefactos ante un desenlace que en su interior no comprendían.

Las generalizaciones implican el riesgo de ser poco seguras. No toda la pequeña burguesía escorrida a la izquierda vaciló. Muchos afrontaron la situación combatiendo, pero en conjunto, como clase, la mayoría no comprendió lo que estaba en juego y hasta el final creyó posible un entendimiento con la reacción. Abundaron los que aceptando el "no es esto, no es esto" de Ortega, de ardientes republicanos se convirtieron en defensores del orden que el fascismo postulaba.

A lo largo de toda mi vida he buscado comprender que induce a la gente a cambiar de ideario, incluso a traicionar compromisos defendidos antes

con pasión. Sé que el tema es complejo y que “cada persona es un mundo” como el dicho vulgar repite, pero en general los motivos son escasos. El clima, el momento histórico condicionan muchos comportamientos. Es posible que lo que un día se creyera blanco se vea luego negro. Se repite también, y yo lo creo, que rectificar es de sabios. Pero rectificar sin renegar. La rectificación puede y debe ser simple cambio de táctica, jamás traición al fin estratégico. Por desgracia los hombres y mujeres de convicciones profundas, razonadas, no son la mayoría.

Resumiendo, opino que el cambio ideológico, el chaqueteo, la traición, obedecen a:

- a) Hay que apuntarse al bando vencedor.
- b) Conviene estar donde haya mayores posibilidades de poder, o riqueza, o ambas cosas a la vez.
- c) Por despecho: es intolerable que fulano sea más que yo cuando yo soy mejor.
- d) Por miedo: el terror, la tortura o la amenaza han convertido a muchos en traidores (“mi vida vale más que todo lo demás”).

No veo muchas más causas que las sucintamente señaladas.

Las noticias no corrían entonces tan veloces como ahora, pero a través de las escasas radios y la prensa la mayoría conocíamos que el conflicto crecía, se extendía por doquier.

Albacete, a los ojos de quien no se posicionara en un bando o en otro, parecía en calma. El domingo 19 hacía mucho calor. Día de descanso laboral, sin contacto con mis compañeros de faena, fui con otros chicos del barrio a bañarme a una de aquellas balsas que entonces hacían las veces de piscina. En la huerta de Panduro, cercano a donde hoy está Eroski, el baño nos costaba 10 céntimos. Casi ninguno sabíamos nadar. Estuvimos chapoteando hasta las cuatro de la tarde y despacio regresamos a la “Santa” la plazuela triangular frente al colegio Cervantes, al lado de nuestras casas.

Y allí estaba la Guardia Civil, formada, proclamando a toque de corneta el Bando militar que anunciaba que “Albacete secundaba el Movimiento Salvador de España”. Llamaba la atención un automóvil descapotable acompañando a los guardias, algunos a caballo, donde un individuo vestido con traje claro de verano, empuñaba amenazador una pistola. Era el marqués Del Bosch. Este hombre tuvo gran protagonismo durante la semana del 19 al 25 de julio, en que los rebeldes dominaron la ciudad y murió fusilado por los milicianos tras su derrota.

Falangistas armados y guardias asaltaron y saquearon la Casa del Pueblo deteniendo a cuantos sindicalistas allí estaban. Llenaron la cárcel a rebosar. Uno de los detenidos, a quien jamás conocí, era hermano de mi esposa: Paco,

un joven cuchillero de 18 años que más tarde cayó en el frente de Pozuelo de Alarcón.

Piquetes armados cacheaban a los transeúntes y detenían a quien les parecía. El terror dominaba a la ciudad pero aun así la huelga general convocada por la UGT se hizo efectiva.

Nosotros, el lunes por la mañana reunidos a las puertas del taller decidimos no entrar al tajo. En general se obró de esta manera en las obras, comercios y talleres.

Un día o dos más tarde, aviones procedentes de los aeródromos cercanos a Murcia, San Javier y Los Alcázares, bombardearon Los Llanos, el pequeño campo de aviación de Albacete. Y arrojaron prensa y octavillas en defensa de la República. Sorprendió que el periódico fuera ABC, controlado por los obreros sofocada en Madrid la intentona militar. Al primer bombardeo sucedieron otros casi a diario, puesto que la aviación leal no tenía aquí oposición.

Los bombardeos y el temor a los golpistas generó la huida al campo de buena parte de la población. Mis familiares y yo nos desplazamos hasta la Casilla de Barrena, pariente lejano de mis abuelos y permanecimos allí, a nueve o diez kilómetros de la capital hasta que el 25 de julio Albacete fue liberado por las milicias populares venidas desde levante junto a marinos y carabineros de Cartagena.



Milicianos republicanos tras la liberación de Albacete el 25 de julio de 1936.

No se libraron grandes combates. Los facciosos, un término que se empezó a emplear para denominar a los sublevados y que en la práctica, desde el campo republicano se mantuvo toda la guerra, no ofrecieron una resistencia organizada. Se sabían derrotados desde el momento en que todos los territorios circundantes, o no había secundado la insurrección o ésta había sido vencida. La acción más significativa por su parte fue el bombardeo de las columnas leales por uno o dos aviones que causaron algunas bajas entre los milicianos.

La gente, que abandonara la ciudad temerosa, comenzó a regresar. Los más jóvenes, yo entre ellos, llegamos a tiempo de contemplar las últimas escaramuzas y el despliegue de las fuerzas republicanas por todo el casco urbano.

Las fuerzas que reconquistan Albacete ofrecen un aspecto de lo más heterogéneo. La mayoría obreros, gente del pueblo mal y poco armada con escopetas de caza de viejo modelo, carabinas, fusiles que han arrebatado a los guardias por los lugares que han cruzado y hasta centenarios pistolones de dos cañones que cualquiera sabe de donde los habrían sacado. Visten monos de trabajo o van en mangas de camisa. El mando tampoco es regular. Al frente de los improvisados milicianos van dirigentes de organizaciones de izquierda. Los marinos de la Base Naval de Cartagena y los Carabineros, acostumbrados a las normas militares, ofrecen aspecto más disciplinado. Se hace notar un enérgico teniente de carabineros: Jarillo.

Penetran en la ciudad indignados. Los aviones rebeldes y los facciosos en retirada han matado a algunos compañeros. Los guardias y los falangistas huyen despavoridos arrojando tricornios y brazaletes. Varios son abatidos y sus cuerpos quedan tendidos en el suelo sobre un charco de su propia sangre.

Liberada la ciudad, masas enfebrecidas y alegres se manifiestan dando vivas a la República, a la Revolución...

En las zonas donde el movimiento militar fracasa gracias a la resistencia popular, en las grandes y medianas ciudades, se impone una verdadera revolución. Durante los primeros días e incluso semanas no existe otra autoridad que la del pueblo armado.

Los acontecimientos obligan a la remodelación del Gobierno en Madrid. Es un gobierno de republicanos apoyado por los partidos de izquierda. Su autoridad, cuando la tiene, es precaria. Quien manda en cada ciudad y cada pueblo son los representantes locales del Frente Popular, los Partidos, los Sindicatos. Y las milicias, que se crean rápidamente.

Albacete no es una excepción. La mayor agrupación de milicias toma el nombre de "Batallón 25 de julio" en conmemoración de la fecha en



Cartel republicano de la defensa de Madrid

que la ciudad, y en realidad toda la provincia fue liberada. Esta unidad combatiente, que se instruye durante casi dos meses antes de partir hacia el frente, es estructurada por hombres enviados desde el 5º Regimiento.

La organización de milicias más importante de España si exceptuamos la región catalana y en cierto modo Euskadi, es el 5º Regimiento de Milicias cuya sede es un convento de Madrid cerca de Cuatro Caminos. Al frente del 5º Regimiento, que en realidad no es una unidad de combate, sino el organismo político que creará las columnas que marchan a los frentes, hay personajes que andando el tiempo serán afamados jefes del Ejército Popular.

El Batallón “25 de julio” es la base sobre la que más adelante se formaría la 3ª Brigada Mixta de Carabineros protagonista de infinitos combates. De estas milicias salen buenos mandos militares y comisarios. Conocí a bastantes y recuerdo a Rabadán y a Escobar que capturados tras la derrota fueron ejecutados aquí, en Albacete. Los dos pertenecían al Partido Socialista. Juan Collado Obrador, que llegó a ser Jefe de Transportes de la zona no catalana. Permaneció en la cárcel largos años. Era comunista.

El vacío de autoridad, el poder disperso, reciente el golpe, que aquí se ha sofocado, y el recuerdo de viejas represiones avivado por los acontecimientos desata la violencia contra quienes están enfrente. Se detiene a derechistas, guardias, curas... Muchos mueren antes que la autoridad legal se restablezca. Por supuesto que la persecución, los procesos y las condenas continuarán cierto tiempo pero no son comparables al terror impuesto por los facciosos en la zona controlada por ellos.

Manuel Ortiz Heras ha estudiado el tema en su libro “Violencia política en la II República y el primer franquismo” que conviene leer.

Violencias aparte, lo destacable de este primer período en la zona leal es la Revolución Social que tras el estallido bélico se desarrolla. Espontáneamente los obreros del campo y campesinos pobres, antes que las leyes lo aprueben, se apoderan de las tierras y bienes de los latifundistas llevando a cabo la Reforma Agraria tantas veces aplazada. Y las empresas de pueblos y ciudades comienzan a exhibir desde el 26 de julio carteles anunciadores de incautaciones y control por parte de los obreros y empleados de las mismas. La incautación consistía pura y simplemente en la expropiación de las empresas. El control admitía a los antiguos dueños como asalariados junto al resto del personal.

Tanto la expropiación de las tierras como la incautación de empresas no siempre fueron justas.

La fobia anticomunista comenzada en la España republicana en el último período de la Guerra y continuada con más o menos furor hasta el presente, ha silenciado o falseado bastantes aspectos de lo acontecido enton-

ces. Vicente Uribe, ministro de Agricultura comunista del Gobierno que promulgó la Ley de Reforma Agraria, establece la extensión y límites que esto debe tener. En la Ley se señala con claridad que las pequeñas y medianas empresas agrícolas no pertenecientes a enemigos declarados deben ser respetadas, rechazando la presión que sobre los pequeños campesinos ejercen otras fuerzas, muy particularmente los anarcosindicalistas.

Como he indicado anteriormente la filosofía de los Frentes Populares de inspiración comunista busca la alianza de la burguesía democrática con los trabajadores. El enemigo a batir era el capital monopolista, la aristocracia terrateniente, los grandes propietarios industriales. Lesionar, arrebatar las propiedades de pequeños burgueses contribuiría a enajenarnos las simpatías de capas de población que en el fondo eran casi tan víctimas de la oligarquía como el proletariado.

En el taller donde yo trabajaba, el lunes 26 de julio el patrono Gómez nos recibió con un gran lazo tricolor en la solapa. Dijo que él era republicano, radical y que pensaba colaborar con nosotros. Realmente era un verdadero reaccionario, pero se le respetó y pasó a formar parte de la dirección que controló a partir de entonces la industria.

Las negociaciones que culminan en el pacto del Frente Popular concuerdan con el entendimiento entre diversos sindicatos (CGTU comunista se integra en UGT) y con el acercamiento de las secciones juveniles socialistas y comunistas.

El Frente Popular responde en España a la necesidad en la izquierda de mayor unidad para enfrentarse a una derecha que camina rauda hacia el fascismo. La idea de los Frentes Populares tiene su origen fuera de aquí. La 3ª Internacional o Internacional Comunista es quien percibe que la mejor manera de hacer frente a los fascismos en auge es la alianza entre la burguesía democrática y los partidos y sindicatos obreros. Los Frentes Populares triunfaron en España y Francia, pero se vieron con malos ojos en Inglaterra y otras naciones europeas. La derecha capitalista a pesar de la agresividad de Italia atacando Etiopía y del rearme alemán y la represión Hitleriana, temporizó con ellos esperando que al final se lanzaran contra Rusia. Hitler en su "*Mein Kampf*" lo anunció cuando expone sus ideas sobre el espacio vital que Alemania busca. Entonces se rumoreaba, hoy se sabe, que Mussolini y Hitler alcanzan el poder financiados por el gran capital.

Las negociaciones que llevan al Frente Popular coinciden con la fusión de las juventudes socialistas y comunistas. Es esclarecedor saber que dicha fusión se da tras un viaje a Moscú de Santiago Carrillo, líder de las Juventudes Socialistas y Trifón Medrano responsable de los jóvenes comu-

nistas. El organismo unitario resultante toma el nombre de Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) y se afilia a la 2ª Internacional.

Aunque oficialmente el nacimiento de la JSU data de finales de abril de 1936 no es hasta el inicio de la guerra que ésta empieza a funcionar. La fusión juvenil viene precedida de reuniones en cada provincia para plasmar sobre el papel los acuerdos. En Albacete el grupo socialista mayoritario impone unas condiciones que los jóvenes comunistas estiman draconianas. Las aceptan en pro de la unidad. Por tanto la dirección resultante es hegemonícamente socialista. Transcurrirán meses para que accedan a puestos directivos jóvenes procedentes de las juventudes comunistas. Y esto sucede dentro del viraje hacia la izquierda que aquí y en toda la zona republicana se va dando conforme la lucha se acentúa.

En este orden conviene señalar que en Albacete, sugerido por el PCE se crea el Comité Provincial para la fusión de los Partidos Socialista y Comunista.

Los comunistas se revelan buenos organizadores. Lo evidencian en las milicias, en los sindicatos, entre los jóvenes... Varios factores les ayudan: el apoyo de la URSS al gobierno español y la llegada de los voluntarios internacionales que establecen en Albacete su cuartel general.

Yo me decanté por el comunismo después de muchas lecturas. Estudié los programas y estatutos socialistas y comunistas, repasé artículos de prensa, me hice con libros sobre el marxismo, etc. etc.

No ignoro que el ambiente tuvo su influencia. Cada época condiciona de una u otra manera a sus contemporáneos y yo vivía la dramática época que trajo la República y provocó la Guerra. Pero la combatividad comunista, su claridad de ideas y mi presente de joven trabajador me llevaron a su lado.

En la JSU ocupé puestos de dirección y muy temprano percibí que dentro de la organización ciertos sectores no sentían verdadera pasión por la unidad. En el Partido Socialista existían varias corrientes, cada una seguidora de un líder. Largo Caballero contribuyó decisivamente a la unidad juvenil pero su influencia y su afán unitario fueron debilitándose mientras otros dirigentes alcanzaban mayor protagonismo.

La guerra iba decantándose contra la República. Dos fueron las causas de aquel retroceso. De un lado el apoyo descarado con material y tropas perfectamente encuadradas que Alemania e Italia proporcionaban a Franco. De otro el Comité de no Intervención creado a instancias de Inglaterra por la Sociedad de Naciones que haciendo la vista gorda a este apoyo prohibía al Gobierno la compra de armas y suministros.

El comité de no Intervención fue uno más en la serie de repliegues y concesiones que Occidente hizo al fascismo. Y en este caso influyó seguramente la alarma con que veían los avances revolucionarios de nuestro pueblo en su lucha contra la reacción.

Uno de estos hechos es la incorporación de la mujer a la lucha. Desde el primer día muchas combaten en los frentes al lado de los hombres. La producción, el trabajo que el esfuerzo de guerra requiere descansa en ellas de manera importante. En Albacete, organizados y dirigidos por mujeres jóvenes se crean numerosos talleres colectivos para confeccionar las ropas y uniformes que los combatientes necesitan. Las fábricas de armamento cuentan entre su personal con buen número de mujeres y en la base aérea de Los Llanos hay chicas reparando vehículos y motores. Y no digamos del trabajo agrícola. La mayoría de los hombres jóvenes está en el frente y son mujeres quienes prácticamente asumen la responsabilidad del cultivo y la recolección.

La incorporación de la mujer a la vida social en todos los ordenes transforma, modifica las costumbres de un país machista y atrasado en otro de avanzada moral cosa inimaginable poco antes.

Y la cultura da un salto prodigioso. Se lee más que nunca y los jóvenes tienen abiertas las puertas de las Universidades Populares que, aunque creadas antes de la Guerra por los estudiantes progresistas de la FUE, aquí en Albacete carecían de vitalidad.

Es incuestionable la hegemonía que en el terreno juvenil ejerció en Albacete la JSU. Junto al Partido Comunista relanzó la organización infantil de los Pioneros Rojos. La Historia de aquel período menciona a las dos organizaciones y en tono menor dice algo sobre las juventudes libertarias que los anarquistas estructuraron con poco éxito. Desde luego no se puede ignorar la importancia que la JSU tuvo a lo largo de la contienda ni el papel jugado por sus dirigentes. Más hubo otra organización de clara inspiración comunista de la que nadie habla: "Alerta". "Alerta" agrupaba a multitud de chicos y chicas y les instruía en toda clase de deportes olímpicos. Aquí el instructor era un atleta alemán miembro de las Brigadas Internacionales herido en el frente. He olvidado su nombre. Con él aprendimos a lanzar jabalinas, discos, martillos, a saltar y a correr... "Alerta" tenía su propio himno y los jóvenes afiliados vestían camisas blancas con sus siglas en el uniforme.

La irrupción enemiga tras las batallas de Teruel corta en dos el territorio republicano. Los fascistas llegan al Mediterráneo por Vinaroz. La situación es cada día más difícil. Una parte de nuestro ejército se repliega hacia el norte, hacia Cataluña y otra se hace fuerte en las cercanías de Castellón. Hemos sufrido muchas bajas, faltan soldados y armas.



Ezequiel San José. 5ª Brigada Mixta de Carabineros

Es precisamente la JSU quien ante el desastre lanza la consigna: “*Necesitamos dos nuevas Divisiones*”. La JSU se dedica a una recluta juvenil. Albacete se llena de pintadas y pasquines trazados a brochazos al dorso de viejos carteles reclamando las “*Dos Divisiones de la Juventud*”. Los primeros voluntarios son los dirigentes juveniles que apenas cuentan 17 años. Yo también.

Nos concentraron en Chinchilla, en unas escuelas que servían de cuarteles en la parte baja del cerro y al cabo de pocos días de instrucción algunos oficiales mutilados nos revisaron rechazando a los que no consideraban aptos. Yo fui uno de ellos.

Sentí una decepción y una rabia enormes. Aquellos chicos lucharon en Levante donde bastantes entregaron sus vidas.

Casi todos los rechazados, los inútiles, falsificando papeles y permisos familiares, a la semana siguiente ingresábamos en el cuerpo de Carabineros donde no exigían demasiados trámites.

Fui, junto a paisanos de Tarazona que esperaban ser movilizados por su edad, a una base de instrucción cercana a Oliva, Rafelcofer, desde donde nos condujeron al frente del Jarama. Acababa de cumplir 16 años.

Hoy esto parecerá una barbaridad. ¿Lo era? Creo que los niños y jóvenes de entonces madurábamos mucho más temprano que ahora. La situación, la vida eran bien distintas.

2.2 El golpe de Casado.

La calle sigue siendo la misma y es otra sin embargo. El tramo que baja desde la Puerta de Alcalá a Cibeles no ha cambiado mucho. La silueta granítica de la Puerta es la de entonces y mirando detenidamente pueden percibirse las viejas huellas de los impactos que la hirieron. Pero la escena en nada se parece a aquella. Algo más arriba la calzada de la calle de Alcalá ha sido perforada para construir un túnel por donde penetran manadas de automóviles. No se escuchan disparos mas el ruido, el fragor del tráfico es mayor si cabe que el de la batalla. La verja metálica y el zócalo de piedra del Retiro que rodea un sector de la plaza permanecen. No está el pequeño kiosco de madera cerca de la puerta del Parque y la avenida que sube hasta el estanque es diferente.

El hombre que contempla el lugar es el mismo y es otro, sesenta y tantos años más viejo. Pero siempre que pasa por aquí rememora, siente las lejanas jornadas de aquel marzo.

El hombre soy yo. Bien diferente del muchacho de apenas 17 años atrincherado con el fusil dispuesto tras la verja.

Es curioso como en la vejez retornan los recuerdos más lejanos. Acabo de prepararme un té y no sé si he apagado el gas o no. He mirado para cerciorarme. Y así casi todos los días. Pero veo con claridad escenas lejanísimas. Sé muy bien la disposición de los tanques apuntando con sus cañones hacia la Plaza de Cibeles por debajo de los arcos de la Puerta. Y por supuesto veo la masa de cemento que protegía el carro de los leones y la diosa de las bombas fascistas.

Miles de veces he rememorado la batalla, el avance desde el Palacio de Osuna, Posición Jaca, Cuartel General del Ejército del Centro, hasta Correos, y los muros del viejo Palacio de Linares, que ahora es sede de la Casa de América, detrás de la vanguardia del Cuerpo guerrillero. Cuando viajo a Madrid, suelo acercarme hasta la calle Almirante. Allí pude morir acibillado por las ametralladoras que, enfiladas desde el Palacio de Buenavista, Ministerio de la Guerra o Defensa, barrían la calle de Conde de Xiquena y dificultaban que desde Almirante la cruzáramos.

Almirante es hoy una calle distinguida llena de Pubs, galerías de Arte y tiendas de moda. Entonces era muy otra, con las huellas ruinosas de los bombardeos de toda la guerra y el aspecto de miseria que la misma guerra le había dado.

El propósito de las fuerzas leales al Gobierno era ocupar el Ministerio desde donde se dirigía el golpe de Casado. Atravesamos el Paseo de Recoletos bajo un intenso fuego desde una calle paralela a Alcalá y entramos en

Almirante. Jamás me ha parecido tan ancho el Paseo de Recoletos como aquella mañana. Muchos de los nuestros cayeron allí muertos o heridos. Pretendíamos rodear el edificio desde la calle Barquillo. Para neutralizar el fuego casadista colocamos un viejo blindado Renault de los pocos que poseían las fuerzas armadas, vestigio de la Guerra Europea, en la encrucijada y nuestra gente inició el paso a la carrera. Enseguida el tanque reculó y sus tripulantes descendieron heridos por los disparos enemigos que lograron penetrar a través de las mirillas, puesto que el combate se libraba a tan corta distancia que los tiradores de enfrente podían apuntar bien.

En estas malísimas condiciones transcurrió una verdadera eternidad con casi todas nuestras fuerzas embotelladas en un corto trecho de la calle Almirante y un tiroteo incesante al cual no podíamos responder. Pude observar como la placa azul con el nombre de “calle Almirante” fija en una de las esquinas era arrancada a balazos. Al cabo, ya muy tarde, otro tanque mejor, uno de los carros que los soviéticos vendieron a la República, enfilaron su cañón hacia la ametralladora que nos barría y la acalló. Mas aquella gente estaba bien pertrechada y otra máquina desde lugar distinto reanudó el fuego. Pero, más protegidas, nuestras tropas reiniciaron el cruce. Yo lo hice de un salto, tras un corto respiro. Dos jóvenes que me seguían fueron alcanzados por las balas.

Avanzamos hasta Barquillo y allí nos encontramos con carabineros de la 8ª Brigada movilizadas contra “los comunistas que habían dado un golpe de Estado”. Tratamos de explicarles quien era el responsable del golpe, pero era tal la confusión y el barullo que no logramos nada.

No se pudo tomar el Ministerio y, al anochecer, nos retiramos de nuevo hasta El Retiro.

A todo esto llevábamos casi dos días sin tomar bocado ni beber. Y yo iba descalzo pues en la marcha desde Jaca hasta el Centro había perdido mis viejas alpargatas.

Otra noche en El Retiro, oyendo disparos por doquier temiendo que tras los árboles se emboscaran pacos y golpistas.

Esta cruel aventura comenzó la noche del 5 de marzo en que a parte de mi Brigada la sacaron del frente, dejando desguarnecidas las posiciones. En mi Compañía, la 3ª del 30 Batallón, no comprendíamos nada. Llegamos andando, cargados con todo el equipaje, cerro abajo, hasta la vega del Tajuña, cerca de Morata, donde nos esperaban camiones para conducirnos hasta Arganda. Pernoctamos en una iglesia, en las afueras, y al amanecer, con los camiones, luego de muchas paradas ante la amenaza de la aviación que nos sobrevolaba acabamos en las inmediaciones del Palacio de Osuna, la Posición Jaca, sede del alto mando del Ejército del centro. El Palacio esta-

ba rodeado de trincheras que estaban medio vacías. Proliferaban los rumores y bulos: “Azaña dimitido”; “el frente de Madrid roto”; “golpe de Estado comunista”... Yo, y muchos como yo apenas sabíamos nada de la situación general después de largos meses sepultados en las trincheras sin la menor información. Y en el ejército, en todos los ejércitos, la masa combatiente se siente obnubilada, obligada a obedecer toda una serie de órdenes con frecuencia absurdas. Yo, hablo tanto de mí porque en realidad trato de reflejar una historia donde, aunque insignificante, fui protagonista. Yo, repito, me había incorporado al Ejército Republicano un año antes, cuando nuestra causa estaba ya gravemente amenazada, comprendiendo la necesidad de resistir al fascismo. En mi Brigada, la 5ª Mixta de Carabineros, percibí que no todos pensábamos lo mismo. Se notaba cierta prevención del mando hacia los militantes de las Juventudes Socialistas Unificadas y los comunistas. Allí, en cierta manera, comencé a practicar la clandestinidad. Los comunistas nos reuníamos en secreto para tomar resoluciones que en realidad nos obligaban a ser más combativos. Voluntarios para cualquier acción arriesgada: golpes de mano, asaltos a posiciones avanzadas, captura de prisioneros... que acatábamos disciplinadamente aunque muchos, yo particularmente, sintiéramos miedo. A propósito, confieso que nunca me consideré un héroe y jamás he negado que ante los disparos solía agachar la cabeza instintiva y estúpidamente puesto que hartamente comprendía que los disparos que oyes no pueden herirte.

Al caer la noche nos desplegaron en torno al atrincheramiento con la misión de vigilar la cercana carretera. Muerto de fatiga, al ser relevado de mi turno de guardia caí ahí mismo dormido.

En sueños, ignoro el tiempo transcurrido, percibía como un gran tiroteo. Desperté y eran verdad los disparos, se libraba combate en la posición. Espantado, medio dormido todavía, me arrastré hasta el fondo de la vaguada que antes me sirviera de lecho y hundí la cabeza en un hoyo.

Las balas silbaban como si buscaran mi cuerpo. No sé cuanto permanecí en aquella postura. Al removerme un poco observé que estaba rodeado de compañeros tan aterrorizados como yo.

Ya he confesado que no soy un héroe, pero en el comportamiento de una persona pueden obrar tantos factores que en ocasiones la vergüenza, cierto sentimiento de dignidad, te obligan a ser valeroso. Me incorporé diciendo “vamos a luchar allá arriba”. Y no se movió nadie. Yo ascendí y me arrojé junto a la ametralladora que repelía el ataque.

He meditado mucho sobre aquel episodio. Y después de la guerra algo similar me indujo con frecuencia durante la Resistencia, con tanto o mayor miedo, que entonces, consciente de los riesgos, conociendo personalmen-

te la represión y las torturas, a situarme donde el deber me decía que tenía que estar. De lo contrario me habría muerto de vergüenza.

Cesaron los disparos y, con altavoces, quienes nos acometían solicitaron parlamentar.

Y así nos enteramos de que la posición que defendíamos, el Cuartel General del Ejército del Centro mandado por Casado, era uno de los puntos fuertes desde donde se atentaba contra el Gobierno.

Nos unimos al Cuerpo guerrillero y ocupamos el Palacio de Osuna. En la refriega murió mucha gente.

Emprendimos la marcha hacia Madrid, arroyando a las fuerzas que se nos oponían con infantería y artillería, hasta Ciudad Lineal. Allí descansamos y comimos algo y al anochecer del día 7 otra vez al ataque. En Ciudad Lineal, una unidad de Guardias de Asalto se sumó a nosotros. Asaltamos la Plaza de Toros de Ventas creyéndola ocupada por el adversario, y ya sin parar hasta Cibeles.

Mientras permanecíamos en Ciudad Lineal llegó a mis manos la proclama de una autotitulada Junta de Defensa Nacional que encabezada por Casado, Besteiro, Mera y otros, declaraba depuesto al gobierno de Negrín. Y entre confusas frases asegurando ser “los auténticos y genuinos defensores del pueblo español” planteaba el propósito de poner fin a la guerra “honrosamente”.

De todos los firmantes de aquel documento el de mayor notoriedad política era Besteiro. Los restantes, Casado, militar profesional visceralmente anticomunista y cabeza conspiradora del golpe, W. Carrillo, dirigente del Partido Socialista, Cipriano Mera, sindicalista de la CNT y entonces jefe del IV Cuerpo del Ejército en el sector de Guadalajara, incluso el general Miaja, que se sumó enseguida, carecían del renombre internacional y la talla intelectual de Besteiro. Ahora, tantos años después, cuando de él se habla es para encumbrarlo como gran parlamentario y hombre propenso al entendimiento y la concordia entre los españoles. Quienes combatimos en Madrid por la República y, derrotados sufrimos el franquismo que él contribuyó a traer lo miramos de otra manera. Yo no olvido que aplastada nuestra resistencia en Madrid, muchos de nuestros jefes fueron fusilados y a otros se les dejó encarcelados para que Franco los ejecutara. Y valoro muy críticamente la actitud de Besteiro al ser juzgado “muy comprensiva con los vencedores y el nazismo”, lo que no le libró de morir encarcelado.

La historia la escribe el vencedor, y estirando el concepto, quien tiene poder. Se ha divulgado de mil maneras que el golpe de Besteiro, Casado... era necesario para acabar una guerra perdida ocultando que la República aún disponía de fuerzas y territorio para aguantar hasta el estallido que se veía

inminente de una guerra generalizada entre Alemania e Italia de un lado y las democracias europeas y la Unión Soviética de otro. Porque a pesar de las maniobras apaciguadoras y entreguistas de Inglaterra y Francia, Alemania no se contentaba y aspiraba a más. Se había rearmado y ocupado militarmente la cuenca industrial del Rhur ignorando los tratados resultantes de la Guerra Europea, o Primera Guerra Mundial y en marzo de 1938, un año antes del golpe contra la República de Besteiro y Casado, se apoderaba de Austria. Las nuevas concesiones firmadas en Munich en septiembre del mismo año condujeron a la ocupación del territorio de los Sudetes en Checoslovaquia lo que generalizó la represión, el encarcelamiento y la muerte de millones de opositores o simples ajenos al nazismo. ¿Creían Besteiro, Casado y compañía que el fascismo español animado y armado por Alemania e Italia iba a ser aquí más benévolo?

Antes del golpe, el 23 de febrero de 1939 los dirigentes comunistas presentes en Madrid publican un documento que dice: “La resistencia es posible y será un hecho que nos permitirá salvar la vida y la libertad de millares y millares de hermanos nuestros”. Aquella postura no era exclusivamente comunista. Negrín, Álvarez del Vayo, Giral y destacadas figuras socialistas y republicanas mantenían igual criterio. Que el gobierno conservador inglés prefiriera un fascismo en España a las transformaciones revolucionarias que aquí se gestaban como réplica al levantamiento reaccionario del 18 de julio no exculpa a buena parte de la socialdemocracia europea, y muy especialmente a la francesa, que con los ingleses intrigó para que la República cesara el combate. Y Besteiro fue el títere del que se valieron para conseguir tan torpes propósitos. Torpísimos propósitos como enseguida demostraron las presiones de Alemania sobre Polonia que dieron lugar a la Guerra Mundial.

Conocer en términos generales la gestación del golpe no aclara bien el seguimiento y la aceptación del mismo en amplios sectores del Ejército y de la población.

En primer lugar sus autores nunca dijeron que de lo que se trataba era de una entrega sin condiciones al fascismo. Se recalca con insistencia lo de “la paz honrosa” ante gentes cansadas por tres años de guerra, dolor y escasez. Y entre las fuerzas militares republicanas, con muchos de sus mejores jefes en Francia tras la derrota de Cataluña, y sin mando efectivo en unidades los que lograban regresar, se extendió la idea fácilmente propagada por los jerifaltes del golpismo de que lo que se preparaba era una especie de abrazo de Vergara bis que respetaría, como antaño, los grados alcanzados tanto por los militares profesionales como los de quienes procedían de milicias y que todos, junto a los “nacionales”, estructurarían la oficialidad del nuevo Ejército Español. Era ridículo observar como algunos creían que todo con-

sistiría en un suprimir la estrella roja y las barras doradas de las gorras y cambiarlos por los distintivos castrenses de siempre. ¡Ah y saludar con la mano abierta en vez de con el puño cerrado. La demonización comunista que venía de muy atrás culpaba a éstos de todos los males. Los comunistas, cuya fuerza numérica antes del alzamiento militar era pequeña venían a ser los responsables de que éste se hubiera producido. Exactamente el argumento esgrimido por la derecha para justificar la sublevación de julio.

La mañana del 8 de marzo de 1939 permanecíamos en el Retiro. Se montaron puestos de vigilancia en el exterior de la verja con la consigna de identificar y cachear a quienes pasaran por allí con ropas de paisano y desarmar a los portadores de armas. La idea, acertada, buscaba neutralizar a los fascistas de la Quinta Columna que aprovechando el caos disparaban contra nosotros desde cualquier lugar. Yo arrebaté la pistola de un individuo que sin documentación convincente aseguraba ser guardia de asalto y me estuvo mareando reclamándola hasta que encañonado por mi fusil optó por largarse.

Y seguíamos sin comer.

A mediodía subimos a unos camiones camino de la Casa de Campo a rechazar la ofensiva que en aquel sector iniciaron los franquistas, más antes de llegar, sabedores de que los soldados del 2º Cuerpo de Ejército leales al Gobierno de Negrín, habían restablecido las líneas, volvimos al centro de la capital para, inmediatamente, obedeciendo otra orden, retroceder en dirección a La Ventas desde donde las vanguardias del IV Ejército de Mera presionaban. Mera traía a sus fuerzas a Madrid, abandonando su frente, a través del Puente de Arganda dominado desde las alturas de la Marañosa por el enemigo fascista que le dio toda clase de facilidades para que aplastara con sus Divisiones a quienes en Madrid defendíamos la legalidad republicana.

Esto significó el final para quienes desplegados en aquel sector resistíamos.

Caí prisionero junto a un grupo mientras atendíamos a varios heridos. Abandonando a los heridos que quedaron tendidos en el suelo, nos condujeron a las afueras del barrio y nos colocaron con las espaldas pegadas a las tapias de una pequeña casa frente al descampado.

En aquellos lejanos días, donde hoy se levantan enormes urbanizaciones, Madrid, poco más allá de Las Ventas, lindaba con el campo.

Un capitán de Mera comenzó a insultarnos acusándonos de defender a quienes atentaban contra la República. Varios tratamos de convencerle de que precisamente nosotros luchábamos a favor de la legalidad y él indignado vociferó: “Venga, liquidad a estos hijos de puta”.

¿Creía en serio aquel hombre que nosotros apoyábamos un golpe de Estado? ¿Sabía realmente la verdad de los hechos? Me lo he preguntado mil veces.

La escena dio lugar a que alrededor de prisioneros y potenciales ajusticiadores se concentrara un grupo numeroso de soldados lo que, por azar significó nuestra salvación. Tanta gente en un punto reducido atrajo la atención de alguien que desde un edificio cercano comenzó a disparar ráfagas de ametralladora sobre nosotros. Nuestros captores se arrojaron al suelo y nosotros, los prisioneros, libres de vigilancia nos lanzamos a la carrera pendiente abajo de la pequeña meseta donde estábamos.

Nunca supe a que ejército servía aquel tirador.

Y así terminó la guerra para mí.

2.3 El final de la guerra.

En realidad la guerra acabó para mí como combatiente encuadrado en el ejército regular al huir del piquete de Mera que pretendía fusilarnos en las afueras de Madrid.

Cuando los soldados de la junta de Casado se repusieron del susto que la inoportuna (para ellos) ametralladora les había causado empezaron a tirotearnos. Pero ya estábamos lejos y nos ocultábamos entre las desigualdades del terreno. Nos escondimos a bastante distancia y permanecimos agazapados hasta que anocheció. Entonces el grupo se dividió. Los naturales o conocedores de Madrid se fueron buscando sitios más seguros dentro de la ciudad. Quedamos tres. Dos paisanos de Tarazona de la Mancha y yo, que sabiendo que la victoria del enemigo fascista prácticamente ya era un hecho decidimos retornar a nuestra tierra antes que nos cogieran o nos mataran.

Es triste la derrota. Más si la has sufrido combatiendo por una hermosa causa: la Justicia, la Libertad. Sientes como si un golpe terrible, una fuerza inmensa vaciara tu vida, la dejara sin proyectos, sin ilusiones, sin posible mañana. Comprendo a quienes en situación semejante se suicidan.

Pero nosotros caminábamos. Más o menos conscientes, aún abrumados, andábamos buscando oscuramente algo. Y si buscas es que todavía no deseas el fin.

Con el amanecer llegamos a Arganda, cruzando el Jarama por una pasarela en La Poveda más arriba del puente metálico que suponíamos vigilado. Desde allí la carretera hacia Valencia era la ruta que nos llevaría a la Mancha. Rodeamos el pueblo y nos refugiamos en una casilla derruida esperando que oscureciera para reemprender el camino. Antes del alba, en Perales, un destacamento de soldados que controlaban el puente sobre el río Tajuña nos

detuvo. Nos trataron de desertores. Puede que ignoraran el desastre ocurrido en Madrid. A mí, ignoro por qué, me separaron de los otros y me metieron en un caserón junto al río que en tiempos fuera fábrica de papel. Dentro, prisioneros, mantenían al Estado Mayor de la unidad de tanques cuya base estaba en Alcalá de Henares. Mera los había detenido para evitar que mandaran a Madrid los carros de combate que quedaban en reserva. Un día más tarde, con otros carabineros, fui conducido a Campo Leal (Campo Real) donde concentraban a lo que quedaba de la 5ª Brigada.

Y por si nos cupiera alguna duda sobre los propósitos de Casado, Besteiro y sus gentes, nos llevaron al frente, a las trincheras ya desguarnecidas, para que arrancáramos las alambradas.

La desmoralización era general. Cada cual pensaba y trataba de escapar de nuevo. Yo, junto a otros tres prisioneros lo conseguí. Invertí cuatro días caminado de noche, hambriento y aterido, en cruzar la provincia de Cuenca hasta Minaya donde escondido en un tren de mercancías esperé que éste saliera hasta Albacete. Me tiré del vagón cuando el tren frenaba cerca de la estación.

Última semana de marzo. Parte de lo que a continuación escribo lo anoté, palabra más palabra menos, en un libro que trataba sobre la historia del Partido Comunista en la provincia de Albacete.

El ambiente entre la población, en términos generales es de aceptación de la derrota. La mayoría está cansada de la guerra. Lo sucedido en Madrid, divulgado engañosamente como “sublevación comunista” y lo ocurrido en Cartagena que finaliza con la huida de la flota republicana ha extendido la desmoralización. La prensa y la radio hablan sin tapujos de negociaciones con Franco y “paz honrosa”, y los “nacionales” mostrándose desafiantes en la calle reflejan lo que ya sólo es espera de las tropas enemigas. Se da el caso chocante de que muchos verdaderos antifascistas o que como tales lucharon durante casi toda la guerra, se consideren a salvo de futuras represalias por su antagonismo anticomunista de los últimos tiempos. El anticomunismo es la coartada, el aval que creen poseer para encarar la inminente victoria del fascismo tranquilamente.

Por desgracia, entonces, como casi siempre, esas gentes se equivocan; las represalias, las detenciones, las torturas y fusilamientos establecen muy pocos distinguos entre socialistas, anarquistas, republicanos o comunistas durante la primera época de Franco en el poder.

Los compañeros que encontré, jóvenes que no llegaron a ir al frente por su edad y comunistas de avanzada edad me pusieron al corriente de cómo la situación había ido degradándose.

Con casi todos nuestros militantes combatiendo, la administración de Albacete queda en manos de emboscados y políticos que acatan las directrices anticomunistas de finalizar la contienda según los planes de Inglaterra y la social democracia europea. Las desavenencias y enfrentamientos que la JSU padece desde el mismo día de la fusión fueron agravándose. La dirección es mayoritariamente socialista y, si bien la Ejecutiva Nacional encabezada por Carrillo, Claudín, Ignacio Gallego y otros es afecta al PCE, Albacete se ha convertido en un enclave disidente que termina escindiéndose del conjunto. A los comunistas se les llama despectivamente “chinos”, ignoro por qué, puesto que en China todavía, faltaban décadas, no habían tomado el Poder. Son expulsados de la sede ubicada en el Paseo de la República (Paseo de la Libertad) y se establecen en el Hotel España, casi enfrente de donde les han echado.

Antes que Casado y sus secuaces procedan en Madrid sublevándose, la reunión de mandos militares en Los Llanos anuncia lo que va a pasar. Hidalgo de Cisneros, jefe de la aviación republicana contacta con los responsables del Partido y los jóvenes comunistas y les aconseja que traten de marchar al extranjero o a cualquier parte donde no les identifiquen. Pocos lo intentan al carecer de medios, aunque en los últimos días bastantes se incorporan a la masa de quienes esperan ser evacuados por mar desde Alicante. Consolidado el poder de la junta (es un decir) en los escasos quince días que



Palacio de Los Llanos, cuartel general de la aviación republicana

faltan para que las tropas de Franco se establezcan en Albacete, la represión contra los comunistas es general. El Ayuntamiento en sesión del 15 de marzo debate la siguiente propuesta que copio literalmente:

“El consejero Pedro Molina, dice que ante los hechos que han ocurrido en la España leal durante los últimos días, que han producido algunos disturbios por la conducta del Partido Comunista, al que consideran responsable, la minoría de la FAI (Federación Anarquista Ibérica) se declara incompatible para continuar al lado del mismo, invita al resto del Consejo para que se pronuncie en el mismo sentido.

La Presidencia le contesta que con este respecto están casi todos de acuerdo, pero que faltando varias representaciones de las distintas minorías que componen el Consejo, para tomar una resolución de esta índole, sería conveniente que quedara sobre la mesa para otra sesión que haya más componentes.”

La copia del acta muestra una redacción bastante cutre. Y por supuesto la siguiente sesión la efectúa un Ayuntamiento fascista.

Peor que la propuesta del muy revolucionario edil anarquista es lo que ocurre en la ciudad. El local de Radio Sur del Partido sito en la Avenida de Durruti (Tesifonte Gallego) es dinamitado y se detiene a casi toda la dirección provincial que, antes, precavida, ha destruido archivos y listas de afiliados.

CAPÍTULO III
REPRESIÓN Y CLANDESTINIDAD
EN LOS AÑOS CUARENTA (1939-1949)

3.1 Clandestinidad.

En plena debacle, precipitadamente, la dirección nacional propone el paso a la clandestinidad para seguir luchando.

Son los miembros expulsados de la JSU por los socialistas, los “chinos”, quienes acatan estas directrices. Un pequeño grupo, opuesto desde siempre a la política entreguista. Los militantes de más edad han de ocultarse o huir si son demasiado conocidos.

Pero la aceptación de un nuevo proceder asumiendo el peligro al que han de enfrentarse, no concuerda con los conocimientos ni la preparación que la clandestinidad requiere. El pequeño conjunto inicial lo encabezó Maruja Cuesta, joven madrileña que actuaba en nuestra región comisionada por la Ejecutiva de la JSU. María Ramírez, miembro titular de dicha Ejecutiva, activista albacetense, intenta escapar y es detenida en el puerto de Alicante junto a miles de prófugos. A pesar de las normas represivas imperantes en los campos de concentración a donde son conducidos, de las ejecuciones sumarias, y la redacción de un enorme fichero de los detenidos, es tal la aglomeración y el caos allí reinante, que muchos que “pueden demostrar su inocencia” con avales de adictos al “movimiento nacional” o su escasa relevancia dentro del sistema derrotado son liberados. María Ramírez es de los que en estas circunstancias deja el campo de Los Almendros. Puede llegar a Madrid pasando oculta por Albacete en uno de aquellos trenes llenos de soldados derrotados que recorren las líneas férreas del territorio que fue de la República. En Madrid, en Atocha, es detenida por indocumentada y encarcelada en la prisión de Ventas. Falseando datos identificativos, en aquella época no existía carnet de identidad, al no obrar ninguna denuncia en contra de ella, es liberada meses después. Marcha a Cercedilla donde reside la familia de Maruja Cuesta.

Conocí a Ramírez en la JSU. No tuve con ella mucha relación, pero andando el tiempo llegó a ser mi cuñada. Isidora, su hermana se casó conmigo.

Maruja Cuesta quedó en Albacete con los familiares de María Ramírez.

La clandestinidad es difícil y extremadamente peligrosa cuando el enfrentamiento es contra el fascismo. Más si quienes lo practican, jóvenes inexpertos, hasta aquí se han desenvuelto en la legalidad aun oponiéndose a otros grupos teóricos militantes del mismo campo.

Junto a Maruja Cuestas destacan Ulpiano Jaén Buendía, Ginés del Valle Díaz, Diego García Martínez y pocos más. Yo me incorporo al grupo junto a compañeros procedentes del ejercito popular.

Este primer embrión organizativo trata de extenderse, busca la adhesión del mayor número posible y descuida medidas de seguridad elementales. Se intenta contactar con comunistas recluidos en el campo de concentración de la Plaza de Toros, con soldados desmovilizados, con personas de izquierdas. Se buscan armas y material para la propaganda.

El resultado es catastrófico. Las fuerzas represivas, a través de un tal Garví, que posteriormente tendría cierto protagonismo en la política franquista, se infiltran en el grupo. En julio de 1939, a los cuatro meses de concluida la guerra, somos detenidos por miembros de la Policía de Ocupación y Orden de la Guardia Civil. Internados en el centro que estos agentes tienen en la calle Isaac Peral, esquina al callejón del Teatro Circo, tras diez días de brutales torturas, ingresamos en la Cárcel Provincial.

La crítica de los propios errores es fundamental en quienes obran revolucionariamente. Aquello se hizo mal y así acabó. Pero tampoco cabe ignorar las dificultades que había para pasar, en el espacio de unas semanas, del trabajo político a la luz del día a la más profunda y terrible clandestinidad. Esa experiencia se adquirió más tarde y no sólo en Albacete sino en toda España y aunque no suprimió las caídas ni las derrotas, permitió que el Partido actuara a lo largo de toda la dictadura prácticamente como la única oposición al régimen. Y hay que resaltar otro aspecto de aquel intento. Se efectuaba contra las fuerzas reaccionarias en todo su apogeo; con las cárceles y campos de concentración repletos; con los piquetes de ejecución en plena actividad y cuando nadie que no fuera comunista osaba enarbolar la bandera de la libertad.

La ocultación de estos datos o su minimización constituirían una deformación de la Historia. Los hechos fueron así y así hay que establecerlos. La lucha nunca es fácil. Jamás hubo progreso sin combate. Unas veces éste puede comportar menos riesgos que otras, mas una organización eminentemente



Componentes del primer grupo clandestino del P.C.E. de Albacete. De pie y de izquierda a derecha: Luis Honrubia, Antonio Valenciano, Francisco Villena, "El Laborioso", Ulpiano Jaén, Rafael Pedreño, Ezequiel San José. Sentados: Argimiro Villena, José Cano, Ginés del Valle, Diego García, Rafael "el Pedreño."

progresista y revolucionaria no puede esperar pasivamente a que las condiciones convenientes se den por sí solas. Hay que actuar siempre tratando de hacer lo mejor en cada momento.

Hechos similares a los ocurridos en Albacete se dieron en otras partes del país y con diversos resultados. Aquí quedó descabezada para mucho tiempo la organización, pero buen número de aquellos Jóvenes, tras largos años de prisión fueron los encargados de encuadrar organismos clandestinos posteriores.

¿Qué ideas guiaban a los comunistas organizados al acabar la guerra? Conviene responder a esta pregunta pues ello explicaría la razón de muchos errores y fracasos.

Recién terminada la guerra en la cual han participado mayoritariamente como combatientes, familiarizados con las armas y la disciplina militar, con la perspectiva de un cercano estallido bélico europeo, orgulloso de la tradición guerrillera, nacida precisamente en España y, merced a las consignas que derivadas de estos datos impartió la dirección del Partido antes

de desaparecer en la clandestinidad o en el exilio, una de las ideas predominantes es la organización de grupos guerrilleros. Se pensaba también que la guerrilla era la solución natural, el refugio para muchos, que de volver a sus lugares de residencia habituales serían detenidos y asesinados.

En Albacete estos planteamientos no cuajaron hasta varios años después y en escasa medida precisamente porque las condiciones no eran idóneas. Liquidada la República, y con un ejército de ocupación fuertemente asentado en los principales enclaves de la provincia; con las milicias de falange organizadas en todos los lugares y borrachas de triunfo y de venganza; con el terror generalizado y una aceptación mayoritaria de la derrota por el pueblo no era fácil la guerrilla. Además, que aparte de escasear las armas, la lucha guerrillera en el campo, inspirada en la mantenida durante la Guerra de la Independencia, era poco trasladable a un país muy diferente al de aquel entonces. Posteriormente, en mejores condiciones tras la derrota de Alemania, la insistencia en este error, luchar a campo abierto, trajo nuevos fracasos.

Otro objetivo a cubrir, permanente por otro lado en la actividad comunista, era organizarse en los lugares de trabajo. El terror ya indicado y la dispersión de la pequeña industria lo obstaculizaron.

En resumen, tras la desarticulación del primer intento organizado en la capital apenas existe actividad propiamente dicha lo que no excluye la persecución de nuestros militantes.

La represión es general. Se encarcela y fusila a quien sea o parezca de izquierdas. No obstante se persigue con especial ahínco a los comunistas: la “Ley de represión contra la masonería y el comunismo”, a quien verdaderamente reprime es al comunismo. La acusación de comunista constituye un cargo grave para quienes son procesados y juzgados por los tribunales militares, los únicos que entienden mediante consejos de guerra de los procesos políticos.

Y en las cárceles, tanto de Albacete, Chinchilla, Almansa, La Roda, Hellín, Casas Ibáñez, Alcaraz... los comunistas son tratados con especial rigor. La gran matanza de los barreros de Villarrobledo (canteras de arcilla para la fabricación de tinajas) donde decenas y decenas de personas fueron arrojadas en sus barrancos y cubiertas de cal, algunas todavía con vida, no lo fue exclusivamente de comunistas, pero sí en su mayoría.

Es escandaloso el silencio sobre estas matanzas. Villarrobledo la gente todavía tiene miedo a hablar. Los asesinos y sus partidarios se mueven descaradamente y son fuertes. No se si alguna vez se esclarecerá lo sucedido que el paso del tiempo contribuye a ocultar.

Las masacres en este pueblo manchego fueron terribles. Ni se sabe cuantos hombres y cuantas mujeres yacen en el fondo de aquellos barran-

cos arcillosos bajo una capa de cal. Nadie se atreve a pedir que los cadáveres se extraigan y se reconozcan. Otro silencio, si cabe mayor oculta el crimen cometido contra los heridos de un hospital militar republicano y los médicos y enfermeras que les atendían. A todos los encerraron en el refugio antiaéreo que había bajo la plaza y tapiaron la puerta para que murieran allí sin aire, sin agua y sin comida. Años más tarde la Guardia Civil acordonó el lugar para que nadie viera como se retiraban los restos.

Los cuatro meses que van desde la entrada de los fascista, y nunca mejor dicho puesto que la mayoría eran italianos, hasta mi detención no fueron divertidos.

Propósitos de actuación clandestina aparte, tenía que situarme, trabajar, comer. Me entrevisté con compañeros del taller de ebanistería que, como yo, habían vuelto de los frentes y me enteré de que la empresa abriría de nuevo. Me presente, idiota de mí, creo que un lunes, junto a los obreros que la guerra había dejado vivos. La ebanistería ya no era “colectividad de trabajadores” sino “Casa Gómez”, como antaño. Nos hicieron esperar en la calle y cuando indicaron que podíamos pasar, Gómez, ahora sin escarapela tricolor en la solapa, y su hijo, cojo, malencarado, el bastón en la mano, fueron revisando uno a uno a los obreros que sumisos, temerosos, entraban. Gómez amenazó agriamente: “¡Ya hablaremos después!” Con Blas, un sindicalista muy activo, y conmigo fueron tajantes: “¡Largo de aquí, en esta casa no caben los rojos!”.

Carecer de ocupación remunerada en Albacete, donde, como en toda la zona ex-republicana, la moneda circulante se ilegalizó, era terrible. Las gentes quedaron sin dinero de la noche a la mañana.

Al escribir sobre la derrota de la República, los historiadores, periodistas e investigadores, apenas hablan, o ni siquiera hablan de aquel gravísimo suceso.

Los nuevos gobernantes dictaron normas obligando a depositar en los bancos los billetes ilegalizados, que por cierto, emitiera y guardara en sus cámaras el Banco de España desde mucho antes de que la contienda se iniciara, amenazando a los contraventores con severos castigos. Y como de castigos el pueblo ya sabía bastante, se formaron largas colas a las puertas de todas las oficinas bancarias.

Yo no entregué mi dinero. Si no valía ¿por qué lo pedían? Otros hicieron igual, lo ocultaron en los sitios más inverosímiles: frascos de cristal enterrados, agujeros bajo los ladrillos,...

Conservo bastantes de aquellos billetes, que sin valor o con escaso valor para coleccionistas, para mí, sentimentalmente si lo tienen.

La expropiación del dinero hasta entonces legal resucitó el trueque

como sistema de intercambio. Para lograr lo indispensable se cambiaban unas cosas por otras, por un servicio, por un trabajo. Se pedía fiado... El repentino empobrecimiento cambió las costumbres y desengañó a quienes esperaban que la paz, aquella paz trajera la abundancia. Unos pobres vecinos míos, el día dos de abril arrojaron a la calle los paquetes de "lentejas de Negrín". Luego lo lamentaron. Al hambre y la escasez de la guerra siguieron el hambre y la escasez ahora más discriminantes, porque los vencedores si comían.

Tampoco me presenté en la Plaza de Toros. La Plaza de Toros era el campo de concentración al que debían acudir los soldados republicanos que, vueltos de los frentes, residieran o pasaran por Albacete. Unos, inocentes, acudían voluntarios pensando que aquello era puro trámite. Otros, vestidos todavía con prendas militares eran detenidos y conducidos allí por las patrullas que recorrían las calles. El coso taurino era ahora una enorme cárcel donde lo único que medianamente marchaba era la toma de datos, nombres, graduación, procedencia de los encerrados. La alimentación e higiene eran, como se puede suponer, horribles. Los reclusos recibían escasísima comida y faltaba agua para beber y asarse.

Los campos, y este de Albacete no era una excepción, funcionaba como cribas selectoras. Quedaban libres los avalados por individuos o instituciones afectas a la nueva situación; la cárcel provincial era el destino de los denunciados como rojos, y se encuadraban en Batallones de Trabajadores a quienes sin papeles, avales o denuncias, luego de meses encerrados, nadie reclamaba para bien o para mal. Los dichosos batallones eran en realidad batallones de prisioneros de guerra dedicados a labores de reconstrucción, demoliciones, canteras, y cuantas obras estimaran sus mandos. Los batallones estuvieron vigentes años y años.

Pero en la Plaza de Toros, aparte de las privaciones, la ausencia de higiene, el encarcelamiento de los "desafectos" o el envío a los batallones, ocurría algo peor.

A diario, durante los primeros meses, el recinto concentracionario recibía numerosas visitas. Grupos de fascistas, de "gentes de orden" de la provincia revisaban, buscaban entre los internos a hombres de sus respectivos pueblos y elegían a quien o quienes les parecía. Los arrastraban hasta los toriles y los machacaban a golpes. Incluso los mataban. Los que sobrevivían al trance, esposados, salían de allí hacia cualquiera otra prisión.

Los cambios sociales traumáticos, las grandes crisis económicas, las revoluciones, las guerras, las derrotas militares, provocan en quienes las viven, aparte la alegría o el terror, según la suerte que a cada cual le toque, un gene-

ral deseo de conocer, en la medida de lo posible, las consecuencias y aun más las consecuencias próximas que los hechos van a traer. Se atiende cualquier rumor, se buscan noticias.

Durante la guerra, las autoridades instalaron en el Altozano varios altavoces, que conectados a la radio transmitían noticias y música. El Altozano, la plaza, era diferente, no se parecía a la actual. Los jardines ofrecían otra configuración y no se había terminado la demolición de los viejos edificios frente al Banco. Existían unos destartalados urinarios donde ahora la calle Marqués de Molins termina, una gran farola de alumbrado público y olmos casi centenarios y pinos. Los altavoces colgaban de la farola y de los árboles.

En aquellos tiempos, tanto en la guerra como después, casi nadie poseía radio y la gente se congregaba allí para escuchar lo que se transmitía. Los fascistas continuaron utilizando los altavoces y a determinadas horas daban un “parte”, pero a diferencia de lo que antes sucedía, al finalizar las noticias, ahora, tras redobles de tambores y trompetas, tocaban la serie de himnos que su victoria había impuesto. Tanto en el Altozano como en todas las calles hasta donde se percibieran las notas musicales, la gente debía detenerse y esperar, brazo en alto el final del concierto.

Pero apenas iniciado el toque de corneta anunciador de los himnos, los retretes se llenaban de hombres a quienes de repente les acometían irresistibles deseos de mear.

Yo no era un asiduo del Altozano. Dedicaba mi tiempo a conspirar, con no mucha fortuna como enseguida comprobé, y a buscar trabajo. Pero una tarde, la cita con un camarada allí, me retuvo hasta la dichosa hora del “parte”. Corrí al retrete como otros y no pude pasar porque no cabía ni una mosca. Aguardé en la puerta haciendo cola, mas al ver que no salía nadie, y era lógico que nadie saliera, haciéndome el distraído, con todo el mundo brazo en alto, crucé la plaza buscando largarme. En aquel instante, acabada la marcha real y vociferados los “gritos de rigor”, percibí que un oficial venía hacia mí a grandes zancadas. Era un teniente. Me sujetó de un brazo y me gritó: “¿No sabes que hay que estar firmes, saludando, los himnos nacionales?”. Fingiéndome idiota contesté que no me había dado cuenta. Aquel teniente no debía tener demasiada mala leche. Se limitó a decirme, a voces, eso sí, que tuviera cuidado en lo sucesivo porque ya me conocía.

Junto al terror y la ruina proliferan las manifestaciones religiosas. Procesiones, rosarios de la aurora, novenas, misas de campaña... La Iglesia imponía su presencia, volvía a la “zona roja”, nueva tierra de misiones, para recristianizar a quienes se habían apartado de ella.

Y se reabrieron las clausuradas casas de putas del Alto de la Villa. “Porque eran algo típico de Albacete” y los soldados salvadores de España se merecían un lugar donde folgar.

Considerar erróneo el planteamiento que el PCE mantuvo respecto a la guerrilla no significa menosprecio a la lucha de los guerrilleros. Su comportamiento fue heroico. Combatieron en difícilísimas condiciones contra un enemigo feroz. Mal comidos, mal armados y con precario apoyo de los gentes de las zonas donde operaban. El temor a las represalias de las fuerzas antiguerrilleras se imponía entre campesinos y pastores.

Al salir en libertad condicional a finales de 1943 después de casi cinco años encerrado, formo parte con otros jóvenes de un grupo que en lo sucesivo constituirá el núcleo principal de la organización clandestina en Albacete: el Grupo de la Calle Tejares. De él saldrán dirigentes durante largos años.



Componentes del Grupo Comunista de la calle Tejares. De pie y de izquierda a derecha: Luis Honrubia, Andrés Esteban, Ezequiel San José. Sentados: Francisco Gosálvez, Mariano Gómez, Carlos Molina

Paralelamente ha surgido otro organismo encabezado por Andrés Alcalá, que logra contactar con el Comité Regional de Levante. Este hombre estructura el primer Comité Provincial de Albacete seriamente implantado después de la guerra. Yo participo en dicho Comité como responsable de la Juventud. En la dirección también están Antonio Pardo, Antonio Hidalgo y otros.

La propaganda y la organización de células, tareas normales del trabajo, no excluyen el propósito de crear una fuerza guerrillera en la Sierra de Alcaraz. La idea es defendida con tesón por Alcalá y Antonio Hidalgo. Yo me opongo. Mis argumentos son los señalados anteriormente.

Cuando poco después es detenido y muerto Alcalá y la organización es desmantelada con la captura de otros camaradas, Hidalgo y yo, que hemos escapado a la redada, tenemos un encuentro en el Parque y volvemos a tratar el tema. Hidalgo, natural de Bienservida, conocedor de aquellos parajes, piensa que, tanto para evitar nuevas detenciones como para proseguir la lucha, lo mejor es formar un grupo guerrillero.

Tuvimos una discusión muy viva, acalorada, defendiendo cada uno su postura. Nos separamos sin llegar a un acuerdo. Fue la última vez que le vi.

Hidalgo reunió a varios camaradas y encabezando la guerrilla realizó notables acciones. Ocupó militarmente el Ayuntamiento de su pueblo durante varios horas apoderándose de algunas armas y sostuvo enfrentamientos con la Guardia Civil. Al final, delatado por alguien de El Salobre, murió con casi todo el grupo en la finca de Los Marines. La Guardia Civil perdió en el combate a su jefe, un brigada.

Tras la caída del Comité dirigido por Alcalá, en 1945 Luis Abad llega a Albacete enviado por el Comité Regional. Abad, como casi todos los dirigentes de entonces ha estado preso y se incorpora a la clandestinidad nada más obtener la libertad condicional. Encuadra tanto a militantes que se salvaron como a otros nuevos. Yo, como es natural, participo.

En la primavera de 1946 sufrimos una nueva derrota. Abad y otros, torturados, van a la cárcel, Carlos Molina y yo escapamos a Madrid. Allí se nos une Diego García. Establecemos contacto con la dirección que nos encomienda diversos trabajos. Carlos, tipógrafo profesional, se encarga de la impresión y tirada de *Mundo Obrero*, a Diego y a mí nos responsabilizan de la distribución del periódico en dos sectores de la capital.

Meditando sobre las terribles condiciones de aquella lucha, con tan escasas perspectivas de éxito a corto y medio plazo, cabe preguntarse qué profundo resorte movía a los activistas de la Resistencia. Su detención era casi segura. Y con ella las torturas, la prisión y frecuentemente la muerte. Y sin embargo siempre había hombres y mujeres dispuestos a seguir. La mise-

ría reinante, el hambre que azotaba al pueblo no lo explica. Es frecuente que la miseria hunda moralmente y degrade a las personas. Además, por lo general, los activistas solían ser individuos bastante cualificados que de habérselo propuesto encontrarán salidas personales. El activista, generalmente, era una persona consciente que medía el riesgo, incluso lo temía (la mayoría de ellos ya había sufrido torturas y cárcel) pero en lo más hondo de su ser sentía el orgullo de pertenecer a esa vanguardia sin la cual la justicia no avanza.

La dirección madrileña era una delegación del Comité Central establecido fuera de España. En aquella época la encabezaba Agustín Zoroa quien además de la acción estrictamente política dirigía la militar una de cuyas modalidades, la lucha urbana, tenía como escenario la capital.

Insisto en que la guerrilla en campo abierto, en mi opinión, carecía de eficacia. La acción en la gran ciudad, de haberse efectuado sistemáticamente y a gran escala tal vez habría sido más efectiva. Pero entonces todo lo que se hacía era dinamitar los escaparates que exhibían artículos de gran calidad, comestibles y objetos de lujo. Se trataba de concienciar al pueblo, como si el pueblo no lo supiera, de las tremendas desigualdades que el régimen fascista apoyaba.

Cuando por la noche se destruían los escaparates de cualquier mantequería, el ayuntamiento, las autoridades, se apresuraban a recoger los cristales y a tapar con tableros los desperfectos. “En España no pasaba nada”. La repercusión política de aquello no fue significativa.

Anteriormente, en pocas ocasiones, se había atentado contra sedes de organismos falangistas. Los dirigentes del Partido, que habían luchado en la Resistencia Francesa, intentaban trasladar aquí los procedimientos que en París dieron fruto. Pero ni Madrid era París, ni la intensidad y frecuencia la debida.

Escaseaban medios. Los explosivos disponibles no eran la goma-dos que abundaba en la Francia ocupada. Aquí se recurría a dinamita que con dificultad se conseguía en alguna cantera.

Sabiendo que yo tenía relaciones en Cercedilla, me pidieron que me desplazase a la sierra. Los canteros eran en su mayoría gallegos que trabajaban el granito. Me entrevisté con quienes se comprometieron a traernos explosivos.

Mi papel no fue demasiado importante, pero cuando me detuvieron, en el curso de una gran redada, indagaron si yo tenía algo que ver como “caza” en aquello. Denominaban “cazas”, no se por qué, a los jóvenes que reventaban los comercios caros. Fingí sorpresa y no insistieron.

Durante los años cincuenta y tantos viajé a Francia y contacté con

dirigentes del Partido. Varias veces. En una, luego de informar de lo que aquí hacíamos, en conversación distendida se habló de la situación general, tanto de España como del resto de los países. La guerra de Argelia estaba en todo su apogeo y sus graves consecuencias se sufrían en Francia. Se habló de las grandes acciones que el movimiento de liberación argelino ejecutaba en Argel, en Orán y otras ciudades, y yo, acordándome de la dinamita de Madrid, pregunté si no habría sido posible algo similar aquí. Me contestaron que no, que si la guerrilla había fracasado no era pensable otra clase de violencia.

Yo me callé, pensando que se equivocaban.

3.2 Represión.

3.2.1 Reflexiones sobre la represión.

Las páginas siguientes las escribí en el año 2001, siendo publicadas en una revista.

Lo incluyo porque contribuirá a esclarecer cuanto digo en otros capítulos que hablan del mismo tema.

La documentación y las referencias sobre los campos de concentración nazis son abundantísimas. Particularmente cuando tratan del genocidio sufrido por los judíos, lo cual es positivo porque el olvido de tales salvajadas iría contra la más elemental decencia. Otra cosa es que tras buena parte de esta campaña antinazi estén ciertos grupos judíos que se mueven por intereses económico políticos muy actuales. Algunos colectivos asimismo víctimas del nazismo no han tenido parecidos valedores y a estas alturas mucha gente ignora que en el infierno concentracionario se asesinó a gitanos, homosexuales y sobre todo comunistas.

Desde 1936 el fascismo español, al que Alemania e Italia ayudaron, cometió aquí también crímenes espantosos. Sin embargo existe una diferencia abismal entre la publicidad de unos y otros casos. Son raros y poco divulgados, particularmente en España, los trabajos sobre las torturas y la muerte de decenas de miles de hombres y mujeres en los centros policíacos, cuarteles, campos de concentración, cárceles y paredones de nuestro país.

El distinto tratamiento dado a ambas represiones quizás se debe al distinto final de las dos dictaduras. El nazismo alemán fue derrotado militarmente y el franquismo, muerto Franco, acabó aquí en una transición pactada entre fuerzas franquistas todavía poderosas y una oposición varipinta dividida y manipulada, algunos de cuyos componentes aceptaron aquella especie de borrón y cuenta nueva que beneficiaba a los represores



Ezequiel San José. Prisión provincial de Albacete, 1939

silenciando sus atrocidades y otra parte, la más represaliada, carente de medios y fiel defensora de la Reconciliación Nacional abanderada desde años antes que no creyó políticamente oportuno sacar a relucir el sangriento pasado.

Ahora, decenios después, a muchos nos parece que con tal actitud las fuerzas de izquierda cometieron un tremendo error histórico.

Es conveniente, por tanto, divulgar cuanto sea posible los horrores del ayer franquista y contar sus aspectos represivos, algunas de cuyas facetas peores se vieron en las cárceles.

Hay que decir que aquí, en España, los presos que no recibían ayuda de sus familiares del exterior estuvieron condenados al hambre más espantosa. Luego de meses de bazofia aguada compuesta de algunos trozos de nabo y restos podridos de un pescado salado (Corbina), se les hinchaban cara, manos y pies y frecuentemente morían de inanición. Quienes padecimos aquello no encontramos mucha diferencia entre las fotos de los supervivientes esqueléticos de los campos nazis y el aspecto nuestro de entonces.

¿Se ha publicado lo suficiente que los chinches y los piojos nos devoraban? No conozco ninguna información que mencione la proliferación del ántrax y la sarna entre los reclusos. Ni de las epidemias de tifus y viruela en la Prisión Provincial de Albacete. Ni de la tuberculosis que sufrimos tantísimos.

Yo he padecido dos largos períodos carcelarios. El primero desde julio de 1939 hasta finales de 1943 y el segundo desde abril de 1947 hasta noviembre de 1951, más varios años de libertad vigilada controlado por la policía.. Las dos veces por actividades políticas contra la seguridad del Estado (de aquel Estado). En las dos ocasiones condenado por Consejos de Guerra que pidieron penas de muerte a algunos compañeros. Los dos períodos fueron terribles, aunque sin duda el peor el primero.

Hay que señalar que acabada la guerra las cárceles proliferaron. Los establecimientos penitenciarios existentes eran insuficientes para recluir en ellos a los miles y miles de personas que los fascistas vencedores consideraban enemigos. Plazas de toros, estadios y conventos e iglesias todavía no habilitados para el culto se llenaron, tanto de soldados del ejército republicano derrotado como de cualquiera considerado sospechoso por las nuevas autoridades. En cada pueblo, tras las matanzas vengativas de los primeros días, los izquierdistas fueron recludos en los sitios más diversos y poco a poco trasladados a lugares que ofrecieran mayor seguridad como los pueblos cabeza de partido o capitales de provincia.

Para regentar tanta cárcel se promocionó como funcionarios de prisiones a falangistas, alféreces provisionales licenciados y “adictos a la causa nacional”. Cabe imaginar el comportamiento de tales guardianes.

En Albacete, la vieja prisión provincial quedó abarrotada al instante. El hacinamiento era tal que con las celdas y galerías (las llamaban esparterías) repletas, muchos presos pasaban la noche sentados en la escalera que conducía a la planta superior. De los dos patios existentes a uno lo convirtieron en enorme celda donde por las noches los detenidos dormían en el suelo, bajo las estrellas.

Nada comparado con lo reservado a los condenados a muerte. En celdas concebidas para dos personas eran encerrados de dieciséis en dieciséis, “chapadas” las puertas y con dos zambullos para sus necesidades. Los zambullos eran unos recipientes cilíndricos de barro cocido de cincuenta centímetros de altura por veinte o veinticinco de diámetro que se les retiraba por la mañana tras el recuento y les volvían a colocar después de vaciados. No salían de sus celdas, excepto para la comunicación semanal en un locutorio horripilante los que recibían visita de familiares, hasta que se les conmutaba la pena o eran conducidos al paredón. Cuando dejaban aquel antro ya parecían cadáveres.

Escribir esto ahora hasta nos parece inconcebible a quienes lo vivimos. Pero había otras cosas. Los retretes y escasos lavabos no funcionaban y excrementos, orines y agua sucia anegaban la planta baja de la cárcel ensuciando a quienes tenían que dormir allí.

He señalado que el trato de los carceleros hacia nosotros era indigente. Violencias físicas aparte, siguiendo directrices superiores, buscaban humillarnos. Era obligatorio cantar diariamente, en formación, los himnos Oriamendi y Cara al Sol y escuchar la marcha real tras la cual el funcionario de turno aullaba los consabidos España, una; España, grande; España, libre, que debíamos corear. Dirigirse a cualquier carcelero llevaba consigo saludos a la romana y comenzar: “a sus órdenes don fulano”, para después decirle lo que fuera.

Y las misas dominicales ineludibles. No tengo noticias de que la Iglesia haya pedido perdón por su colaboración con aquello.

Lo que acabo de relatar se prolongó durante años. Y aunque las condenas, los malos tratos y los fusilamientos continuaron prácticamente hasta el final del franquismo, luego de la derrota de Alemania algunas cosas se modificaron: se suprimieron los cantos fascistas y el obligado saludo brazo en alto. El régimen ya no era una hechura nazi, era simplemente nacional-sindicalista.

Leído lo anterior es posible que, hoy, alguien se interese por el comportamiento de los prisioneros ante el hambre, las humillaciones, la promiscuidad, la amenaza de largas condenas o la muerte.

Como en todo colectivo humano en grave coyuntura las reacciones eran varias. A un sector relativamente numeroso que de buena fe creyó aquello de la “Paz Honrosa” propalado por los acólitos del coronel Casado en los últimos días de la guerra, le sorprendió algo tan distinto a lo esperado. Otros se extrañaban de que “a ellos” les ocurriera esto admitiendo que los demás lo merecieran; eran los menos. Grupos reducidos embrutecidos por el hambre y la miseria hurgaban entre la basura buscando residuos que comer o colillas. Pero generalmente la moral era alta. La guerra había concienciado a los más y quienes se creen poseedores de la razón, de la verdad, se enfrentan a la tragedia y a la muerte con valor.

Las noches de “saca” cuando los condenados a morir eran conducidos a “capilla” nos saludaban a los todavía vivos con vivas a la República, a la Revolución, a la Libertad ... y desde su último encierro muchos cantaban “La Internacional”.

Al amanecer, con la cárcel silenciosa, llegaba desde el cementerio no lejano, el eco apagado de los disparos.

La solidaridad era frecuente aunque no general. Quien poseía comida aportada desde la calle por la familia solía compartirla con parientes y compañeros más necesitados creando comunas. Años después en una población penal más politizada, surgió todo un complejo de Comisiones. Comisión de Ayuda, Comisión Jurídica, Comisión Cultural y de Enseñanza..., que repartían entre todos los recursos existentes, preparaban a los procesados para enfrentarse a los Consejos de Guerra rechazando a los “defensores de oficio” que no defendían nada, creaban colectivos culturales... todo claro está clandestinamente frente a las autoridades carcelarias.

Poco más o menos, salvadas las concretas diferencias de lugar, algo similar ocurrió en los campos de concentración alemanes donde igual que aquí tales acciones las dirigían los más combativos.

Hay que señalar que las afinidades ideológicas aglutinaban a bastantes. También la procedencia. Era normal la mayor relación entre paisanos. Algo especial marcaba a los de Villarrobledo. Después de las matanzas de los barrojos trajeron a Albacete a muchos desde allí. Proceder de Villarrobledo en aquella época significaba un agravante. Los juicios sumarísimos los condenaban a muerte en mayor proporción que a otros. Un militar, no recuerdo su graduación, venía con frecuencia a tomarles declaración o a ultimar los trámites procesales. Pude verlo casualmente. Era un individuo enfermizo, macilento, con cara de mala persona. Los presos le temían. Su gestión acrecentó el número de víctimas de este pueblo manchego. Más tarde oí que estaba casado con una ricachona de allí.

Aunque la represión de Villarrobledo es destacable, otros pueblos, Almansa, Hellín, Yeste, La Gineta, Tarazona ..., y la capital Albacete no escaparon mucho mejor a las torturas y piquetes. Pero como al principio de este trabajo comenté parece cual si una pesada losa de silencio hubiera caído sobre aquel pasado. Conviene, lo escribí en otra ocasión, que las nuevas generaciones lo conozcan. Conocer el pasado ayudará a evitar tragedias similares. Es necesario que historiadores e investigadores de nuestra provincia indaguen, busquen documentos y datos, recaben el testimonio de los supervivientes y los expongan para general conocimiento.

¿O es que todavía hay miedo?

3.2.2. La tortura

Está muy extendida la idea de que ante la tortura todo el mundo acaba por ceder al o a los torturadores. Es cierto que tras un castigo cruel muchísimas personas confiesan lo que se pide de ellas. Pero no es axiomática la infalibilidad de la tortura para doblegar al torturado.

Quienes hemos sufrido la experiencia bajo el franquismo hemos visto morir a bastantes compañeros sin abrir la boca salvo para quejarse. Jamás olvidaré al hombre que en la celda contigua a la mía, en los sótanos de la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol sucumbió destrozado negándose a hablar. Y no olvidaré tampoco los insultos y la rabia de los policías chasqueados en su propósito de conseguir información.

Años antes de caer por segunda vez en las garras de los sicarios fascistas ya fui apaleado por cuatro guardias civiles de la “policía de ocupación y orden” en Albacete a los pocos meses de acabada la guerra. Yo suponía que luego de los primeros vergajazos los restantes dolerían menos. Estaba en un error. Cuanto más te torturan el castigo es más doloroso.

El recuerdo que guardo de aquello, aparte la experiencia del dolor que perdura mucho después, de ver tu piel cambiando de color, del rojo al violeta, al amarillo y al negro y de no poder dormir en el suelo porque tu espalda no lo soporta, es, en primer lugar, la fruición, el gozo que ves en los ojos de quienes te aporrean, patean y rompen tu cara a puñetazos. Y sobre todo algo hasta entonces inimaginable para mí.

El interrogatorio, vamos a llamar así a aquello, lo dirigía un brigada de la guardia civil natural de Almansa apellidado Muñoz, sentado detrás de una vieja mesa de despacho. En torno a él, los cuatro guardias referidos en cuyos rostros se notaban las ganas de empezar su labor. En un rincón otro detenido sangrando por boca y nariz que me sugería “dilo todo porque ya lo saben”. Y lo más asombroso, al lado del brigada, sentado también, un chico de 14 o 15 años contemplando la escena. Más tarde me enteré de que el joven era hijo del brigada. Es curioso la de cosas que puedes pensar en momentos así. Yo, por supuesto, negaba saber nada, pero bajo los golpes, los puñetazos y las patadas estaba asombrado de que a un chaval, casi a un niño, lo tuvieran allí, espectador de aquella salvajada. Era una de las facetas del fascismo que me faltaba conocer. El jovenzuelo estaba allí aprendiendo. Años más tarde lo conocí de capitán de la guardia civil. ¿Qué no haría después este individuo tras aquellas paternaes enseñanzas?

La tortura que yo conocí en Albacete era, con mayor o menor intensidad, una brutalidad pongamos que rudimentaria tanto en lo que me afectó como en lo que presencié en otros compañeros: apaleamientos, puñetazos, patadas en los testículos, estrellar la cabeza del detenido contra las paredes..., cuyas secuelas podían producir, de hecho producían lesiones pulmonares, renales o sexuales irreversibles, fracturas óseas en piernas, brazos, mandíbulas, cabeza... Más tarde esta gente se especializó. Descubrieron que la electricidad ofrecía múltiples aplicaciones; que tener

colgados a las personas días enteros cabeza abajo a ellos no les fatigaba, o que golpear con un martillo los dedos de los presos era rentable.

La relación sería interminable. A veces el submundo de la tortura escondía aspectos de humor negro. Cuando te llevaban a declarar desde los sótanos de Gobernación a los pisos superiores, subías por una escalera hasta una puerta del primer piso que exhibía un cartel bastante grande que decía: BOTIQUÍN. Tras la puerta del supuesto BOTIQUÍN, la sala de interrogatorios.

Es difícil ser objetivo, pensar con frialdad acerca de aquel tiempo terrible. Pero es imprescindible decir la verdad, la realidad escueta, sin añadiduras ni exageraciones.

Hay un aspecto que quiero remarcar porque me parece que no se ha incidido lo necesario en él: el comportamiento de las mujeres ante la represión. Ante la represión violenta. Generalmente resistieron mejor que los hombres. Creo que las mujeres, con las excepciones de rigor, fueron más enteras que, con excepciones también, los hombres. ¿Porque los torturadores en la práctica siempre fueron hombres? Yo no lo descarto. Pero el hecho está ahí. ¿Habrían resistido más los varones que flaquearon ante hombres, si enfrente, golpeando, hiriendo, hubieran tenido a mujeres? Tampoco lo descarto.

Yo fui testigo de un acontecimiento que viene a corroborar lo que señalo acerca del temple femenino ante los fascistas.

El régimen, intensificando sus medidas punitivas determinó la obligatoriedad de cantar en formación los himnos Onamendi, carlista y Cara al Sol, falangista, por los presos de todos los establecimientos penitenciarios. En Albacete primero ensayaron la medida con las reclusas y éstas se negaron a cantar. Al día siguiente, los hombres, violentados, aislados en celdas de castigo los más rebeldes, en voz muy baja, casi inaudibles las estrofas, cantaron...

Cuando concluyó la Segunda Guerra Mundial con la derrota de los fascistas extranjeros, aquí, en España, la lucha contra Franco se intensificó. Surgieron nuevos grupos guerrilleros y las organizaciones clandestinas cobraron nuevos bríos. La reacción represiva abarrotó las cárceles todavía más. La tortura, como más arriba indico “dobló” a bastantes luchadores y un elemental sentido de autodefensa obligó a las direcciones clandestinas del Partido Comunista en las cárceles a crear comisiones depurativas para averiguar como habían ocurrido las caídas, quienes habían fallado física y moralmente, posibles infiltraciones policíacas... y trasladar lo averiguado a quienes todavía en la calle proseguían el combate. Dentro de las prisiones se “apartaba” de la militancia a los “débiles”.

Para muchos que habían arriesgado la vida en aquella horrorosa

lucha la decisión del Partido de “apartarles” era verdaderamente traumática y en evitación de una mayor desmoralización se crearon organismos rehabilitadores para que los “débiles”, esforzándose, se pudieran reintegrar.

Los años transcurridos, la distancia, suelo repetírmelo frecuentemente, pueden darnos una idea falsa de nuestra inflexibilidad de entonces. Pero librábamos una guerra, una guerra que perdíamos constantemente y teníamos que ser rigurosos y firmes para continuarla.

Otras gentes, mal que bien, se acomodaron o trataron de acomodarse apáticamente a aquella España. También les comprendo, mas sé muy bien que sin la lucha de quienes no se resignaron a vivir sometidos, los cambios que vivieron después, la Transición, habrían sido peores.

3.2.3. La tapia acribillada

Cuando salió fue a visitar el cementerio. Yacían en él muchos de sus hermanos. Casto, aquel muchachote inteligente de mano mutilada por la metralla. Y Antolino, nervioso, de ojos hundidos. Y Talaya, el cojo, valiente hasta el final. Y Rabadán. Y aquel campesino de nombre ignorado que en “capilla” tremolaba su faja roja como postrer saludo. Y más, muchos más, centenares...

Entró. Ignoraba el sitio de sus tumbas y comenzó a buscar. A la entrada, en la avenida principal, se alzaban, a derecha e izquierda, los panteones de los ricos. Siguió adelante. El primer patio estaba bien cuidado. En los paseos había cipreses y rosales. Las tumbas se alineaban ordenadamente cada una con su cruz y los nichos de cada galería ofrecían la visión cuadrícula de sus lápidas y sus cristales. Los mármoles hablaban de llantos, de perpetuos recuerdos, de desconsuelos, de aflicciones entre imágenes de santos, flores marchitas y lámparas apagadas con una mezcla de duelo y exhibicionismo. Allí tampoco era.

El segundo y tercer recinto ofrecían aspecto similar. Al final se abría otro cuadrilátero como otra posición ganada por la muerte en su avance tenaz. Allí aún no existían nichos ni, por supuesto, panteones. Los muros denotaban su construcción reciente. Todavía no se habían plantado cipreses ni abierto avenidas. Era el suburbio de la necrópolis.

Y allí los encontró.

Las tumbas impresionaban por su enormidad. Los montículos de tierra que sobre ellas se alzaban indicaban la gran profundidad de cada fosa. Una reciente, la tierra fresca todavía. En algunos ninguna cruz ni otra señal cualquiera. Los que yacían debajo debían proceder de lejanos lugares o murieron sin que sus deudos se enteraran. Otros, en cambio, estaban erizados de

cruces. Cruces toscas, sencillas, sin epitafios rimbombantes, apenas un nombre y una fecha. Pero la fecha se repetía bajo diez o quince nombres distintos. No estaban muy cuidados. Aquí y allá la huella de unas pocas flores. Se advertía en el triste abandono como la sombra de un temor.

Salió. Aquellos montones de tierra bajo los que se pudría la carne rota no le hablaban apenas de sus hermanos. La quietud del cementerio era tan diferente de la vitalidad con que él los conociera...

Y buscó el paredón ante el cual libraron su postrera batalla, porque para él, en última instancia, ellos simbolizaban lucha.

La tapia estaba media derruida. Acribillada. Corroída por los balazos. Habían tenido que reforzarla con sacos terreros que ya estaban también destripados y únicamente se mantenían uno sobre otro porque las lluvias habían amasado con ellos bloques de barro que el sol endureció.

Un trecho del bancal que llegaba hasta la tapia estaba muy hollado. Los surcos se borraban bajo una costra hecha con las pisadas de muchas víctimas y muchos piquetes. Luego, poco a poco los surcos renacían, eran lo que debían ser: surcos para sembrar la cebada o el trigo.

Frente a la tapia se abría el inmenso horizonte de la llanura.

Ellos pudieron verlo así la última vez. Como él ahora, desnudo, desolado, vacío. Tal vez alguno pensara que era triste, apropiado para aquellos horrores.

Pero seguramente ninguno lo miró ni meditó tal cosa. Sólo alcanzarían a percibir la fila de guardias civiles o soldados que les acorralaban y sus caras en las cuales, salvo rara excepción, se pintaría la angustia y aun el miedo por lo que iban a hacer. Y verían los ojos metálicos de los fusiles que les buscaban con su hueca pupila.

El sol ya estaba alto. No se advertía nadie por los alrededores y a pesar del helor de febrero llegaba como una calma, como una paz del campo que hacía casi agradable el estar en aquellos lugares rezumantes de tristeza y sangre. En los aires y entre los surcos, invisibles, cantaban pájaros. El vuelo de los insectos producía un zumbido adormecedor...

Y el hombre pensó cuan distintas serían aquellas otras dramáticas mañanas. Entonces no luciría el sol. La luz del día sería la pálida del alba. Haría frío y sus hermanos temblarían nerviosos bajo sus efectos. Y quizá alguno también con un terror incontrolable. La paz de la llanura se quebraría con el estrépito de los motores, de los golpes de las culatas en el suelo, de las voces de mando... Habrían huido los pájaros, y, si acaso, sobre los bancos, volaría algún cuervo acechando carnaza.

Sus hermanos descenderían del camión trabajosamente. Ligados los unos a los otros por ataduras de alambre. Sin libertad ni aun a la hora de morir.

Pero ante el trance supremo se sentirían libres. Libres, libres... Despreocupados ya. Sin temores, sin apetitos... Y en los cortos instantes que precedieran a la mortal descarga mirarían a la vida que se iba desde esa altura fría y desinteresada que sólo se alcanza cuando se va al sacrificio por algo muy noble. Y se sentirían orgullosos. Y gritarían su orgullo frente al piquete vitoreando sus convicciones. Cada uno se convertiría en ondeante bandera altiva y hasta alegre frente a los enemigos.

Y luego, el trallazo de los fusiles. Algún grito quedaría preso en la garganta de alguien. Los cuerpos caerían en trágica pirueta o se derrumbarían poco a poco. Y huido el eco de la descarga el quejido de los moribundos arañaría los aires.

Tiro a tiro los irían rematando. Recordó los disparos aislados que oía desde la cárcel por las mañanas traídos sus golpes por el viento y que contaba en silencio con el alma en un puño.

Blandiría la pistola casi siempre algún hombre lívido, acobardado, asqueado, deseoso de terminar cuanto antes su misión repugnante. Medio borracho buscando en el alcohol la insensibilidad para enfrentarse a su tarea de verdugo.

Y los soldados del piquete, ante los estertores y sacudidas de los cuerpos destrozados a sus pies pensarían: ¡Cuánto tardan los hombres en morir! Deseando que se quedaran quietos de una vez, casi con odio, para irse de aquel sitio de pesadilla.

Abrumado por aquellos pensamientos el hombre miró al suelo casi esperando encontrar la parva de cadáveres. Pero tan sólo estaban, al arrimo de la pared, los cenizos secos que el viento arrastrara desde los campos próximos. Y entre ellos, cogidos por sus pinchos, pedazos de periódicos viejos y algún que otro despojo. Y la mancha oscura de un trozo de tela. Se inclinó. Era una vieja boina. La cogió. Estaba rota y sucia. Tiesa. Con tiesura de sangre seca. ¿A quién habría pertenecido? Ofrecía la traza de llevar bastante tiempo abandonada. Estaba allí como un triste despojo. Testigo casi humano de un viejo crimen.

El hombre, pensativo, le dio vueltas entre sus manos como si buscara en cualquier roto del guñapo respuesta a mil preguntas. Levantó el rostro hacia la lejanía y permaneció rígido durante largo rato. Su cara y su mirada eran serenas, impasibles, ausentes. De espalda al paredón, como estuvieran antes los que cayeron, se sentía más cerca de ellos. Sólo las manos se crispaban cada vez en la rota boina hasta empalidecer. De pronto advirtió el engarzamiento de sus dedos y azorado desarrugó la prenda suavemente. Buscó un lugar entre los sacos y lo depositó allí con cuidado, con cariño más bien.

Aquel hombre era yo.

3.3. La cárcel.

3.3.1. Alcalá.

En el departamento Celular de la cárcel de Alcalá de Henares, adonde fui conducido desde los sótanos de la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol en Madrid, comencé a escribir una especie de diario.

¿Cómo era posible? Sencillamente tomando pequeñas notas en cualquier papel que llegara a mis manos.

Al salir de Gobernación, donde nos habían despojado de documentos, dinero, fotos... de todo lo que lleváramos encima cuando nos detuvieron, solían devolvernos lo que no estimaban de interés para sus investigaciones. Yo recogí mi cartera con fotos de Isidora y algún dinero. En Alcalá compré jabón para lavarme y un bloc de papel. Un ordenanza, preso también, pasaba de celda en celda anunciando lo que se podía comprar en el economato de la prisión: tarjetas postales para escribir semanalmente a los familiares, lápices, papel, jabón... Si algún compañero carecía de recursos, los que teníamos le dábamos. El economato era un negocio de la dirección de la cárcel. Los precios abusivos. Una pastilla de jabón para las manos costaba cinco pesetas. En el año 1947 un obrero no ganaba mucho más de quince pesetas diarias.

Como digo escribí cortas notas con expresiones poco críticas para que al cachearme las dejaran pasar. Y hay un aspecto que conviene señalar: a la gente recluida en celdas, o a quienes procedíamos de Gobernación, nos toleraban cierta libertad de lenguaje cuando escribíamos a los familiares, a gente de la calle. La tolerancia de Alcalá respondía a indicaciones de la policía que buscaba en nuestra correspondencia detalles que condujeran a nuevas detenciones. Y por supuesto toda la correspondencia era censurada entonces como lo fue siempre.

Traslado aquí algunas de las notas que escribí entonces y pude conservar durante años. Me arrebataron bastantes más. De todas formas logré sacar otros escritos, poemas trazados con limón entre las líneas del Método Perrier con el que estudié francés.

Extracto del diario comenzado en Alcalá

20 de mayo, martes

Hace un mes que estoy preso por segunda vez. El 21 de abril, tal día que mañana, a las nueve de la noche, ingresaba en los sótanos de Gobernación iniciando otra nueva etapa de cautiverio y pri-

vacaciones. Sólo un mes ha pasado y, sin embargo, parece que es una eternidad. Los recuerdos de la calle, de la vida libre, se desvanecen raudos hasta el punto de que los evoco como imágenes lejanas, perdidas. Entre las profundidades de otros tiempos y acontecimientos. Y por contraste, todas mis escenas y vida “de preso de la otra vez” vienen a mí como resucitando. En ocasiones casi creo que no he salido nunca de la cárcel. Si no fuera porque hay algunos hechos, ciertas ideas de este pasado que se extingue, tan clavadas en mis sentimientos y mi memoria, aseguraría que los tres años y medio últimos sólo habían sido un sueño. Mas no, basta que deje suelta la imaginación para que esta vuele incontenible hacia mi novia, realidad imborrable, o que con un pequeño esfuerzo, muy pequeño repase las angustias y temores de los veintiún días en la celda debajo mismo de la Puerta del Sol, oyendo sin cesar los cláxones de los coches, los pitazos de los guardias de tráfico y el rumor de la gente andando sobre mi cabeza, ajena e indiferente a mis torturas, u otros ruidos más cercanos y peores, para comprender que entre la prisión de entonces y la de ahora media un trecho. El hecho mismo de que sea en Isi en quien más piense es la mejor demostración de que ha existido otra cosa muy distinta antes.

Sí, es en Isi en quien más pienso y no sé si alegrarme o sentirlo,, pues si su adorado recuerdo me aparta de otras ideas más negras, también me trae tristezas. Pienso con cariño sin límites y sufro porque ella sufre sin saber de mí. Sabía muy bien que la quería, pero creo que cada día se acrecienta mi amor. ¡Pobrecilla! ¡Qué poco ha gozado conmigo!. ¿Para qué se fijaría en mí?. Quisiera verla enderezar libre su vida por otros rumbos lejos de esta pena que significaba consagrarse a mí. Desearía tener valor para exigirle olvido.

¿Se lo debo decir?

¡No, no puedo, no quiero! Además la heriría, pues estoy seguro de que aceptará la nueva cruz y seguirá esperando ese día tan ansiado en que me pueda tener junto a sí para siempre.

¿Llegará alguna vez? Hay veces en que todo lo veo tan oscuro que se me figura imposible.

¡Qué hermoso será si se realiza! ¡Con qué placer la abrazaré y la comeré a besos!

Sufro pensando en ella, pero creo que también, en medio de este dolor, experimento un placer indefinible sabiendo que la quiero y que me quiere.

21 de mayo

Anoche ¡por fin!, Tuve carta de ella. Dos tarjetas. ¡Cómo me quiere!. Parece increíble que con tan pocas palabras se pueda expresar tanto cariño. Adivinaba que me diría eso: “que esperará toda la vida si preciso fuere”, y sin embargo, me ha alegrado tanto como si a punto de perderla para siempre la viera regresar a mí.

Ha sufrido enormemente; sé que hasta pensó que me habían matado, y cuando haya visto mis letras debe de haberse librado de una tortura horrible.

Sus cartas llegaron cuando mejor podían haber llegado. Las recibo siempre como el regalo más preciado, pero anoche fueron verdaderamente oportunas. Estaba deprimido en grado sumo; pues hay momentos en que la cárcel muestra una faz tan tétrica que inunda de terror hasta el ánimo más endurecido por la lucha y la vida; me sentía enfermo, acobardado... Y cuando entre la lista del correo oí mi nombre, sabiendo que era ella, renací. ¡Cuánto debo a este ser a quien jamás querré bastante!

(Lo que intercalo a partir del punto y aparte no lo pude escribir en las notas de Alcalá. Aquella noche, antes de que anunciaran el correo, unos funcionarios arrastraron a varios reclusos a las celdas de la planta baja y les sometieron a brutal paliza. Los golpes y los gritos retumbaban agrandados por el eco que la galería producía. Me enteré al salir del Departamento Celular de que los apaleados eran dos compañeros que se habían enfrentado al grosero Jefe de Servicios llamado Macedonio que amenazaba con matarles).

De acuerdo con las instrucciones de Isi escribiré a Maruja explicándole como debe traernos la ropa y algunas de las cosas que nos hacen falta. El cuerpo me pide a gritos ropa interior, pues llevo más de un mes sin cambiarme y rezumo suciedad por todos sitios.

23 de mayo

Anoche tuve otra tarjetilla. No sabe cómo expresarme todo su cariño. Quiere convencerme por todos los medios de que su amor no ya sigue igual, sino es mayor que antes. Tengo la impresión de que se esfuerza tanto porque le acosa la sospecha de que el mío no está tan grande como le he dicho innumerables veces. Y es precisamen-

te exceso de cariño lo que me atormenta hasta casi desear que me deje y no sufra por mí.

Me dice también que le pida cuanto necesite y me ofrece mantas y sábanas. Confieso que me halaga tanta solicitud, pero creo que no le pediré nada que estime que es un sacrificio para la pobre.

He leído la tarjeta multitud de veces; luego las otras anteriores, y he acabado por sacar nuevamente las fotos y mirarlas durante largo rato. Contemplando las cartulinas que contienen su imagen, parece que veo desfilar muchos de los instantes en que fui feliz junto a ella y sueño otros que no sé cuando vendrán. Desde que estoy encerrado, la casi totalidad de mis pensamientos han sido para ella y me alegro de que su recuerdo ocupe tan privilegiado lugar en mi cerebro.

Aún no sé si ha recibido la última carta que le envié. De buena gana contestaría a las tuyas ahora mismo, pero no puedo y he de esperar a que me escriba otra vez por los menos. Le pediré un nuevo retrato.

La vida aquí es aburrida; fuera de pensar en Isi todo es monótono y a veces muy triste. Estamos encerrados en celdas pequeñas: tres metros por dos. Ahora somos tres hombres en cada una. Esta, la 107, es la segunda que habito; primero me destinaron a la 99 y allí estábamos cinco. Tanto en una como en otra, en forzada compañía casi las 24 horas del día, pues sólo nos separamos un poco al salir al patio y no hacemos más que hablar ¿Qué remedio nos queda?. No tenemos libros ni otro entretenimiento.

Nos llevamos muy bien. Son buenos compañeros. En todos con quienes he estado he observado la misma solidaridad y franqueza. Cuando a alguno le mandan algo, lo comparte con todos, y realizan este acto con una naturalidad y desprendimiento que no estaba acostumbrado a ver más que en muy contados casos.

Mis compañeros de ahora son, un campesino toledano y un oficinista que vive en Madrid. Este tiene bastantes principios y habla con más frecuencia que ninguno. El otro es el menos locuaz de los tres; parece desconfiado y le creo dominado por cierto sentimiento de inferioridad ante nosotros; es algo cauteloso y no torpe. De todas maneras da a entender que sabe por qué está aquí.

El amigo oficinista recibe paquetes de vez en cuando y nos mete la comida hasta por los ojos. Si comemos bien, habla más. Ya

conocemos su historia mejor que él. Tiene una niña de cinco años a quien recuerda constantemente, y su esposa está embarazada a punto de dar a luz.

Me gusta esta gente que se queja tan poco. ¡Qué diferentes de aquella turba en constante lamento del 39;

Salimos a un patio bastante amplio con una pequeña fuente redonda en el centro, donde se aburren algunos peces de colores. Hay cuatro acacias con las flores mustias, aunque al llegar hace trece días estaban muy bonitas, y el simulacro de varios macizos sin plantas. Tenemos una o dos horas, no es cosa fija, para pasear; repartidos entre la mañana y la tarde. Paseo con Diego. Nuestra conversación recae casi siempre en el tema de la detención o sobre los recuerdos de Albacete. Nos sabemos de memoria nuestras respectivas peripecias desde el instante mismo de ser atrapados hasta el día que fuimos esposados juntos en aquellos sótanos de infausto recuerdo para ser conducidos aquí. Creo que Diego me ha contado su caso alrededor de cincuenta veces, y yo es posible que el mío a él, no pocas menos. Los dos con nuestros 25 años somos la nota juvenil entre los demás compañeros. Al salir nos buscamos y enseguida empezamos a reir entre chistes y bromas. También le ha dado por repetirme con todo lujo de detalles la historia de aquel flirt que tuvo con Amelia. Desde luego es un rato pesado.

24 de mayo

Una cosa me intriga sobremanera ¿Qué es de Carlos? No le he vuelto a ver desde el domingo 4 de mayo y por cierto que el encuentro en los sótanos de la D. G. S. constituyó una de las peores sorpresas que llevo recibidas en el curso de la presente odisea.

El guardia había abierto mi celda para que evacuase y me dirigía al retrete, cuando a la mitad de aquel estrecho y lóbrego pasillo casi me tropecé con él. Llevaba barba de más de dos semanas y su aspecto era impresionante, horrible. No iba solo: formaban grupo él, Emilio y Gonzalo el maquinista. Los conducía un guardia a la peluquería.

Verle allí me dejó estupefacto. Dada la manera en que se desarrollaron los interrogatorios de la policía, en los cuales ni una sola vez hicieron la menor alusión a él, creía que habría logrado quedar al margen de aquella serie de detenciones y que enterado por algún conducto, se habría marchado de Madrid.

Cuando volví del water, aprovechando la escasa distancia que mediaba entre mi encierro y la barbería, entablamos un diálogo a gritos. Los guardias, acostumbrados a esta clase de comunicaciones, nos dejaron hablar tranquilos. Parecía animado y no encontré nada raro en él. Me dijo que esperaba ser llamado al juez al día siguiente, y tras dedicar un recuerdo a sus padres y a su novia, me contó como lo habían detenido el miércoles 23 a las seis de la mañana durmiendo en su casa. Le expuse mis proyectos de estudiar una vez en la cárcel, que compartió conmigo, y después de despedirse hasta que nos reuniésemos aquí, salió con los demás hacia su celda. No me explicó por quién había caído, pero yo lo adivino.

Esto es cuanto de él sabía. Diego aún menos, pues se enteró de que estaba preso al domingo siguiente, 11 de mayo, cuando nos traían a la cárcel, porque yo se lo dije. Lo que luego he oído me tiene perplejo. El Maquinista nos ha contado que sufrió varias crisis nerviosas, tras una de las cuales intentó suicidarse colgándose del montante de la puerta de su celda. Lo describe abatido, lloroso, sin moral, y luego un día, bajar contento del interrogatorio, pues según dijo, habíanle permitido declarar a voluntad y creo que hasta prometido la libertad. El miércoles 7 –siempre según el Maquinista– fueron a su celda y, ordenándole que saliera con todo lo suyo, se lo llevaron; Gonzalo cree firmemente que a la calle. Yo no soy tan crédulo en cuestión de libertades y me parece poco menos que imposible. Gonzalo jura y perjura que a posteriores indagaciones por su parte, un guardia dijo que ya no estaba en la Dirección. ¿Entonces dónde está? ¿Por qué no escribe a los suyos tranquilizándoles? Diego teme que reincidiendo en su intento se haya matado en otro calabozo. Yo no sé a qué atenerme, ni qué decir a las constantes preguntas que Isi me hace sobre el caso.

25 de mayo

Ayer me devolvieron la primera tarjeta que escribí. ¡Me dio una rabia!. Estuve renegando largamente de la mala fe de los empleados de Correos, y cuando salí al patio por la tarde, una de las veces que dándole vueltas entre las manos la miré, comprobé que la dirección estaba mal escrita. En lugar de poner Albacete tenía escrito Madrid. ¡Qué idiota soy! ¡Que el cartero perdone las maldiciones que le eché!.

Esperaba carta por la noche y no vino. Cuando esto ocurre

me siento desalentado y triste. Esperaré carta hoy, ya que hace cinco días que escribí.

Van cinco semanas que no me mudo de ropa. He tenido que quitarme camisa y calcetines porque están mugrientos y pestilentes como los de un mendigo. Menos mal que no hace mucho frío. Con frecuencia escruto en las costuras más escondidas de mi ropa temiendo la aparición de los primeros piojos. Es raro que se retrasen tanto. Aquí no se puede lavar. Como no reciba pronto prendas limpias no sé qué voy a hacer.

26 de mayo

Es posible que Maruja logre visitarme por mediación de un funcionario conocido suyo. Así lo manifiesta Isi en una tarjeta que anoche me entregaron. ¡Ojalá lo consiga!. Tengo gran deseo de ver a gente querida. Si puedo hablar con ella la pondré al corriente de muchas cosas, trataré que indague qué es de Carlos.

La carta de anoche no me agradó tanto como las anteriores. La pobre no me habla más que de cosas prácticas: cartas a mi patrona, el viaje de Maruja, la cuestión de mi ropa, etc. En realidad no hace sino responder a preguntas mías y tratar de resolver los innumerables problemas que mi detención ha planteado. Esperaré la próxima que será más bonita.

Nos acostamos muy temprano como ordena el Reglamento. Nada más terminar de cenar hacemos las camas extendiendo los petates en el suelo y nos metemos dentro. La ventanita de la celda dibuja un rectángulo de cielo aún azul. A estas horas es cuando la gente empieza a animar las calles de Madrid. Ni los pájaros se han acostado todavía. Se les oye revolotear piando entre las ramas de las cuatro acacias. Tan pronto nos sumergimos bajo la manta reanudamos hasta el toque de silencio, y a veces hasta más tarde, la charla brevemente interrumpida por la cena y el acoplamiento de los colchones.

Anoche surgió de la conversación un tema que indudablemente me preocupa y creo preocupa a todos los que en la hora presente estamos presos por asuntos relacionados con "delitos de posguerra" o de "espionaje y comunismo", como también los denominan. Temo, y aunque desde luego dicho temor no me aterre, creo que se deben tener en cuenta todas las cosas, para solucionarlas a su tiempo en la medi-

da de lo posible. Para que no nos cojan desprevenidos. La idea de que lo temido pudiera ocurrir, no es nueva en mí, aunque sinceramente reconozco que me afecta más desde que me encerraron, y especialmente desde que entré aquí. El incidente entre Diego y Alejandro Magno y las palabras en él pronunciadas, no dejan lugar a dudas sobre las intenciones de muchas personas. En fin, vayamos adelante y cuando sea, si es, ya lo veremos.

Anotado después - El indicado Alejandro Magno no era sino el jefe Macedonio que apalease a dos compañeros una noche. Se dirigió a Diego y señalándonos a él y a mí dijo: "Sois muy jóvenes, pero vais a vivir poco..."

27 de mayo

¡Otra tarjeta! Esta muchacha es formidable. Si no la quisiera ya tanto, creo que me enamoraría de ella por su solicitud y cariño. Anoche empleaba un lenguaje más agradable a mis sentimientos que en la anterior (tendré que decirle algunas frases de las dulces y demostrarle que la quiero más que ella a mí).

Otra vez, el asunto de Carlos torna a martirizarme. Por lo que parece, continua en la Dirección. El Maquinista tiene noticias según las cuales Emilio y algunos más, entre los que se supone él, "saldrán pronto en libertad, si acaso no lo han hecho ya". Se insinúa que dicha libertad ha sido comprada a un precio vergonzoso. Se hablan pestes de Emilio, y algunos incluso, asocian el nombre de Carlos a estas turbiedades. Yo me resisto a sumarme al criterio de los que le juzgan mal. Los que así dicen no le conocen. Comparar la contextura moral de Carlos con la de Emilio es un disparate y yo jamás lo haré.

Si no hay contraorden el viernes próximo pasaremos al otro departamento. Dicho día se cumplirán los veinte de periodo o cuarentena que se debe sufrir al ingresar en una cárcel. Antes de llegar nosotros, sólo eran doce días; ahora se han ampliado, no sé si por casualidad o para hacer verdad en nosotros aquello del refrán que dice: "A donde quiera que llego, fue bueno el año de antes".

Aunque poco, he hablado algo de este lugar; pero a decir verdad, se podría definir con sólo cuatro palabras: es una prisión celular. O sea: celdas abajo y arriba, a la derecha y a la izquierda...

La impresión que al llegar me produjo fue de las peores. Cuando cerraron el rastrillo tras el último y nos quitaron las esposas, reparé en él. Es una larga nave de cuatro plantas a las cuales

da acceso una antiestética escalera construida en el testero del fondo. Cada piso está circundado por un estrecho corredor volado, con la barandilla de hierro. Se hallaba desierta y estaba sumida en sepulcral silencio que apenas turbaba el ruido de nuestras pisadas y las órdenes a media voz de los guardianes. Todo hosco. La visión de las celdas, todas iguales, armadas de gigantescos cerrojos-cerradura, no sé porqué, me recordó un fichero de oficina. Luego he pensado que más bien parecen las bocas de un monstruo fabuloso, hambrientas siempre de carne humana. Una llave las abre con rechinar de colmillos; se tragan uno, dos, tres hombres, y ¡tras! Se cierran de golpe como las fauces de una fiera. Comprendo que los no habituados se desanimen al contemplarlo por vez primera. El panorama no es para menos.

A la primera ojeada encontré un gran parecido entre esta cárcel y la Provincial de Albacete. Efectivamente, el trazado de las plantas y la forma de la escalera, corredores y barandillas es igual. La única diferencia notable consiste en que aquí hay dos pisos más y no existen cuerpos laterales puesto que todo es una galería. Hasta en las dimensiones hay mucha semejanza. Antes de terminar el fugaz examen, me incliné al oído de Diego para preguntarle ¿No te acuerdas esto a la Calle Mayor? Me refería a la galería central de aquella cárcel, a la cual llamábamos así.

Como a todo se acostumbra uno, ya no encuentro el local tan repulsivo como el primer día. Pero así y todo, cuanto antes me trasladen mejor.

28 de mayo

Hace un par de días un compañero me proporcionó una novela policíaca. Tengo tanta hambre de lectura, que la he devorado con fruición como si se tratara de un manjar literario de primera calidad, aunque es malísima. Más interés que por la trama, el eterno asunto del descubrimiento de varios criminales o el estilo, también malísimo, he sentido por el hecho simple de seguir con la mirada los renglones impresos y hojear una a una las páginas. Para el aficionado, la absoluta privación de lectura es tan dolorosa como la carencia de droga a un morfinómano. Y el encierro es más duro cuando no se puede leer. Un libro es un estupendo sedante para los nervios excitados.

En Gobernación me valía de infinitas mañas para conseguir

trozos de periódicos viejos. Los solía coger en unos recipientes de basura que había por la mañana en el pasillo, cuando me sacaban al water; pretextando, si me veían, que eran para limpiarme. Luego en el retrete utilizaba los pedazos más sucios y el resto, que procuraba fuera grande, lo guardaba en el pecho para leerlo y releerlo centenares de veces en la celda. Algunos guardianes no me permitían que los cogiera y entonces tenía que acechar la ocasión de hallarlos distraídos, cosa que no siempre ocurría. De retorno en mi mazmorra, me apresuraba a examinar el botín. Sin embargo, luego de tanta astucia y tanto riesgo, todo se reducía casi siempre a jirones que a malas penas contenían legible medio titular y dos trozos de columna, hablando de cualquier pijada. El mayor tesoro que extraje de las profundidades de una lata de porquería fue media hoja del *Ya*, lleno de manchurrónes de grasa y de anuncios por palabras.

El compañero campesino se ha puesto malo. Tiene fiebre. Ha venido el médico y le ha recetado aspirinas. Yo también me encuentro molesto desde anteayer, pero creo que no es nada.

Todas las noches al ir a dormir, dedico a Isi mi recuerdo más tierno. Ella, seguro estoy que hace otro tanto. Pensando esto la imagino más cerca de mí.

29 de mayo

Acabo de fregar la planta baja del departamento. Ya me ha tocado hacerlo cuatro o cinco veces y como voy perdiendo la costumbre de trabajar, termino rendido. Días atrás nos obligaron a baldear pasillos, escaleras y pisos; desde entonces tengo agujetas en todo el cuerpo.

Aparte de la molestia natural de estos excesos de algún tiempo a esta parte, experimento cierto malestar. Es una flojedad constante que me hace desear el petate. Si no fuera porque comprendo que estar tumbado siempre es malo, no me movería del lecho en todo el día. Todo es efecto del encierro. Temo que si hubiera de permanecer mucho tiempo en este plan, acabaría como la vez pasada, hecho una cataplasma.

Una de las incomodidades mayores de la vida encerrados cuando se está con otros compañeros, es la excesivamente estrecha convivencia. Yo no soy un modelo de tipo sociable, pero un hurón tampoco. Es más, por amor a mis convicciones, me esfuerzo en vencer mi natural inclinación a la soledad, y creo que lo consigo en muchos

casos. Estimo por tanto, que al hablar de este asunto lo hago con relativa objetividad, y noto hasta qué punto influirán en mis reacciones la educación que recibí. Seguramente ello es la causa de que bastantes cosas me repelan, siendo, como son, naturales. No sé, prescindiré al trazar las presentes notas de un análisis concienzudo y me limitaré a decir dos palabras acerca de lo que experimento.

Aprecio sinceramente a los compañeros que la casualidad me ha deparado. En otra ocasión consigné que son buenos. Hoy lo ratifico. Sin embargo, hay momentos en que desearía encontrarme solo. Me gustaría abismarme en mí mismo, mirar sin ver a nadie, canturrear, dar gritos o decir alguna tontería, sólo para que mis oídos la escuchasen. En ciertos aspectos, ante otras personas me falta la espontaneidad y estoy cohibido. Las presencias extrañas obligan siempre a cierto comedimiento en la actitud y en los modales. A la larga, eso cansa. Por ejemplo, pienso que si no hubiera nadie conmigo en mi celda, de vez en cuando intentaría hacer “la veleta” como cuando era chiquillo, sosteniéndome cabeza abajo, las manos en el suelo y los pies en la pared. Así, es imposible: en primer lugar carezco de espacio, pero sobre todo me abstengo porque de realizarlo los demás creerían que estoy loco y me tildarían de ridículo. Hay otros detalles mucho más molestos que impone la existencia en común y que a pesar de no ser nuevos para mí, nunca dejaron de causarme asco. El peor de todos es tener que evacuar en público, como yo digo. Yo no soy ninguna damisela gazmoña del ochocientos, sino un joven duramente curtido por las vicisitudes. Todavía no han desaparecido de mi memoria los recuerdos de las letrinas trinchereras; ni de la “zanja de Abastos”⁽¹⁾, a la cual había que aproximarse con precauciones para no despeñarse a sus profundidades rebosantes de mierda; aún parece que estoy viendo las inundaciones de orines y excremento que se producían en la Provincial, y muchas de las cuales yo mismo hube de atajar y limpiar; las colas interminables en los retretes; y el intranquilo deponer oyendo a los demás meter prisa; y aquellos reducidos wateres de San Vicente donde había que cagar recibiendo en la cara los orines de todo el que meaba; y muchas, muchas cosas más... Pero toda esa “experiencia escatológica” no ha logrado desarraigar mi pudor, y siempre que las circunstancias me obligan

(1) Zanja de abastos. La oficina de Abastos de la guerra fue convertida tras la ocupación fascista en el centro policiaco donde me recluyeron en Albacete y me torturaron. La citada zanja era una letrina.

a efectuar ese acto tan necesario, tan íntimo y tan maloliente delante de alguien, me entran los sudores de la muerte.

Las celdas estas son bastante más higiénicas que cuantas hasta ahora he conocido. Cada uno cuenta con un retrete, ubicado en un rincón al lado del pequeño lavabo cuya pileta desagua en él por una tubería de plomo. No tienen, pues, comparación con el sistema de “zambullos”, generalmente usado en las viejas prisiones. Mas para mí no cuentan tales adelantos si han de ser usados ante espectadores.

Por eso procuro evacuar durante la hora de paseo, en un cuartitoapestoso que hay al lado del patio. Hay días que el vientre me juega la mala pasada de sublevarse a deshora. Entonces, sosteniéndomelo con las dos manos, me siento en el petate, adopto la postura más cómoda, y sin moverme aguanto, frecuentemente con violentos dolores hasta que tienen a bien de abrirnos la puerta para bajar a galope al susodicho cuarto.

Los amigos se ríen de mi forma de ser. No comprenden mi obstinación en negarme a utilizar el retrete de la celda. Ellos no andan con tantos miramientos. Todos los días se encaraman a la taza del inodoro que no tiene de tal más que el nombre y depositan en ella su tesoro mientras fuman tranquilamente un cigarrillo. Al contemplarlos en cuclillas con el culo al aire, siempre, por una asociación de ideas, me acuerdo de las gallinas de mi abuela, que al llegar la noche dormitaban sobre una estaca de la cuadra y dejaban caer con idéntica indiferencia que ellos, su estiércol. Lo chocante del caso es que lo veo muy natural. Resultaría absurdo que por delicadeza hacia mí pasaran mal rato. Tengo amplia comprensión para todas las necesidades fisiológicas ajenas y propias. No me importan en absoluto que caguen. Jamás, me he quejado con la boca o con el pensamiento del mal olor que inunda la celdita durante muchas horas. Y si yo prefiero contenerme no es por evitar molestias a los demás. Supongo que lo hago por evitármelas a mí mismo: no puedo sufrir que me observen en tan desairada posición; haciendo fuerza, con el rostro sofocado y gimiendo. Si me gusta chillar a solas, con mayor motivo rechazo los testigos en este menester; máxime, que las habas que nos dan de comida, lo complican harto.

Creo que en síntesis he reflejado claramente este aspecto de mi psicología que contribuye a complicarme más el cautiverio. Puede que en ello haya un exceso de pudor mal entendido. A lo mejor

un día de estos me decido a estudiar la cosa y si reconozco que obro mal, adopto otra actitud.

Ayer tomaron los nombres de cuantos cumplimos el periodo. Nada de particular tendría que hoy mismo abandonáramos celdas y fuéramos al otro lado.

Si Maruja viniese mañana a lo mejor ya podría verme.

30 de mayo

¡Al fin Maruja dio señales de vida!. Escribe diciendo que vendrá hoy o mañana. Su redacción es el estilo telegráfico de siempre, pero entre las lacónicas frases se entrevé la preocupación y el cariño.

Junto a la de Maruja recibí otra tarjetilla de Isi. Anoche fue un gran extraordinario.

Una buena parte de la epístola de Isi viene empleada en explicarme cómo han acogido mis tíos la noticia de mi encarcelamiento. No me sorprende la reacción de algunos de ellos por más que pensándolo me acometa una sensación de disgusto, al comprobar una vez más su mentalidad tan estrecha. Pero lo importante es que ella me quiere... Teniéndola de mi parte, los demás me importan un pimiento. Hay un párrafo que es un verdadero poema:

“No te preocupes de lo que digan los demás y piensa que yo que te comprendo, estaré a tu lado siempre; pues además del cariño, me une a ti todo lo que los demás en su ignorancia y su maldad, sólo saben despreciar”.

Sostenido por esta mujer, ¿qué significan la frialdad o los rencores de otros? ¡Nada! Tonterías. Quiérame ella siempre y pueden irse todos a hacer puñetas.

Me dice también que, si, aunque preso, estuviera más cerca, casi sería feliz. Para mí igualmente constituiría un consuelo verla, incluso a través de las rejas de un locutorio. Mas ¿qué vamos a hacerle si la fatalidad no quiere? Tendremos calma para aguantarlo todo. Y nos contentaremos con vernos en el pensamiento. En el mío siempre está presente su amada figura, su cara, su sonrisa, sus hermosos ojos grises...

CUARTO DORMITORIO

30 de mayo, 10 de la noche

El pedazo de viga metálica que colgado en el patio hace las veces de campana, acaba de sonar ordenando silencio. Puede, pues, decirse que ha terminado este día repleto de trajín y sensaciones.

Ya hemos salido de las celdas. Esta mañana después del café no llamaron ¡ya era hora! para trasladarnos al patio general. Me despedí de mis compañeros de celda que aún han de permanecer varios días allí; recogí mi escaso equipaje: petate, manta, plato y cuchara, y con todo bajo el brazo descendí a la galería a formar con los demás cumplidos. No sé porqué, a veces sin motivo, me pongo nervioso. Desde que el ordenanza comenzó a vocear la lista hasta que bastante después entraba en mi nueva morada, el corazón no cesó de batirme con fuerza.

Tras los requisitos de rigor (constatación de fichas, nueva inscripción de nombres, listas, etc...) se abre el rastrillo. Lo franqueamos; pasamos por un pequeño patio irregular rodeado de ventanas con reja, luego por no recuerdo cuantas puertas y rastrillos más, hasta desembocar a otro patio grandísimo, cuadrangular con pavimento de cemento, limitado por fachadas de un blanco sucio agujereadas de ventanas; con bastantes árboles en fila junto a las paredes. Son pinos y acacias. Al entrar se percibe el suave aroma que su follaje emana.

La primera impresión es casi violenta. Venimos del país del silencio, de galerías desiertas y mudas y al irrumpir aquí, me parece caer en una gigantesca colmena o en una plaza de toros atronada de murmullos y gritos. Ahora sé que es una falsa impresión. Hay mucha gente, creo que cerca del millar, pero no es el ruido tan grande como al pronto parece.

Al vernos, la gente se agolpa a nuestro paso con curiosidad. Varios se precipitan en la fila para abrazar a conocidos. Saludos, palmadas en la espalda que resuenan como tambores, frases cariñosas, emoción... Yo miro ansiosamente en busca de alguien, no sé de quién, como siempre que me apeo de un tren en el andén de cualquier estación. "Chaval" Vuelvo la cabeza. Es a mí. "Hola" ¿qué tal? Es el Cuatro, el de la celda 4 allá en Gobernación. Nos estrechamos la mano. No sé como se llama. El tampoco conoce mi nombre. Mi dice cha-

val o chico a secas, como allí, cuando hora tras hora, con la cara pegada al ventanillo consumíamos los días, los nervios en tensión, hablando de bagatelas para distraer la mente enfebrecida.

- “¿A qué dormitorio vas?”

- “No sé, al cuarto creo”

- “Bueno, yo estoy en el quinto”. Y se va

A mano izquierda según se entra está la puerta de los dormitorios 4º, 5º y 6º, y de un zaguán de aspecto sórdido, en cuyo rincón más oscuro hay dos o tres toneles, arranca la escalera de madera. Diego y yo somos destinados al 4º, en el primer piso. La escalera es tan horrible o más que el portal donde nace, de peldaños gastadísimos por un uso de muchos años, ha sido necesario reforzarlos en sus orillas con pletinas de hierro que también se encuentran en estado ruinoso. Es estrecha y mísera y se anda por ella con dificultad.

El dormitorio es un local tremendo. Alrededor de sesenta metros de largo por seis o siete de anchura. Muy feo. El techo bajo, agrietado y hundido hacia el centro está sostenido por numerosas columnas cuadradas en fila desde la entrada hasta el final. Defiende la puerta un sólido rastrillo. Por lo demás, eso, los rastrillos, es lo único que da sensación de potencia en este caserón destartelado. Tiene forma



Patio de la cárcel de Alcalá de Henares. Partida de ajedrez. Dibujo de José Ortega

de jaula. Como las de la Casa de Fieras en el Retiro. Ahora cuando lo miro desde mi cama, considero que no sería raro que dentro de poco apareciese el domador con su chuzo y la carnaza a echarnos la comida, y casi me sorprende que esta masa de seres tumbados en torno mío, que hablan, fuman o leen, sean hombres en lugar de alimañas.

Confieso que al contemplar el zaguán, la escalera y el dormitorio me sentí deprimido. Me pareció que me sumergían en un inmenso baño de miseria. Y sólo gracias a la gente, a esta masa que bulle por doquier y que se muestra tan afable y simpática, debo mi contento, casi satisfacción de estar aquí cuando escribo estas líneas.

Inmediatamente de aposentados hemos buscado a Valentín². Lo hemos hallado en el patio. Estaba sentado en el suelo en un corrillo presenciando una partida de ajedrez. Me ha sorprendido lo cambiado que está. Ya no es aquel joven, casi chiquillo, que en Albacete bromeaba con nosotros los chavales de la panda. Está avejentado, el pelo cuajado de canas y algo más grueso. Nos ha reconocido enseguida. Hemos paseado charlando de mil cosas, resucitando recuerdos, comprobando facetas del presente, oteando el futuro. Le encuentro como siempre: formidable

3.3.2 Ocaña

El encierro en Ocaña es tal vez el que peores recuerdos me dejó en mi segundo cautiverio. Prescindiendo de Gobernación con sus torturas y violencia policial, los estrechos calabozos del sótano, el ser sacados de las celdas y llevados en fila al retrete cuando a los guardias les parecía bien. Y aquella atmósfera pestilente, casi irrespirable. En Ocaña me encontré de nuevo con las ejecuciones. De allí los compañeros salían para morir ante el piquete. Los mataban en un lugar conocido como el Pozo o el Hondo de la Gallina que nunca he sabido dónde está.

Allí me condenó de nuevo un consejo de guerra de militares con uniformes repletos de chatarra condecorativa. Y como al acabar la guerra, los consejos eran en serie, uno tras otro. Tenían prisa.

Nos llevaron a Ocaña desde Alcalá de Henares. Tanto aquella como esta cárcel estaban abarrotadas. En realidad todas las prisiones por donde

(2) Feliciano Valentín, comisario de la Aviación Republicana en la Base de los Llanos. Su categoría militar equivalía a la de coronel. Condenado a muerte en Albacete, conmutado y preso entonces como dirigente comunista

pasé estuvieron repletas. Creo que jamás podrá saberse cuántos presos mantuvo el franquismo a lo largo de su etapa de omnímodo poder.

El patio del penal, cuadrado, un pozo encima del cual, allá arriba se percibía un polígono de cielo. Y en la parte superior de una de sus fachadas interiores, al borde del tejado, el reloj que te martilleaba con sus campanas cada cuarto de hora. Noche y día.

La Delegación del Comité Central que había caído poco antes, también fue conducida a Ocaña y recluida en el Departamento Celular. Sus celdas eran las más pequeñas que yo vi a lo largo de todos mis encierros. Tétricas. Todavía colgaban en sus paredes las argollas de hierro para sujetar en ellas a los presos. Agustín Zorooa, Lucas Nuño y otros permanecieron allí hasta su ejecución.

Al conocer lo resuelto en el Consejo de Guerra, la organización clandestina del Partido en la cárcel consideró la conveniencia de declarar una huelga de hambre. Me impresionó especialmente la defensa de dicha postura por parte de Pepe Ortega, amigo de Lucas Nuño. Se desestimó la huelga temiendo que con ello agravábamos la situación de los condenados. Cuando los mataron, Ortega, que después se consagró como célebre pintor, lloró amargamente censurándose y censurando “nuestra cobardía”.

Aquella noche, mientras ueliberábamos si ir o no a la huelga, desde el patio desierto a esas horas, oí que voceaban con un altavoz “Ezequiel San José”. Al poco un guardián subió a la galería, me requirió desde el rastrillo y me condujo a la oficina del director. Este hombre, lo he anotado en otras ocasiones, era una hiena cuyo nombre no consigo recordar. Que te llevaran ante él nunca era para nada bueno. Yo, excitado por los acontecimientos, me temía cualquier cosa. Sentado en su mesa me miró un buen rato. Y al cabo preguntó: “¿Cuántos familiares tiene usted?”. Di el nombre de mi hermana Marieta. “¿Dónde vive?”. -En Barcelona. “¡Más! ¡Otros nombres!”. Me acordé de algunos tíos... Pero percibí entre sus manos una carta y comprendí. “Esa carta es de Isidora, mi novia”. Explotó. “Aquí sólo está permitida la correspondencia con familiares directos, esposas, padres, hijos... Son las normas”. Yo, rabioso ante las condenas de los camaradas respondí: “Impongan ustedes las normas que impongan, si salgo de aquí algún día me casaré con esta mujer que es ya mi familia”.

Avisó al funcionario que esperaba en la puerta. “¡Lléveselo!”. No me encerraron en las celdas de castigo como yo esperaba.

Aquella confrontación, aquella carta, tuvieron unas consecuencias que sólo conocí años más tarde al salir en libertad condicional desde el Penal de El Dueso donde permanecí recluido casi cuatro años.

En la carta, Isidora, que me escribía como hermana, relataba ingenuamente haber visto la película “La estirpe del dragón”, basada en la novela de idéntico título de la escritora norteamericana Premio Nóbel Pearl S. Buck. Había ido al cine con varios amigos cuyos nombres anotaba.

La policía acosó a Isidora, a su hermana Fefa y a los chicos mencionados. Se les vigiló durante años y a todos se les expedientó como posibles comunistas, cosa que en realidad casi todos eran.

En el verano de 1947, a consecuencia de un sabotaje, un polvorín del ejército ubicado en Alcalá de Henares voló por los aires. La cárcel se estremeció cual si se tratara de un terremoto, aunque la explosión se produjo a varios kilómetros de allí. Las represalias, como era de esperar, fueron terribles. La policía detuvo a multitud de jóvenes tanto en Alcalá como en Madrid y el proceso, muy rápido, se saldó con un número crecido de penas de muerte. El juicio sumarísimo, en Ocaña, como era habitual. Los sentenciados, también como era la norma, esperaban la resolución del caso en las celdas del penal. Dicha resolución sólo admitía dos alternativas: la conmutación de la pena por 30 años de condena o el fusilamiento.

Uno de nuestros compañeros, ordenanza en el departamento celular, nos informó que al rechazar confesarse con el capellán de la cárcel, un padre dominico, este les había maltratado.

Aquella tarde se presentó en Ocaña el coronel Eimar. Cruzó el patio acompañado por el director y otros individuos vestidos de paisano. Eimar fue un personaje importante del organigrama represivo de la dictadura. Actuaba como juez instructor en los casos relacionados con actividades subversivas, organización política ilegal y guerrilla. Yo le conocí en la Dirección General de Seguridad cuando me procesó. Al verle allí comprendimos que la ejecución de los condenados era inminente.

En la época más dura del franquismo la protesta en las cárceles era difícilísima. Aun así, a partir de la derrota de Alemania, los presos organizados, poco a poco, se atrevían a enfrentarse a los carceleros de muchas maneras. Se tendía a rebajar la disciplina obligatoria, se organizaban colectivos para estudiar, se leía prensa o libros que clandestinamente llegaban a sus manos. En Ocaña los presos comunistas nos plantamos contra los Consejos de Guerra de la única manera posible a nuestro alcance: rechazando a los “defensores” militares de oficio y denunciando ante los tribunales que “juzgar” a civiles por sus ideas políticas iba incluso contra las normas de cualquier ejército medianamente civilizado. Los compañeros aireaban en el extranjero aquel escándalo. Pero el enfrentamiento principal y más costoso era la huelga de hambre. Las huelgas de hambre tenían eco fuera de las

cárceles a través de los familiares a quienes en dicha coyuntura se les negaban las comunicaciones.

La huelga, aparte de hacerla contra un enemigo implacable que castigaba sin piedad, era penosísima cuando sus protagonistas, los presos, padecían la grave depauperación causada por la mala y escasa alimentación que el presidio ofrecía.

Pues bien, barruntando la cercana ejecución de nuestros compañeros, y aun conociendo las consecuencias que nos acarrearía, el Partido determinó que debíamos declararnos en huelga de hambre. Nos impulsaba el asco por el comportamiento inhumano del sacerdote, castigando a gentes que iban a morir. Ahora, tanto tiempo después, alguien podrá pensar que aquello no era sino un gesto romántico que a nada conducía. Pero la historia, por fortuna, está repleta de romanticismos que dignifican a sus protagonistas.

La determinación exigía la preparación de un plan. No bastaba con dejar de comer. Teníamos que explicar el porqué al adversario para que la conducta del cura no se repitiera. Decidimos que en cada galería un responsable se encargaría de exponer nuestras razones al o a los funcionarios que vinieran a interesarse por nuestra conducta. Fijamos el comienzo de la huelga para la mañana siguiente y al efecto, por la noche, encerrados después del último recuento, cada grupo se reunió para elegir a su portavoz. Guardo de aquella reunión un recuerdo vivísimo. El conjunto de los militantes aceptábamos la lucha. Había que enfrentarse a aquel abuso. En mi galería, igual que en las otras, nos reunimos los *cuadros*, es decir, los militantes más cualificados. Se razonó lo ineludible de la acción y la necesidad de un voluntario. No salió nadie. Todos comprendíamos lo que teníamos que hacer pero nadie hablaba. Pasaban los minutos y creo que a todos nos escandalizaba aquel clamoroso silencio. Yo, honradamente, no creía ser la persona más adecuada. Además, físicamente estaba muy débil y temía no poder enfrentarme a aquella prueba. Pero avergonzado por la cobardía general, dije: “No sé si yo, tan nervioso, sería el más indicado...” Me eligieron por aclamación con verdadero alivio de todos. De todos los demás, se entiende.

En las restantes galerías, salvo en dos, que dos valientes se adelantaron, pasó algo similar.

Por la mañana, los comunistas rechazamos el desayuno, un cazo de agua sucia apodado café.

El nerviosismo de los funcionarios era visible. Esperaban... Y a medio día, en el primer turno de comedor la plantilla nos rodeaba. Dieron una comida excelente: garbanzos con carne. Nosotros pusimos los platos boca abajo sobre las viejas mesas de mármol. Nos encerraron en las galerías...

No recuerdo a quién le tocó dar la cara ante el director. Yo no fui. Puro azar.

Al amanecer del día siguiente fusilaron a nuestros camaradas.

Durante el franquismo escribir en la cárcel era difícil. La correspondencia permitida con los familiares del exterior, poca, estaba sometida a estricta censura. En Albacete, y posiblemente también en el resto de las prisiones, durante los primeros años se prohibía estudiar idiomas, lengua, matemáticas... que a pesar de los pesares algunos grupos hacíamos clandestinamente. Escribir notas o trabajos para uno mismo aun era peor por los cacheos y registros a que estábamos sometidos cada dos por tres y tanto los poemas, notas particulares, reflexiones que algunos pasábamos al papel estaban influidos casi siempre por la autocensura.

Las páginas trazadas en el Penal de Ocaña en 1948 donde trato de mis impresiones sobre la música y aludo a mi encierro anterior en Albacete, creo que no dan la tónica de la verdadera vida carcelaria. Las escribí hablando casi suavemente del encierro para reflejar exclusivamente un sentimiento personal. En 1948 en Ocaña, con un director que era un bicho había que tener mucho cuidado para no ingresar en las tétricas celdas de castigo a donde, por ejemplo, a Ortega, luego célebre pintor internacional, lo metieron por un simple dibujo.

Creo que decir esto es necesario para mejor comprender lo que sigue.

3.3.3 Música en la cárcel. Ocaña, verano 1948.

Algunas noches, por las ventanas de la galería que miran a la calle, llegan confusos los compases de una radio de la vecindad. Es una música gangosa y estridente; populachera, de barraca de feria. Quizá el receptor de un establecimiento público. O de un palurdo recién enriquecido en el estraperlo que goza, más que en escuchar melodías que no entiende, soltando a chorro lleno la musicaza para lucir ante el resto del pueblo su buena posición.³

Suena mal, ronca, como ciertos pasodobles taurinos en una tarde de corrida entre el griterío de multitudes borrachas de sol, de vino y de bestialidad.

Sin embargo me atrae. No puedo reprimir un estremecimiento de emo-

(3) Un compañero natural de aquí, de Ocaña, aclaróme luego que se trataba del altavoz del cine de verano que cae no muy lejos del penal.

ción cada vez que la oigo. Y no soy yo sólo. Cuando con un soplo de viento que sacude suavemente las abiertas cristaleras, irrumpe aquí dentro más nítida, acariciándonos con su “voz de la calle”, todos yerguen la cabeza en el petate, el rostro melancólico, y hay siseos reclamando silencio.

La música es una de mis pasiones. Me gustó siempre. No puedo dár-melas de entendido, pues no distingo Vivaldi de Mozart, pero creo que cierto buen gusto instintivo me dice si es buena o no. Ésta es horrorosa. Culpa a lo mejor de los discos. La música en conserva suena siempre peor que la ejecutada directamente por una orquesta. No deja percibir con suficiente claridad la gama instrumental. Es nasal, cual si saliera de las hipotéticas narices de los clarinetes, trombones y violines.

En mi anterior prisión encontraba alivio asistiendo a los conciertos de la modesta banda del establecimiento. Y de noche acudía a los ensayos. Los músicos habitaban una celda especial, un poco más amplia que el resto: “la celda de la música”; o abreviando, “la música”, que decíamos. Fuera la hora que fuese nunca faltaba alguien soplando o afinando su pito. Luego del rancho nocturno se convertía en sala de tertulia y punto de reunión de numerosa gente. Los virtuosos, sentados en petates o banquetas, afinaban antes de comenzar. El maestro, inclinado sobre sus solfas, golpeaba con la batuta en el atril, enmudecían las conversaciones y un segundo los pitorrazos, y ¡hala! principiaba la tocata que duraba hasta el momento de dormir. Yo entraba y me acurrucaba en un rincón. Cerraba los ojos. Mi ser entero trocábase un oído. Y el tiempo volaba que era una maravilla. Mis escasos conocimientos datan de entonces.

Por el contrario, muchos compañeros detestaban lo que a mi tanto me entusiasmaba. Solían ser los más viejos. Los domingos en lugar de acercarse como yo para mejor oír, si podían, se largaban refunfuñando. Yo no los comprendía. Se me antojaba dispárate que el encierro les hiciera odiar la música. Hoy tampoco creo que la cárcel inculque melofobia, mas adivino un poco el sentir de aquellos hombres y los disculpo.

Esta nueva perspectiva del sentimiento hámbela abierto, ¡cosa extraña! la música chillona que viene cuando estoy tumbado en mi petate sobre el suelo.

¡Pobres viejos de aquellos días!, ya sé por qué atrancabais las puertas de vuestras celdas y os tapabais los oídos semejantes a nuevos y prosaicos navegantes de moderna Odisea.

Cuando en medio del silencio nocturno las notas saltan los muros de la prisión y se cuelan por las ventanas enrejadas, la atracción que experi-

mento no es igual que entonces. Es mayor si cabe, pero me hace un daño desconocido, inédito, que antes no sentía. El daño al que huíais vosotros ¿verdad?

Cuanto dolor siento. Sobre todo la primera noche. Es una sensación de ahogo casi físico, de opresión que me atrae: voz de sirena que me arrastra a sabiendas hacia las playas donde rebullen las torturas. Escucho tenso, con todos los sentidos y anhelo que el sonido cese, que se vaya. Las mariposas al abrasarse en la llama que las fascina, deben percibir algo parecido, placer de fundirse en la luz y quemazón.

Y no he tenido que pensar para hallar la causa de esta diferencia. La explicación vino enlazada con los mismos acordes que me trajeron el dolor. Compás a compás fuese alumbrando mi cerebro.

La música de antaño no me aportaba el menor recuerdo. Para recordar hay que tener pasado; y a los diecisiete años ¿quién lo posee? La escuchaba triste, cierto, pero con esa tristeza dulce, exenta de sufrimiento que producen ciertas evocaciones. Era el sostén donde me apoyaba para soñar. Los chicos no miran hacia atrás; piensan ardientemente en el futuro, en la promesa que aún es la vida para ellos. Edifican maravillosos castillos de naipes. Yo soñaba como todos los niños. Tal vez más por ser más desgraciado. Y los sueños no dañan. Al menos mientras se esta soñando. En alas de la música veía mi porvenir ondeando como una bandera de brillantes colores; ello me compensaba bastante de aquel presente sucio y cruel. Suspiraba por los amores que todavía no había conocido, ¡Y cuánta ilusión se deposita en esto durante la edad temprana! Soñaba con mil hazañas y heroísmos que yo haría. Soñaba en cosas grandes, tan grandes que no cabían apenas en mi corazón.

Pero a su vez los viejos recordaban. Al contrario que a mí, a ellos las escalas armónicas traíanles pedazos del pasado. Y mirar a las jornadas fenecidas, que fueron a no dudar mejores, es muy triste. Sobre todo si la vida parece ofrecer pocas compensaciones para lo venidero o se espera el paredón.

Ignoro si en alguna época llegaré a huir de los recuerdos. Ahora, aunque me duelan los miro cara a cara. Pero es que todavía soy muy joven, fuerte de moral, y la cobardía no es sino una suerte de flojedad del espíritu. No condeno a los hombres que carecían de firmeza para enfrentarse con las remembranzas de su mocedad, de su dicha, de su pasado. ¿No es la vejez acercándose rauda a la muerte y la nada la más penosa de las debilidades? Sería injusticia pedir a todos la misma resistencia estando, como estamos, en desigualdad de condiciones. Creo que nunca me abatiré pensando en la existencia consumida, y menos si el recuerdo me lo traen los aires de cualquier canción.

Conozco no obstante, que con frecuencia me apretará la pena como estas noches cálidas cuando se eleva la voz metálica de esa radio.

La estridencia musical me trae multitud de facetas de los tres años pasados en la calle que dormían en lo más hondo de la mente. Ella desentierro el pretérito que hermosas melodías ayer no removieron, por la fácil razón que entonces no existía. Ahora poseo un pequeño pasado, preñado de sinsabores, si, mas con ciertas alegrías, no por cortas menos intensas y felices: los ruidos charangueros lo evocan,

Raramente en el otear retrospectivo nos detenemos en lo malo ni en la prosa, mucha de la cual olvidamos para siempre. En cambio, las horas dichosas, que están clavadas profundamente en el cerebro, afloran con liviano esfuerzo hasta el punto de engañarnos haciéndonos creer, cual dijo el poeta, que..."cualquiera tiempo pasado fue mejor"...

Oigo los retazos incompletos que arriban venciendo la distancia y las rejas, sufro precisamente porque están impregnados de todos los goces del ayer. Una composición trotona me sugiere la feria y sus verbenas. Y, ¡poder de la imaginación! en la pantalla de la memoria estas visiones se proyectan pulidas, desprovistas de los innumerables defectos que me las hicieron antipáticas; los gritos lánguidos de un "fox lento" conduceme hasta un atardecer saboreado al lado de mi novia; una mazurca: la mazurca de Luisa Fernanda "Las sombrillas", asesinada, incognoscible casi, fue suficiente para hundirme en un caos infinito de meditaciones.

Si, viejos, os comprendo ahora que el sufrimiento me ha colocado cerca del nivel en que estabais vosotros. Sólo entiende al que padece, otro que padece asimismo. Ya sé que la música puede arañar si entre sus suavidades esconde las garras felinas de la añoranza que duele. No me iré cuando suene, como vosotros, pero si alguna vez os apartáis delante mío, marchad tranquilos, que al volver las espaldas respetaré la causa que os aleja: el dolor que a mí hoy también me oprime.

3.3.4. Traslado a la cárcel de El Dueso.

Confirmada la condena dictada en Consejo de Guerra me trasladaron para cumplirla al Penal de El Dueso, cerca de Santoña.

Otro de las facetas poco divulgadas de la represión es la conducción de presos, las llamadas en el pasado "cuerdas".

Goya nos las presenta en sus grabados: rebaños de cautivos amarrados, atados con sogas. Pintores del siglo XIX y comienzos del XX han plasmado asimismo tan triste espectáculo. Las "cuerdas" franquistas eran infinitas.

A veces semejantes a las goyescas con iguales ligaduras. En otras “los rojos” eran esposados en parejas o atadas sus muñecas con alambres, andando por carreteras y caminos o dentro de destartalados vagones de tren, vigilados por guardias que sin rodeos amenazaban con meterte un cargador en la barriga si intentabas fugarte. En el tren, los guardias de mala gana accedían a llevarte al retrete y aguardaban ante la puerta abierta a que orinaras. Algunos trataban de hacerte comprender que cumplían un deber que les humillaba, los menos.

Si el traslado era a larga distancia, parabas de cárcel en cárcel hasta llegar a tu destino. Antes de llegar a El Dueso, dormí en las cárceles de Palencia y Santander.

Permanecí casi cinco años allí. Salí en libertad condicional a finales de 1951.



Penal de El Dueso



La Cuerda

CAPÍTULO IV

UN LARGO Y OSCURO TUNEL (1950-1974)

4.1 La penetración en los sindicatos verticales.

El año 1948 marca un giro radical en nuestra estrategia. Se decide abandonar la lucha armada, la guerrilla y simultáneamente se plantea la conveniencia de introducirse en los sindicatos verticales utilizando las elecciones para enlaces sindicales. Se trataba de practicar procedimientos paralegales junto a los clásicos enfrentamientos de siempre. Esta política venía a reconocer la ineficacia de la guerrilla en aquellas circunstancias y era el traslado a la lucha obrera, digamos que tradicional, del centro de gravedad de la actuación del Partido.

En Albacete la penetración en los sindicatos verticales fue escasa al principio. La inexistencia de grandes factorías lo dificultaba. Entonces los centros de trabajo más numerosos estaban en el comercio y la construcción y tanto uno como otra constituidos por multitud de pequeñas empresas. El campo ofrecía menos facilidades todavía dado lo peculiar de sus estructuras económicas y asociativas y la gran dispersión de sus gentes. Las empresas con mayor número de trabajadores eran estatales, y entre ellas RENFE la más importante. Pero tanto los ferrocarriles como la Maestranza Aérea estaban militarizados y el trabajo sindical resultaba imposible. Por otro lado los numerosos funcionarios de la administración civil procedían casi en su totalidad de las capas adictas al régimen y la actuación entre ellas era más difícil aún.

En resumen, la acción del Partido en Albacete tras las numerosas caídas precedentes y el nuevo enfoque dado a su política tropezó con grandes dificultades a las que había que añadir el desconcierto que en los militantes producía la idea de “colaborar” con los sindicatos a los que frontalmente tanto se había atacado.

Con el paso del tiempo estas ideas fueron variando a medida que desde las ciudades industriales llegaban noticias del trabajo de camaradas “infiltrados” y ya en los años 50 se plantea decididamente la necesidad de proponer a comunistas o simpatizantes para ocupar puestos de enlaces sindicales.

Lo que teóricamente parece tan sencillo en realidad no lo era tanto. En muchas empresas no se celebraban elecciones. Los patronos designaban para enlaces a quien les parecía ante la indiferencia de los trabajadores.

Y desde luego la acción reivindicativa y política de los enlaces tropezaba con obstáculos a veces insalvables.

Por estas fechas sigo preso cumpliendo la segunda condena impuesta en Consejo de Guerra por “atentar contra la seguridad del Estado”.

Salgo en libertad condicional (vigilada) a finales de 1951 y, en Albacete voy a vivir a casa de mi novia Isidora.

Los activistas salíamos de las cárceles dispuestos a continuar la lucha siguiendo nuevas normas y adaptándonos a las cambiantes condiciones del país.

Isidora y su hermana Josefa trabajaban picando esparto en una de las fábricas existentes en la ciudad. El esparto había adquirido en aquellos



Isidora Ramírez y Ezequiel San José promotores de la huelga de la fábrica de esparto

tiempos verdadera importancia sustituyendo al yute y a otras fibras que la guerra mundial primero, la carencia de divisas y el aislamiento relativo del régimen después, impedían o dificultaban importar. Y el sudeste de la provincia, la zona de Hellín lindante con la provincia de Murcia era desde tiempos inmemoriales gran productor del mismo.

Yo apoyé a Isidora cuando ella se propuso para enlace sindical, y en 1953, tras ser elegida enlace en la fábrica de picar esparto, Isidora Ramírez se convierte en la dirigente de la primera huelga de que se tiene noticia en la provincia de Albacete bajo el franquismo.

Las condiciones laborales eran terribles: Trabajo a destajo entre el fragor ensordecedor de los batanes; retribuciones de hambre; numerosas trabajadoras sin alta en la Seguridad Social; frecuentes accidentes graves con fracturas y amputación de dedos; trabajo nocturno a causa de las restricciones eléctricas de la época...

La fábrica era propiedad de Rodríguez Córcoles, de Hellín y había pertenecido a Mateo Sánchez⁴. El personal laboral lo componían unas 40 mujeres y 4 ó 5 hombres. Las mujeres comenzaron su lucha quejándose de la mala calidad del esparto que debían picar, lo que conllevaba una merma en su ya precario salario. Pero rápidamente ampliaron sus reclamaciones. Protestaban contra los intereses que la empresa cobraba de las cantidades que en ocasiones adelantaba a cuenta, y exigían ser dadas de alta todas en la Seguridad Social.

Isidora Ramírez en su calidad de enlace elevó las reivindicaciones al sindicato vertical y automáticamente fue despedida.

Las trabajadoras mantuvieron su plante. La fábrica paró durante bastantes días y hubo concentraciones ante el Vertical y la Magistratura de Trabajo exigiendo que además de sus peticiones se cumpliera la legislación que prohibía el despido de los enlaces por reclamaciones estrictamente laborales.

El conflicto me enfrentó, en mi calidad de "novio asesor de la enlace" con funcionarios del Sindicato Vertical y con la dirección de la empresa y su abogado Botija.

Donde peor lo tuve fue en el sindicato. Me entrevisté con un tal Higuera, inspector de trabajo cuya misión yo desconocía y a quien me mandaron desde alguna oficina. Le abordé en la sede sindical entonces situada en un edificio vagamente modernista de la calle Rosario donde actualmente se yergue el complejo Villacerrada. Escuchó con mal gesto mis razones y explo-

(4) Mateo Sánchez era un gran terrateniente y destacada personalidad del régimen en la provincia de Albacete.

tó: *“Si no se va usted de aquí ahora mismo, llamo a la policía”*. Por lo visto me conocía. Muerto Franco le encontré por la calle en alguna ocasión. Para entonces, como otros muchos, ya era demócrata.

Mi relación con la dirección de la empresa y con Botija, el abogado, vista con la perspectiva del tiempo transcurrido y la distinta situación política del país no deja de parecer chocante. Yo defendía la legalidad vigente que otorgaba ciertos derechos a los enlaces sindicales cuando plantearan contenciosos con la empresa. Y ellos, con el abogado al frente, cuestionaban dichas leyes, sus leyes. Yo partía de que las reclamaciones de las trabajadoras habían sido presentadas ante el Sindicato por la enlace Isidora y acogidas favorablemente por su Sección Social. La huelga, pues, el plante, no era sino la consecuencia lógica de la cerrazón empresarial.

Ellos, sobre todo Botija, conocedor de mis antecedentes políticos, trataron en última instancia de demostrar que el conflicto rebasaba lo estrictamente laboral *“porque usted sabe que los comunistas intervienen en esto”*.

Pero al fin cedieron.

Siempre he creído que aquella actitud claudicante escondía cierto temor a una organización izquierdista que estimaban fuerte conociendo, era normal, que los trabajadores españoles se movían cada vez más abiertamente.

Las mujeres consiguieron casi la totalidad de sus reivindicaciones.

Pero la policía tomó buena nota del suceso y de quienes eran sus protagonistas.

4.2. Acoso y huída.

En septiembre de 1962, acosado por la policía que muy particularmente me venía siguiendo tras el fracaso de la Huelga Nacional Pacífica, junio del 59, intentada por el Partido, me vi obligado a escapar a Francia. La policía ya fijaba su mirada muy atenta sobre mí desde el plante laboral de la fábrica de picar esparto, que encabezara mi novia, enlace sindical, Isidora, en el año 53. Mis reclamaciones ante el Sindicato Vertical, la Magistratura de Trabajo y la dirección de la empresa y su abogado Botija, en defensa de las obreras lo evidenciaron. Pero en junio de 1959 un enviado del Partido, detenido con material impreso al llegar a Albacete, torturado, confesó que venía a contactar conmigo.

Me dejaron libre para mejor vigilar mis movimientos y conocer la extensión de la organización clandestina. No contaban con que yo, sabedor de lo ocurrido, procedía con cautela para despistarles. Transcribo una nota de mi expediente policial donde se reflejan los hechos:

“Ezequiel San José López, domiciliado en Luis Vives, nº 3.

De este individuo se supone haya tenido alguna participación o estuviera en contacto con los elementos comunistas de la llamada “Huelga Pacífica de 24 horas” (Actividad del PC en junio de 1959)

No habiendo sido detenido con tal motivo, por hallarse ausente y haberse considerado por la Superioridad la conveniencia, de momento, de someterlo a vigilancia”

Meses después ante los negativos resultados de sus pesquisas, comenzaron a marearme entrando en mi casa con el menor motivo o sin motivo alguno. Por estas fechas Isidora y yo estábamos casados y teníamos dos hijos pequeños.

Me obligaban a comparecer en Comisaría donde el trato no era especialmente amistoso. Al fin en mayo de 1962 dos agentes, con un mandato judicial en sus manos, procedieron a registrar mi vivienda minuciosamente. No hallaron nada. No iba yo a ser tan incauto como para tener objetos o documentos comprometedores que ellos fácilmente lograran encontrar, y no percibieron el escondrijo donde estaban. Mas lo que en realidad me sorprendió de aquella maniobra fue que trajeron un papel que daba fuerza legal al registro, algo insólito en aquellos tiempos y que nunca más se molestaron en repetir.

En fin, en septiembre, insisto, decidí irme a Francia. La conocía. Había cruzado la frontera otras veces. Me defendía en francés y allí residía Maruja, la hermana mayor de Isidora, que encontró en París el trabajo y la seguridad que aquí, después de muchos años presa, no tenía. Y allí estaban los contactos con quienes los clandestinos del interior nos relacionábamos. Poseía pasaporte, lo que logré años después de la “libertad definitiva”, extinguida mi segunda condena por “atentar contra la seguridad del Estado” y me largué.

La documentación de la Brigada Político Social sobre mis movimientos registró mis pasos y relaciones en Francia. Lo he podido comprobar posteriormente, aunque sus informes fueron erróneos con frecuencia. Los infiltrados no llegaban a todas partes.

En París tuve dificultad hasta que un camarada exiliado en la Turena encontró para mí un trabajo de carpintero en la capital, Tours, ciento cincuenta kilómetros al sur de París. Permanecí allí seis meses en durísimas condiciones. La carpintería se hallaba en un bosque bastante lejos de la ciudad, me desplazaba al tajo en una bicicleta prestada por otro compañero. Enviaba a España la mayor parte de mi salario y apenas me quedaba para mal comer.

Transcurridos seis meses la familia me notificó que en Albacete, al parecer, las cosas respecto a nosotros eran menos tensas. Regresé subien-

do antes a París para despedirme de Maruja. Llegué a la Gare de Austerlitz con mi maleta de madera. La eterna maleta de los emigrantes y exiliados, un frío amanecer.

Estuve mirando la perspectiva desde el puente de Austerlitz. El Sena era una brecha inmensa entre el caos de negras construcciones. Como una ancha carretera líquida que separase dos ciudades. Y los numerosos puentes que lo cruzaban parecían grapas gigantescas que impidieran a éstas distanciarse más. Por dentro de uno, metálico, que levantaba los lomos de sus arcos al aire, con estrépito de viejos hierros, cruzaba veloz un tren del metro.

Dijérase que el día no acertaba a amanecer. Desde mucho antes, el cielo vertía una claridad sucia que se extendía muy lentamente. Ahora, desde el puente, todo parecía como manchado por esta luz incierta que atenuaba los focos del alumbrado, dejándolos reducidos a pequeños círculos de resplandor amarillento. La silueta de los puentes todavía era negra a pesar de la fila de las luces sobre sus pretilos. De la ciudad apenas se distinguía otra cosa que un montón de masas oscuras salpicadas acá y allá de redondeles brillantes y pálidos que se reflejaban en las aguas. Los remolcadores, las barcazas, los árboles sin hojas de los muelles eran negros. Y los coches, y las gentes que a cada instante transitaban en número creciente.

Había cesado de nevar algunas horas antes y la nieve hollada, contribuía a dar mayor sensación de suciedad a aquel amanecer.

Hacía frío. Yo miraba la corriente y sentía como si me entrara por los ojos el helor mojado de las aguas. No sabía qué hacer. Ni adonde ir. Comencé a andar distraídamente. Desde un camión municipal, dos obreros arrojaban sal sobre la nieve. Los autos y las gentes marchaban despacio temiendo resbalar. Dejé el puente y torcí por una avenida paralela al río. En algunas vallas los anuncios recién puestos de una película gritaban a la calle semi-vacía “le plus grand succès de l’année”. Me detuve a mirarlos. Eran gigantescos affiches de colores. Recuerdo el título de la película: “Le Fort du fou” y debería de tratar de la guerra de Indochina. Pasé un buen rato leyendo todos sus letreros. Con gran atención. Como si me interesara de veras el cartel. Luego eché a andar de nuevo y fui fijándome, con igual absurda atención, en las matrículas de los automóviles aparcados a todo lo largo de la calle. Ya amanecía ostensiblemente. El tráfico aumentaba y el ruido crecía como algo inexorable. Este aumento de actividad en torno a mí, el rápido paso de los transeúntes debió contagiarme algo de su apresuramiento y de pronto me sorprendí caminando a grandes zancadas por las calles.

Me detuve. Era estúpido aquel apresurarse ¿Para qué? ¿Adónde iba? ¿Por qué aquella carrera? Igual me daba llegar a un sitio u otro, antes o después.

Entonces descubrí lo inmensamente perdido y solo que se puede estar en una gran ciudad.

Es impresionante la frialdad, la hostilidad que parecen expresar las puertas de todas las casas hacia el extraño, escaso o carente de recursos, que deambula por una ciudad desconocida. Tras esas puertas se suponen hogares, calor, afecto. Pero no son accesibles a él. Los mismos establecimientos comerciales con sus escaparates, los bares ofreciéndose al público están igualmente cerrados a cal y canto a su pobreza. Y desfila a lo largo de las aceras vacilante, empujado por las gentes que van a alguna parte como acosado. Camina sorprendido, asustado, igual que los toros de una corrida que son, pasillo tras pasillo, puerta tras puerta, conducidos a su toril.

Yo vi así París aquella mañana.

CAPÍTULO V
UNA NUEVA ESPERANZA.
LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA (1975-1982)

A partir de 1963, sabiéndome estrechamente vigilado, mi actividad conspirativa disminuye muchísimo. Hasta los años 70 en que jóvenes estudiantes asumen el protagonismo de la Resistencia, la oposición al franquismo en Albacete es bastante confusa. Creo que en nuestra provincia, igual que en otras sin universidad ni empresas importantes, el envejecimiento de quienes jugaron un papel en la guerra o inmediatamente después, marca una solución de continuidad en la lucha. Lucha que sin embargo se radicaliza en otros sitios.

En esta época, sin un colectivo de dirección solidamente establecido, cobran gran protagonismo los militantes que viajan a España desde el exterior. Las fronteras son más permeables por dos razones. De un lado el turismo, promovido por Fraga, no sería viable con excesivas trabas fronterizas. De otro, a estas alturas la emigración económica, que vale para paliar el paro y para recabar divisas de los trabajadores emigrados, permite un masivo paso de fuera hacia dentro, y viceversa. Particularmente en los periodos vacacionales muchos de los trabajadores que llegan traen propaganda y buscan contactos.

Yo era conocido en determinados círculos de París y, aún sabiendo mi delicada situación me llamaban. Mantuve varias entrevistas con enviados del partido. Recuerdo las dos que sostuve en Alicante, en una urbanización de la playa del Postiguet con el antiguo director del periódico del PC *Elche Rojo*, que llegaba acompañado de varios camaradas con la pretensión de reorganizar el partido en nuestra zona. Yo iba a las citas con todas las precauciones posibles y les notaba sorprendidos ante mis recelos. Particularmente cuando al terminar la reunión reducía a cenizas los papeles que me servían de guión para informarles. Tenía que decirles que “quien se quedaba aquí, en el interior, era yo”, y que ellos con un poco de suerte volverían a Francia.

Un día, de repente, reparé que, salvo en las zonas de cierto desarrollo industrial donde las Comisiones Obreras tenían fuerza, al Partido Comunista lo dirigían universitarios o jóvenes procedentes de organizaciones cercanas a la Iglesia. Creo que, aun obedeciendo a la línea que señalaba la necesidad de unir a las fuerzas del trabajo con los de la cultura, Jorge Semprún tiene mucho que ver con esto y también el aperturismo que con Juan XXIII se observa en algunos estamentos católicos.

Alrededor de los 70 el protagonismo fundamental de la lucha se centra en Villamalea, donde Enrique López Carrasco ha creado un movimiento campesino importantísimo. Con Enrique colaboran jóvenes de Albacete como Luis Collado, Jose María López Ariza, María Jesús Roldán y otros.

La muerte de Carrero Blanco abre una etapa decisiva en la política española. Franco es muy viejo y todo el mundo se prepara con vistas al futuro. Me incorporé al grupo encabezado por Enrique López Carrasco, Luis Collado, Ariza, etc. y participé en reuniones, manifestaciones, cenas políticas, en todo aquel movimiento que culminó en la Transición. Aquel grupo fue la verdadera vanguardia del cambio en Albacete. Me trataron cariñosamente y, ya bien reorganizado el Partido, participé con ellos en la Dirección hasta que algunos eligieron otra ruta.

Creo que llegar a la Dirección del PCE entonces, más que a mis méritos se debió al respeto un poco condescendiente que sentían por mi pasado. En el juego político lo que suele contar es el presente. Quien conoce la actualidad, sus problemas y plantea posibles soluciones, tiene más probabilidad de estar arriba que otros. Mi reflexión, que creo acertada, es la de un hombre, yo, que jamás pretendió ningún protagonismo honorífico. Sé que fui protagonista, actor, en situaciones arriesgadas. Pero eso era bastante fácil porque para enfrentarse al peligro, a aquel peligro, éramos pocos y no teníamos demasiados competidores.

La desertión de aquellos muchachos, aunque ya casi habían dejado de ser muchachos, me dolió. Siempre amarga ver que alguien reniega de tu fe. Pero dejé el dolor a un lado, junto a cuatro o cinco camaradas, no éramos más. Colaboré en la recuperación del Partido y de Izquierda Unida. Y contra todo pronóstico, venciendo mil dificultades, nos rehicimos aceptablemente.

El PCE de Albacete editó en 1990 una obra sobre la historia de la organización en nuestra provincia. Cada capítulo trata de una etapa de su evolución y desarrollo. Yo escribí el correspondiente a "La Resistencia". Otros compañeros o colaboradores se ciñeron puntualmente a otros hechos: la guerra, las Brigadas Internacionales, la Transición... El capítulo sobre la

Transición lo realizó un militante destacado entonces, José María López Ariza que luego abandonó su militancia junto a otros que se incorporaron al PSOE. Yo, a propósito de este capítulo que refleja un momento interesantísimo, tanto de nuestra postura entonces como de la situación general de Albacete y de España redacté la carta que transcribo y que en cierta manera coincide con las ideas que encabezan este texto.

En el capítulo dedicado a la Transición José M^a López Ariza refleja de manera concisa, fiel y un tanto fría el desarrollo cronológico de aquellos hechos. Las cosas fueron así y más o menos en tal orden. Asistimos al desenvolvimiento de las organizaciones comunistas existentes o al nacimiento de otras, determinantes en lo sucesivo. Se destaca la gran influencia que en la lucha por la Democracia en Albacete ejercieron la Librería Popular y las reuniones, las cenas políticas, las manifestaciones convocadas por el Partido Comunista. Aparecen los nombres de quienes figuraron en la organización o actuaron en mayor o menor grado. Mas hay algo que no se dice. Algo difícilmente reseñable en una relación histórica como pretende ser ésta, pero sin lo cual el futuro estudioso o simplemente las gentes que no protagonizaron tales hechos, no llegarían a comprender el impulso profundo de aquello.

Hoy puede parecer normal, sencillo, intrascendente, la creación de un Comité, la asistencia a una reunión, la convocatoria de una manifestación. Pero entonces...

Ya no eran los tiempos ferozmente represivos del primar franquismo, pero las estructuras gubernamentales eran las mismas y prácticamente los mismos, tanto sus soportes ideológicos como los hombres encargados de los aparatos coercitivos.

Debería meditar en la gran tensión que animaba a los todavía ilegales comunistas cuando emprendían sus acciones. La manifestación del 12 de Noviembre de 1976, por poner un ejemplo, era la primera manifestación pública "convocada" en Albacete bajo el antiguo Régimen y, si bien al principio, al impulso de la contestación que en todo el país se daba, otras asociaciones y partidos la apoyaban, el PCE se quedó sólo a la hora de pedir al pueblo que saliera a la calle. Las amenazas del Gobierno Civil helaron el entusiasmo de los otros miembros que con los comunistas formaban Coordinación Democrática. Y no era para menos. Por aquellas fechas abundaban los "disparos al aire" efectuados por la policía que "casualmente" mataban o herían a bastantes manifestantes. Pero la gente del PCE se lanzó a la calle, con la doble angustia tanto del temor físico a las represalias, como del posible fracaso de la convocatoria. Mucha gente secundó la ini-

ciativa. Jóvenes sedientos de cambio, y mayores que empezaban a vislumbrar una luz tras la larga noche del fascismo.

Las fuerzas represivas se emplearon a fondo contra la multitud que asomaba por las calles confluyentes a la Plaza de Gabriel Lodares. Se vio a policías de paisano empuñando pistolas amenazadoramente. Mas ya nada podía acallar el clamor de los que a gritos pedían ¡Libertad!, ¡Libertad, ¡Libertad!, *siguiendo el llamamiento de los comunistas.*

Antes y después de estos hechos con riesgo y atrevimiento similares muchas otras acciones jalaron la andadura del Partido.

Las luchas en Villamalea por conseguir un cooperativismo donde los campesinos no fueran manipulados por las autoridades también fueron difíciles y requirieron gran valor personal.

La tenacidad de los abogados laboristas dirigidos por Luis Collado desde el improvisado bufete instalado en su domicilio, sin dinero, con la policía encima constantemente.

O la reunión de Comisiones Obreras bajo los árboles de la Marmota. Quienes acudieron allí sabían que su presencia era un desafío y temían ver aparecer a la Guardia Civil en cualquier momento. Pero sentados en el suelo escucharon y aplaudieron las propuestas en pro de un sindicalismo de clase del cura Paco y del veterano Macario Barjas venidos desde Madrid.

Y habría que explicar el clima emocional que se respiraba en la calle Mayor alrededor de Marcelino Camacho ante el edificio de los antiguos Sindicatos Verticales donde no se le permitió pronunciar una conferencia. Marcelino y los comunistas de Albacete estaban allí desafiantes rodeados de la Policía Armada e increpados por el comisario Heras que, cosa rara, con los nervios desatados parecía tener más miedo que nadie.

Y la cena que siguió en La Piña Verde tras ser prohibida en otros restaurantes, con la gente entusiasmada y consciente de que su asistencia en un acto de afirmación democrática constituía una victoria de la libertad a pesar de los policías que les obligaban a salir encañonándoles con sus armas.

Esta acumulación de sentimientos es muy difícil plasmarla en un documento, pero si los sentimientos se ignoran la historia quedaría desnaturalizada e incompleta.

El paso del franquismo a la democracia parlamentaria obedece a una acumulación de factores que coadyuvar en tal sentido: la transformación económica de España desde el protagonismo agrario a un mayor peso de la industria y del capital financiero; el auge de la construcción a cuyo desarrollo contribuyeron las remesas de dinero que enviaban los trabajadores emigrantes; la extensión de la cultura universitaria a grandes sectores de la juventud; la

vecindad de una Europa desarrollada; el turismo; etc., etc. Pero por encima de todo a las luchas del pueblo para sacudirse el yugo que desde la terminación de la guerra civil se padecía.

Y en estas luchas, duras, sangrientas luchas, el PCE fue el protagonista principal apoyándose en eso tan difícil de plasmar en fechas y cifras: el valor y el sentimiento de sus militantes.

REFLEXIONES

A lo largo de estas páginas he tratado de explicar que mi actuación desde la guerra, generalmente, sigue la línea marcada por la organización comunista y que en realidad, nosotros, los comunistas, tanto en la guerra, como, sobre todo después, jamás abandonamos la vanguardia en la lucha contra el fascismo. Hoy, muchos años después de la desaparición de la dictadura, se acepta, se reconoce esta realidad. Bastantes autores, intelectuales y políticos comprenden y señalan el tesón, el heroísmo que aquello requirió.

Si acaso, ciertas organizaciones y partidos, pretendidamente democráticos o izquierdistas intentan cuestionarlo. Sus argumentos, aparte del falseamiento o ignorancia de la historia, pueden reducirse a dos: el invento o la sobrevaloración de sus propias acciones contra Franco y el respaldo electoral que ahora tienen.

Lo primero es totalmente discutible. Estas gentes esperaron durante decenios que la solución, la derrota del franquismo, viniera de fuera. Confiaban en las democracias occidentales vencedoras de la Segunda Guerra Mundial. Pero cuando estas democracias toleraron ostensiblemente o se aliaron con Franco, caso de Estados Unidos, continuaron sin moverse. El Concordato firmado con El Vaticano, contribuyó al silencio de católicos que después serían demócratas de toda la vida.

En junio de 1962 (23 años con Franco en el poder) se reúnen en Munich diversas personalidades de la derecha que cuestionaban moderadamente el régimen junto a socialdemócratas del exterior. Esta reunión, jaleada por los medios afines fuera de España como el acto cumbre del antifranquismo, no oculta su anticomunismo. En el fondo lo que se pretende es llegar a un acuerdo que excluye al PCE en una futura solución democrática. Y no es casual que antes de Munich, en abril y mayo, las huelgas obreras y estudiantiles,



Ezequiel San José delante de la prisión de El Dueso en el 2001

organizadas y dirigidas por los comunistas, hayan adquirido tal extensión e importancia, que obligan al gobierno a declarar el estado de excepción en Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa.

Ni que decir tiene que tras Munich quienes continúan luchando, exponiéndose y muriendo son los de siempre: los comunistas.

Ha de transcurrir mucho tiempo para que, ante la decadencia biológica de Franco, pequeños sectores de quienes hasta aquí se han beneficiado del status existente, algunos intelectuales, universitarios y cristianos, inicien la creación de grupúsculos de oposición. Y es evidente que detrás de estas gentes, algunos actuando con la mejor buena fe, están los poderes económico-políticos que preparan un cambio que mantenga e incluso acreciente su poder y beneficios en el futuro.

Muerto Franco y hasta el comienzo de la transición, la feroz oposición al PCE se mantiene, mientras las autoridades posfranquistas toleran y contribuyen a levantar de la nada otros partidos y sindicatos. Al PCE y a Comisiones Obreras, se les continua persiguiendo. Se asesina a sus abogados laboristas en Atocha y sólo se les legaliza poco antes de las primeras elecciones en

las cuales participan en inferioridad de condiciones, sin apenas dinero ni medios de propaganda.

Siempre, y mucho más ahora, la difusión de ideas, de programas políticos, dependió y depende de la propaganda. El público no puede apoyar lo que no conoce. Y es muy difícil por no decir imposible, airear unos argumentos, oponerse a argumentos contrarios, cuando los medios de difusión pertenecen en la práctica totalidad al adversario.

En el pasado, las democracias occidentales, los poderes fácticos, los distintos credos religiosos coincidieron en una feroz propaganda anticomunista. Hoy, esta propaganda continua y es sabida la enorme influencia condicionante de los medios, de la prensa, la radio, la televisión. El medio esencial hoy es la televisión que llega a todos los hogares. ¿Quién posee la televisión, las televisiones? Quien detenta el poder económico.

Muchísima gente ignora que la mayoría de las cadenas televisivas, o bien obtienen escasos beneficios o acumulan enormes pérdidas. Desde un estricto punto de vista comercial esto parece absurdo, incongruente ¿Por qué no se declaran en quiebra? Muy sencillo, porque su rentabilidad es política. Las cadenas de televisión, las radios, la prensa escrita, modulan, condicionan el comportamiento del pueblo, de las masas, y eso se traduce en apoyo político que es el fin que realmente buscan, lo que les da poder para gobernar con arreglo a sus verdaderos intereses.

Pues bien, si buena parte de estos medios apoyan a una pretendida izquierda a la que no solamente no se acosa, sino que se mima, y dicha “izquierda” ofrece “el oro y el moro” a cambio del voto, son comprensibles los resultados electorales.

Los resultados electorales, la correlación de fuerzas que a consecuencia de ellos se establece, la invitación a subirse al carro de los que ahora mandan o pueden mandar hecha con el propósito de debilitar al partido protagonista solitario de la lucha contra el franquismo durante aquella larga etapa, e incluso una cierta amargura e irritación al ver en el poder a personas menos comprometidas entonces y hasta menos competentes, son algunas de las causas de la deserción de muchos comunistas. Luego, algunos tratarán de enmascarar el transfuguismo aduciendo que con ellos “la izquierda ahora posible” hará mejor política.

No se conocen sus progresistas aportaciones pero sí que se han acomodado muy bien a la nueva situación.

Lo anotado, con ser evidente, no señala todas las causas del declive de la izquierda. El hundimiento del llamado socialismo “real”, que a pesar de cuantos defectos pudiera tener era un contrapeso político que beneficiaba a los trabajadores de Europa Occidental, está contribuyendo a la liqui-

dación de la *sociedad del bienestar* que en unos sitios más y en otros menos los asalariados disfrutaban. Desde la caída del Muro de Berlín, en lugar de hablar de solidaridad se habla de competitividad, las condiciones laborales han empeorado, y los despidos masivos están a la orden del día.

Además, las grandes transformaciones experimentadas en los países desarrollados desde mediados del pasado siglo, junto a progresos incuestionables, han traído algunas consecuencias negativas.

Quedaron muy atrás las revoluciones industriales que desde el XIX a partir del vapor de agua y más tarde la electricidad crearon los complejos fabriles sostenidos sobre el trabajo proletario. Hoy el proletariado no es la clase hegemónica, fundamental, en que pueda apoyarse una izquierda transformadora, revolucionaria. Los avances técnicos de la mecánica, la robótica, la informática y otras ciencias han diversificado, deshomogenizado, las fuerzas del trabajo y su diversificación, en buena medida, las ha debilitado. La explotación de los trabajadores, que en excesivas ocasiones se ha acentuado a consecuencia del poder creciente de las multinacionales y de la globalización neoliberal, no ha encontrado todavía el instrumento opositor que la humanidad necesita para que la justicia triunfe.

Las aportaciones marxistas mantienen su vigencia. Mientras subsista la explotación del hombre sobre el hombre, la lucha de clases no cesará. Y es necesaria. Pero Marx y los partidos obreros que a partir de la Primera Internacional se enfrentaban al capitalismo cifraban sus esperanzas de justicia en un proletariado que crecía día a día y que era, del conjunto de la clase trabajadora, el sector vinculado al sistema más progresivo de la producción. Hoy la producción industrial ha dejado de ser la más progresiva y como queda dicho la clase trabajadora es diferente y la hegemonía no la tiene el proletariado industrial. Es más, incluso dentro de la industria llamada tradicional, muchos trabajadores cualificados, igual que multitud de técnicos, administrativos, enseñantes, sanitarios etc. carecen de conciencia de clase aunque a la hora de la verdad puedan ser, son, tan víctimas de quienes les emplean como cualquier obrero manual.

Pero la historia, que no se detiene, demuestra que en el seno de las masas, a pesar de los aparatos del poder, a pesar del “pan y circo o televisión y fútbol” de los embrutecedores medios que indican el buen camino, lo que se debe hacer, mientras perdure la injusticia acabarán surgiendo instrumentos para crear una sociedad mejor.

Y todo hace pensar que dentro del movimiento antiglobalizador, algunas de esas herramientas se están creando.

No sé si he conseguido lo que me proponía. Los recuerdos son la base principal de cuanto digo. Me he apoyado en algunos papeles, cartas, notas

redactadas hace muchos años que rebuscando, sorprendido, he hallado. Las páginas que transcriben extractos del diario de la cárcel de Alcalá de Henares los había olvidado. Estaban escondidos en el fondo de un cajón cerrado ni se sabe desde cuando, junto a varios poemas y otros escritos.

En fin, espero que dentro de muchos años, por lo menos a mis nietos les sirvan estas notas para saber algo de un pasado que felizmente no vivieron, y para conocer mejor quién fue su abuelo.

APÉNDICE DOCUMENTAL

1/96

2

Comisaría Cuerpo General Policía de Albacete

ACTA.--En Albacete y su Comisaría, siendo las 12 horas del día 2 de Diciembre de 1951, ante el funcionario que suscribe, comparece el que dice ser y llamarse Ezequiel San José Lopez de 28 años de edad, hijo de Ezequiel y de Mario, natural de Madrid provincia de id de profesión carpintero y de estado soltero el cual manifiesta fija su domicilio en esta Ciudad Cl Luis Vives, n.º 3 y que reside en ella desde su trabajo contando como medios de vida su trabajo

Se halla en libertad desde el 11-11-951- del Penal del Dueso según certificación que presenta expedida por el Director de la Prisión. Condenada a 8 años. en 19-11-48- por hechos posteriores y ha sido advertido de la obligación en que se halla de efectuar sus presentaciones quincenalmente y en día festivo en esta Comisaría, así como de no cambiar de domicilio sin autorización de la misma.

Y para que conste, se extiende la presente que firma en unión del funcionario actuante que certifica.

E. San José

Tip. Enrique Montesinos. - Tel. 1596. - Albacete

Presentado el <u>1561 DIO 2</u> <u>2 DIC 1951</u> <u>E. San José</u>	Presentado el <u>E. San José</u>	Presentado el <u>1 JUN 1952</u> <u>E. San José</u>
Presentado el <u>16 DIC 1951</u> <u>E. San José</u>	Presentado el <u>16 MAR 1952</u> <u>E. San José</u>	Presentado el <u>15 JUN 1952</u> <u>E. San José</u>
Presentado el <u>E. San José</u>	Presentado el <u>E. San José</u>	Presentado el <u>6 JUL 1952</u> <u>E. San José</u>
Presentado el <u>20 ENE 1952</u> <u>E. San José</u>	Presentado el <u>20 ABR 1952</u> <u>E. San José</u>	Presentado el <u>20 JUL 1952</u> <u>E. San José</u>
Presentado el <u>3 FEB 1952</u> <u>E. San José</u>	Presentado el <u>4 MAY 1952</u> <u>E. San José</u>	Presentado el <u>3 AGO 1952</u> <u>E. San José</u>
Presentado el <u>4 FEB 1952</u>	Presentado el <u>4 FEB 1952</u>	Presentado el <u>4 FEB 1952</u>

Presentado el 7 SEP 1952 <u>E. San José</u>	Presentado el 15 FEB 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 2 AGO 1953 <u>E. San José</u>
Presentado el 21 SEP 1952 <u>E. San José</u>	Presentado el 1 MAR 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 6 AGO 1953 <u>E. San José</u>
Presentado el 5 OCT 1952 <u>E. San José</u>	Presentado el 15 MAR 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 6 SEP 1953 <u>E. San José</u>
Presentado el 9 OCT 1952 <u>E. San José</u>	Presentado el 5 ABR 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 20 SEP 1953 <u>E. San José</u>
Presentado el 2 NOV 1952 <u>E. San José</u>	Presentado el 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 4 OCT 1953 <u>E. San José</u>
Presentado el 16 NOV 1952 <u>E. San José</u>	Presentado el 3 MAY 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 18 OCT 1953 <u>E. San José</u>
Presentado el 7 DIC 1952 <u>E. San José</u>	Presentado el 17 MAY 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 1 NOV 1953 <u>E. San José</u>
Presentado el 21 DIC 1952 <u>E. San José</u>	Presentado el 7 JUN 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 1953 <u>E. San José</u>
Presentado el 4 ENE 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 21 JUN 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 1953 <u>E. San José</u>
Presentado el 18 ENE 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 5 JUL 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 20 DIC 1953 <u>E. San José</u>
Presentado el 1 FEB 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 9 JUL 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 3 ENE 1954 <u>E. San José</u>
Presentado el 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 1953 <u>E. San José</u>	Presentado el 1953 <u>E. San José</u>



474

e Albacete

vibre
Ezequiel San José
de Maria

— de profesión Guía
en esta Ciudad Guía
contando como

“El objeto de que cause baja en el censo de los que periódicamente efectúan sus presentaciones en esta Comisaría, tengo el honor de participar a V.S. que el liberado condicional EZEQUIEL SAN JOSÉ IOPEZ ha dejado totalmente extinguida la condena, por lo que le ha sido entregado el certificado de libertad definitiva.

Dios guarde a V.S. muchos años.
Albacete, 12 de Mayo de 1.955.

s quincenalmente y en
de la misma.
ante que certifica.



[Handwritten signature]

Comisario Jefe del Cuerpo General de Policía.
CIUDAD.

— Tel. 1596 — Albacete

el 4 JUL 1954

el 8 JUL 1954

el 9 JUL 1954

<i>E. San José</i>	<i>E. San José</i>	<i>E. San José</i>
Presentado el 21 MAR. 1954	Presentado el 16 MAY 1954	Presentado el 15 AGO 1954
<i>E. San José</i>	<i>E. San José</i>	<i>E. San José</i>
Presentado el 4 ABR 1954	Presentado el 6 JUL 1954	Presentado el 5 SEP 1954
<i>E. San José</i>	<i>E. San José</i>	<i>E. San José</i>
Presentado el 18 ABR 1954	Presentado el 20 JUN 1954	Presentado el 4 SEP 1954

actualización 16-3-60

1-99



MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE SEGURIDAD

Comisaría de

Diligencias registradas al n.º

Expediente de
la Dirección.Diligencias de
la Comisaría.

Figura en Legajo 2-56 Social

FILIACIÓN

Apellidos.. {	San José	Profesión u oficio ..	ebanista
	López	Hijo de Ezequiel	
Nombre	Ezequiel	y de María	
Apodo		Naturaleza	María
Edad	27-11-921	Residencia	Albacete, Iruya Vives,
Estado	casado		3.
Filiación política	comunista	Filiación de-	
		lictiva.....	

HISTORIAL (antecedentes y motivos)

.....

.....

.....

.....

.....

.....

EZEQUIEL SAN JOSE LOPEZ, domiciliado en Luis Vives,
núm. 3.

De este individuo se supone haya tenido alguna participación o estuviera en contacto con elementos comunistas de la llamada "huelga pacífica de 24 horas". (Actividad del P.C. en Junio de 1.959).

No habiendo sido detenido con tal motivo, por hallarse ausente y haberse considerado por la Superioridad la conveniencia, de momento, de someterlo a vigilancia.

72
34

3/

15796

INFORMANDO SALIDA
DE ESPAÑA

EL SAN JOSE LOPEZ

Cúmplase el deber de poner en el conocimiento de la Superintendencia que, con esta fecha se hace visado de salida número 3.609 para FRANCIA en el pasaporte número 188.978 C. y registro del mismo nº 1.242 1958 a nombre de:

EZEQUIEL SAN JOSE LOPEZ nacido el 27 de Noviembre de 1921, casado, Ebanista, hijo de Ezequiel y María, natural de Madrid y con domicilio en Albacete calle de Luis Vives número 3, cuyos antecedentes son los siguientes:

- 1936.- Persona destacada de ideología izquierdista afiliado a la U.G.T. y J.S.U.
- 1937.- Durante la dominación roja se afilió al P.C. fué miliciano armado y voluntario al Ejército rojo.
- 1939.- Detenido y condenado a la pena de 6 años si do puesto en libertad el 15-10-1943 estuvo jeto a presentaciones en esta Comisaría.
- 1947.- Detenido por pertenecer a la Organización c destina del P.C. y condenado a 8 años de pr sión puesto en libertad el 11-11-1951 del P nal del Dueso, sujeto a presentaciones en e ta Comisaría hasta el 5-9-1955 que extingui la pena impuesta
- 26-9-961.- Actualizado y vigilado sigue ligado int mamente a personas totalmente desafectas.

(Adjunto se envia fotografía de la persona infor mada).

ANTECEDENTES FAMILIARES

=====

MADRE POLITICA.- JUANA SANCHEZ MARTINEZ de 64 años viudo, s.l. hija de Manuel e Isidora, natural de Ontur (Albacete) y con igual domicilio que el info mado. COMUNISTA ACTIVA.

HIJA.- ISIDORA RAMIREZ SANCHEZ de 38 años, casada con el informado, s.l. hija de José y Juana, natu ral de Albacete domiciliada en Luis Vives 3. COMU NISTA.

HIJA.- MARIA RAMIREZ SANCHEZ de 42 años, hija de José y Juana natural de Albacete (durante el movi miento estuvo afiliada al Radio Uno de las J.S.U) DESDE MAYO 1961 EN FRANCIA.- COMUNISTA PELIGROSA.

HIJA.- Josefa RAMIREZ SANCHEZ casada, hija de José y Juana natural de Albacete calle de Luis Vives 3. COMUNISTA. Está casada con TADEO RAMIREZ ROMAN de 40 años, carpintero, hijo de Antonio y Magdale na, natural de Viar (Alicante) y domiciliado en Al bacete calle de Luis Vives 3. COMUNISTA ACTIVO.

Por informaciones adquiridas el informado se desplaza a la capital de Francia a ver a su cuñada MARIA RAMIREZ SANCHEZ destacada comunista a fin de tomar contactos y recibir consignas encaminadas de organización de actividades comunistas, ya que to-

4/
dos ellos en general tienen relaciones íntimas, con distintos elementos comunistas de esta capital, y debido a la continua vigilancia a que están sometidos, no encuentran campo de acción para sus expansiones políticas.

Albacete 20 de Octubre de 1961
EL COMISARIO JEFE PROVINCIAL.

JEFATURA SUPERIOR DE POLICIA.- 5ª BRIGADA REGIONAL DE INVESTIGACION SOCIAL.
VALENCIA.

ALBACETE 14

MAYO

62

Solicitando mandamiento de
entrada y registro.

R.S. núm. 1.708

ILTIMO. SEÑOR.

72
34

Tengo el hon-or poner en el superior conocimiento de V.I. que en virtud de haberse recogido en el día de hoy, propaganda subversiva en la vía pública, y sospechándose que en el domicilio del destacado comunista EZEQUIEL SAN JOSE LOPEZ nacido el 27 Noviembre de 1921, casado, Ebanista, hijo de Ezequiel y María, natural de Madrid y vecino de esta capital calle de Luis Vives número 3 pudiera existir datos procedentes de la misma, espero de su Autoridad se expedido mandamiento de entrada y registro domiciliario en el domicilio indicado.

Dios guarde a V.I. muchos años.
EL COMISARIO JEFE PROVINCIAL.

ILTIMO. SEÑOR. JUEZ DE INSTRUCCIÓN DE ESTA CAPITAL.

PLAZA.

6/

ACTA DE ENTRADA
Y REGISTRO.

R.S. núm: 1.714



En Albacete a las doce treinta horas del día quince de Mayo de mil novecientos sesenta y dos, los funcionarios del Cuerpo General de Policía, afectos a la Sección Local de Investigación Social de la Plantilla de esta capital, Inspector de Tercera Clase Don Pedro Paricio Domingo, y Sub-inspector Don Victoriano Jimenez Jimenez, éste último como Secretario Habilitado para la práctica de esta diligencia, se personaron en la calle de Luis Vives número tres, domicilio de EZEQUIEL SAN-JOSE LOPEZ, nacido el día veintisiete de noviembre de mil novecientos veintiuno, casado, ebanista, hijo de Ezaquiel y Maria, natural y vecino de esta capital, al objeto de cumplimentar el mandamiento del Señor Juez de Instrucción de Albacete, en el día de hoy, en el que se dispone la entrada y registro en el domicilio expresado, por sospechar pueda haber en el mismo propaganda subversiva y antecedentes o datos sobre la procedencia de la misma, y previas las correspondientes medidas de vigilancia adoptadas, se requirió en forma a los inquilinos Francisco López Defez, nacido el día cuatro de enero de mil novecientos treinta y cuatro, casado, empleado, hijo de Francisco y Mariana, natural y vecino de esta capital, calle de Luis Vives número cinco, y de su esposa Luz Selva Pérez, nacido el día catorce de Abril de mil novecientos treinta y cuatro, casada, sus labores, hija de Francisco y de Basilisa, natural de Paterna del Madera (Albacete) y con igual domicilio que el anterior, los cuales fueron requeridos y a su vez se personaron en el domicilio del EZEQUIEL SAN JOSE LOPEZ, a quienes se les dió traslado de la orden Judicial precedente, no haciendo resistencia alguna el inquilino y procediéndose seguidamente al registro de todas las habitaciones y enseres que componían las distintas piezas de la misma, dando resultado IN-FRUCTUOSO, todas cuantas gestiones realizaron para hallar lo que en el referido mandamiento se ordenaba.

En este estado de la presente diligencia, y no conceptuando el señor Inspector existir de momento otras que practicar, dispuso se diera esta por terminada siendo las catorce horas del mismo día en que se inició.

Y para que conste, se extiende la presente acta, que fué leída íntegramente a todos los concurrentes, por renunciar al derecho que les asiste de hacerlo por sí, de que fueron advertidos, y encontrándola conforme a lo acaecido, la firman con el señor Instructor, de todo lo cual, como Secretario Habilitado, Certifico.

Pedro Paricio

E. San José

[Signature]

Luz Selva

ALBACETE 16

MAYO

62

Devolviendo Mandamiento judicial debidamente cumplimentado.

R.S. núm: 1.715

ILMO. SEÑOR.

Tengo el honor de devolver a V.I. juntamente con el presente escrito, mandamiento expedido por su Autoridad, debidamente cumplimentado, del registro efectuado en el domicilio de EZEQUIEL SAN JOSE LOPEZ nacido el 27 de Noviembre de 1921, casado, carpintero, hijo de Ezequiel y María, natural de Madrid y vecino de esta capital calle de Luis Vives 3.

Asimismo se acompaña el acta infructuosa levantada al efecto, firmada por todos los concurrentes al acto.

Dios guarde a V.I. muchos años.
EL COMISARIO JEFE PROVINCIAL.

ILMO. SEÑOR. JUEZ DE INSTRUCCION DE ESTA CAPITAL.

ALBACETE

ALBACETE 4

MAYO

65

Interesando control vehículo
y propietario.

Soc. Inv. Soci. R. S. Núm. 3011

A fin de poder concretar posibles contactos políticos, se interesa de esa Comisaría General de Investigación Social, propietario del vehículo Seat 0.600 matrícula M. 191.665, como así su filiación y antecedentes políticos sociales, ya que el pasado día 2 del actual, entre las horas de las 12 a 13 realizó una visita en esta capital a un destacado elemento del Partido Comunista.

Se trata del elemento PELIGROSO residente en esta capital EZEQUIEL SAN JOSE LOPEZ nacido el 27 de Noviembre 1921, casado, Ebanista, hijo de Ezequiel y María natural de Madrid, y vecino de esta capital calle de Luis Vives 3, al cual tiene un hermano exilado en Francia, y una hermana residente también en aquella Nación, la cual no pudo entrar en España sin permiso de la Dirección General de Seguridad, de cuyos antecedentes han sido remitidos a ese Centro Directivo.

EL COMISARIO JEFE PROVINCIAL.

DIRECCIÓN GENERAL DE SEGURIDAD. COMISARIA GENERAL
DE INVESTIGACIÓN SOCIAL.

MADRID.



Ministerio de la Gobernación

Madrid, 6 de mayo de 1955

**DIRECCION GENERAL
DE SEGURIDAD**

De Comisaría General de Inv. Social.

A Comisaría del Cuerpo Gral. de Policía.
Sección Local de Inv. Social.- ALBACETE

En relación con el escrito de esa Sección, nº 3.011, de fecha 4 del actual, se participa que según informa la Sección Provincial de Tráfico, el automóvil Seat 600, matrícula M-191.665, es propiedad de D^a SANTIAGA NOGUERA INAREJOS, domiciliada en Valencia, calle Mariano RIVERA nº 41.

EL COMISARIO GENERAL,

Imp. de la D. G. 44.5-10002-55

DIRECCION GENERAL	REGIONAL
COMISARIA GENERAL	ALBACETE
6 MAY 1955	
REGISTRO	111A
Núm. 5385	



*Ente la inform. a Valencia, 7 de mayo
col. ent. 1.011.665 de esta y
tráf.*

M. G. 10 Mod. M.—LINE A 3

(Contéstese al respaldo si así se interesa.)

10/

ALBACETE 10 MAYO 65.

Interesando informes personales y familiares.

G. C 89

Con el fin de completar una información que se está practicando en esta Sección Local de Investigación Social, se desea conocer antecedentes personales, y políticos sociales de DOÑA SANTIAGA NOGUERA INAREJOS que reside en esa capital calle de Mariano Rivera número 41, como así de sus familiares, es propietaria del automóvil Seat 600 matrícula M.1910.665.
EL COMISARIO JEFE PROVINCIAL.

JEFATURA SUPERIOR DE POLICIA, BRIGADA REGIONAL DE INVESTIGACION SOCIAL.

VALENCIA

11/



Ministerio de la Gobernación

DIRECCION GENERAL
DE SEGURIDAD

JEFATURA SUPERIOR DE POLICIA

Valencia, 22 de mayo de 1965

Asunto: Informe de SANTIAGA NOGUERO
(y no Noguera) INAREJOS.

N/ Ref.ª: Brigada I. Social. - nº 106

S/ Ref.ª: ...

En contestacion a escrito nº 3089, fecha 10 del actual, se participa que los informes recogidos sobre la reseñada, nacida el 1-2-1923 en Bienservida (Albacete), hija de Jose Antonio y Manuela, casada, con domicilio en esta Ciudad, calle Mariano Rivera 41, indican es de buena conducta y sin actividades políticas conocidas. Carece de antecedentes desfavorables en estos archivos.

Su esposo, JOSE BARONA ROMERO, es tambien persona de buena conducta y sin antecedentes desfavorables, no conociendosele actividades políticas. Contrajo matrimonio con el reseñada en segundas nupcias y del primer matrimonio tiene un hijo, JOSE BARONA MAESTRO, de 19 años que actualmente reside en Paris, estudiando idiomas, el cual carece tambien de antecedentes desfavorables.

El matrimonio este ha solicitado pasaport para Francia, por motivos familiares.

En la misma finca que la reseñada, viven sus padres, JOSE ANTONIO NOGUERO CASERO, que tiene antecedentes de haber sido sancionado por Fiscalia de Tesis y tener interesada su averiguacion de paradero y domicilio el Juzgado de Alcazar por conducto Juzgado Municipal nº 6 de esta Ciudad. De buena conducta y sin actividades políticas. La madre, MANUELA INAREJOS BARBA, de buena conducta y sin actividades políticas. En 1953 fué patrocinadora del recluso Jose Madrona Izquierdo, a efectos

Imp. de la D. G. de S. - 80.000-5-64

12/

de libertad condicional.-

SANTIAGA NOGUERO, tiene un hermano, JUAN MANUEL, que es Cabo de la Policia Armada, con destino en esta Capital.

EL JEFE DE LA BRIGADA,



[Handwritten signature]

SECCION PROVINCIAL DE INVESTIGACION SOCIAL.

ALBACETE.



El Delegado Sindical Provincial
de F. E. C. y de las J. O. N. S. de
Albacete

Saluda

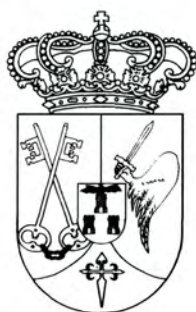
al camarada Indro Ruvies Sanchez

y tiene el gusto de participarle que habiendo sido declarado electo en la Elección de Enlaces Sindicales, celebrados en la Empresa donde presta servicios, el próximo día 15 de Abril a las 12'30 horas, debe personarse en el Cinema Gran Hotel, - donde le será entregada la credencial de s cargo, con motivo del acto público que se celebrará, con asistencia de Jerarquías Nacionales y Provinciales. Por la importancia del acto le ruega su puntual asistencia.

Bernardo Cuenca Cerveró

aprovecha esta ocasión para expresarle el testimonio de su consideración más distinguida.

Albacete 30 de Marzo de 1953



DIPUTACIÓN DE ALBACETE